

Vietnam heroico

1922-1975

**THUY THU; PHAN TU; THAN GIANG;
LUU NGO; WILFRED G. BURCHETT;
HUU MAI; BUI HIEN; VO NGUYEN GIAP;
HO CHI MINH; BUI LAM; NGUYEN SANG**

Antologadores: Santiago I. Flores
y Paco Ignacio Taibo II

© THUY THU; PHAN TU; THAN GIANG; LUU NGO; WIL-FRED G. BURCHETT; HUU MAI; BUI HIEN; VO NGUYEN GIAP; HO CHI MINH; BUI LAM; NGUYEN SANG

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Belarmino Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

PRESENTACIÓN

De lector a lector.

Compartimos ahora lecturas dignas de trascender el olvido, lecturas que se gozaron en los años sesenta y setenta, lecturas que transformaron para siempre a sus lectores, lecturas de antología.

Es la hora del Viet Nam insurgente, revolucionario, independiente.

Es la hora de leer a los actores de luchas populares por alcanzar la independencia nacional, de revoluciones campesinas, y revueltas ciudadanas. Relatos que son ejemplares por su apego a la cotidianidad brutal y maravillosa. La humanidad contada y salvaguardada por un pueblo que tan sólo setenta años de su historia son suficientes para formar parte singular de lo mejor del siglo XX.

Hace mil años los habitantes del Reino de los Ly fundaron su capital en Hanoi. Su muy particular modo de ver la vida, junto con sus inquietudes espirituales los llevó, sesenta años después, a construir el *Van Mieu* (Templo de la Literatura) un enorme y hermoso edificio dedicado a Confucio. Lisandro Otero cuenta que al caminar entre los magníficos recintos del *Van Mieu* quedó convencido de que «en ninguna parte del mundo existe un monumento (...) como el que hay en Hanoi dedicado a la literatura.». Quiero pensar que a la Literatura Universal, la literatura toda.

Esta antología se concentra en una pequeñísima e impactante muestra de la literatura vietnamita.

Hace mil años que los habitantes de París, se preparaban para una expedición militar contra los Sarrasenos.

Hace mil años el Imperio de los Estados Unidos era, si acaso, una posibilidad en la Europa de aquellos tiempos.

Hace doscientos años la guerra de Napoleón contra España, incita a las revoluciones en el Río de la Plata. Francia anexa a Holanda. El propio Napoleón redacta el Código Penal y procedimientos.

A principios de la segunda mitad del siglo XIX en un lapso de ocho años la Francia colonialista hace de las suyas, empezando por la toma de la ciudadela *Gia Dinh*, cuatro después sus tropas invaden la parte oriental del Nam Bo, dejan pasar otros cuatro años para invadir el resto occidental. Las insurrecciones campesinas se hacen sentir. Ahora son ocho años lo que trascurren antes de que los franceses tomen Hanoi. Insurrección campesina tras insurrección campesina no logran impedir que faltando tres años para el siglo XX, el país caiga bajo la dominación francesa.

Hace tan sólo cien años un muchacho de no más de veinte se preparaba para liberar a su país, viajaría por todo el mundo, su travesía fue por fuerza de ida y vuelta, de Indochina a Francia, la haría como marinero, como pinche de cocina, fotógrafo, agitador revolucionario; durante ella dejaría de llamarse Nguyen Tat Than para usar varios seudónimos, aunque su *nom de guerre* durante casi treinta años fue Nguyen Ai Quoc. Al nacer la nueva repú-

blica en 1945, su Presidente, se llamará desde entonces, y hasta siempre Ho Chi Minh.

Santiago I. Flores
Brigadista

CONTENIDO

En París es un vívido relato acerca de la transformación que experimenta Bui Lam, su autor como emigrante sin esperanza en revolucionario gracias a su encuentro, en 1922, con Nguyen Ai Quoc.

La marcha hacia el sur es el tercer capítulo de *Nacimiento de un ejército*, libro escrito por Vo Nguyen Giap.

Trece poemas entresacados de *Diario de la Prisión* escritos en ideogramas chinos por Nguyen Ai Quoc a quien más tarde el mundo conocería como Ho Chi Minh.

La cosecha, Bui Hien.

Situación militar en el curso del invierno de 1953 y la primavera de 1954 es un breve resumen que Vo Nguyen Giap incluye en su *DIEN BIEN PHU*.

El relojero de Dien Bien Phu Huu Mai.

La pequeña sandalia, Thuy Thu.

El choque, Than Giang y Luu Ngo.

El regreso, Phan Tu

Epílogo en El Triunfo de VIET NAM por Wilfred G. Burchett .

Nhung, La Combatiente de Saigón de Nguyen Sang, está incorporado a la conclusión *Seis criminales años más...*

En París

Bui Lam

En el suburbio de Cam, en Haiphong, todo el mundo, o casi todo, estaba en la marina. A fuerza de viajar y de ver países, la gente del barrio, duramente explotada, eran todos anticolonialistas. Originario de Cam, e hijo de marino, desde mi infancia detesté a los colonialistas y me apasioné por los viajes. A los quince años me embarqué como grumete en un carguero de los *Chargeurs Reunis*, y partí hacia Francia. Cuando el navío levó anclas y rumbeó a alta mar, respiré. ¡Por fin! ¡Terminada esa vida de miserias y humillaciones! Partía sin esperanzas de volver. Veríamos...

En Marsella caí en plena atmósfera revolucionaria. Eran los últimos días de 1919. Se hablaba del motín del mar Negro como si hubiera sido en la víspera. Yo me sentí deslumbrado por la historia de esos marinos franceses que izaban la bandera roja para saludar a la revolución proletaria, y que encadenaron en la bodega a todos sus jefes, comandantes, oficiales y suboficiales, y volvieron tranquilamente a Tolón con grandes toques de sirena. Loco de rabia, Clemenceau le había dado el retiro a toda la tripulación. Estos se engancharon en la marina mercante donde fueron recibidos como héroes, y cargueros y paquebotes

llevaron a los cuatro rincones del mundo la aventura del mar Negro. Desde entonces mis ideas cambiaron poco a poco. En la línea Haiphong-Marsella ya habíamos podido comprobar que los otros pueblos del Extremo Oriente nos llevaban una buena delantera. Los japoneses, también ellos, tenían su flota. Sólo los “annamitas” continuaban con las manos vacías. Daba rabia. Y de pronto yo descubrí la Revolución socialista, Lenin y el poder proletario. ¿Qué éramos nosotros sino proletarios? Muy naturalmente me sentí ligado a la Unión Soviética. Y por el mismo hecho, más fuerte.

Otro acontecimiento iba a marcarme aun más profundamente. En el mes de junio, en el momento en que los imperialistas se dividían la torta colonial alrededor de la mesa redonda de Versalles, nada menos que un vietnamita, Nguyen Ai Quoc, reivindicaba, sin aspavientos, la autodeterminación para Vietnam. Para nosotros fue como el rayo, el trueno de primavera que desgarró los velos de la bruma y hace germinar las semillas. Todo vietnamita que se había ido lejos para ganarse la vida, era patriota y aspiraba a la independencia. Entonces, en pleno París, en medio del Congreso “de las Potencias” un vietnamita reivindicaba los derechos de su pueblo. Dos vietnamitas que residían en Francia ya no podían encontrarse sin hablar de independencia, de autodeterminación, sin pronunciar el nombre de Nguyen Ai Quoc.

Dejé Marsella por El Havre donde me hice enganchar en un carguero, que hacía la ruta a el Caribe, Martinica, Panamá, Ecuador, Perú, etcétera(...) a veces San Francisco y Canadá. De vuelta al puerto de embarque, después

de cuatro o cinco meses de mar, nos encontrábamos entre muchachos del país —éramos algunas decenas— y volvíamos a hablar de Nguyen Ai Quoc y la independencia.

Las discusiones andaban rápido como siempre ocurre entre exiliados. En 1921, para alentar a los inversionistas de ultramar en el marco del plan Albert Serraut se realizó la Feria colonial de Marsella. Los organizadores habían hecho venir indochinos pero no lograron encontrar un solo vietnamita que aceptara el papel de culí. Los documentales sobre nuestro país sólo mostraban escenas de suciedad y de salvajismo, repugnantes para el espectador, infamantes para nosotros. Durante ese tiempo el emperador Khai Dinh y su lacayo Pham Quynh recorrían las grandes ciudades y se deshacían en agradecimientos frente a la ¡"metrópoli civilizadora y protectora"! Estábamos prontos a incendiar ese parque de exposición. En esa atmósfera nos llegaron artículos que se dedicaban directamente a la exposición colonial, al racismo y a la explotación. Todos esos textos nos llegaban derecho al corazón; estaban firmados por Nguyen Ai Quoc.

En julio de 1922 a mi regreso de América del Sur, un responsable francés de los sindicatos me pasó varios ejemplares de *Le Paria* de Nguyen Ai Quoc. Los devoré; apenas acababa de terminarlos cuando corrí a hacérselos aprovechar a mis camaradas. Esos pequeños artículos bien armados nos sacudieron. Nos presionaban para que actuáramos (...) pero no sabíamos qué había que hacer. Decidimos ir a encontrar a Nguyen Ai Quoc. Ya había pensado antes en eso, pero sin dirección, tuve miedo de buscarlo en vano en París.

Ahora que yo tenía en las manos *El Paria* estaba seguro de encontrarlo, y me puse en camino enseguida.

En París, Nguyen Ai Quoc debía sospechar que lo vendrían a buscar, ya que estaba allí y no tenía nada que temer.

Llegué a la capital, en tren, a las once de la mañana. Encontré la calle del *Marché-des-Patriarches*, en el 5º arrondissement, una vieja calle frente al mercado de *Mouffetard*. Sobre el buzón habían pegado la banda del diario. El local ocupaba dos piezas en la planta baja, justo lo estrictamente necesario. Dos norafricanos estaban allí en plena tarea, abriendo pliegos, borroneando, tachando (...) Cordialmente me invitaron a sentarme, a esperar un momento, luego retomaron su trabajo. Cada tanto los escuchaba preguntarse en francés: “¿Nguyen Ai Quoc vio esto?” con un tono que testimoniaba muchos miramientos con respecto de quien hablaban.

Para matar el tiempo, hice el inventario del lugar: una larga mesa de madera blanca cargada de pilas de diarios en varias lenguas, inglés, francés, alemán (...) algunas sillas y un gran mapa mundial colgado de la pared. Me acerqué. En el lugar de Vietnam huellas de dedos y de lápices habían debilitado los colores y pulido el papel. Me quedé un momento inmóvil (...) ¡Vietnam estaba tan lejos de París! ¿En qué situación se encontraría en ese momento la gente nuestra? Esperé largas horas (...) A las cinco de la tarde al ver que Nguyen Ai Quoc no llegaba, los norafricanos me dieron su dirección: calle *des Gobelins*, 13 arrondissement, a un kilómetro de allí más o menos. En la calle *des Gobelins*, busqué el número 6, subí al primer piso con el corazón que me saltaba.

Levanté la mano, llamé. Ruidos de pasos que se acercan, la puerta que se abre. Un hombre de alrededor de 30 a 32 años, afilado, delgado, de tez clara, está delante de mí, sonriendo:

— ¿Qué quieres? (Yo era muy joven entonces, no tenía veinte años.)

— Busco (...) al señor Nguyen Ai Quoc.

— ¡Soy yo! ¡Entra!

Me acuerdo haber estado algunos minutos sin moverme, mirándolo más atentamente (ese talle esbelto, ese traje de tela negra gastada y sobre todo esos ojos, esos ojos asombrosamente brillantes), dudando aún que fuera él.

Lo seguía su cuarto; inmediatamente me sentí cómodo. Era un alojamiento para una persona amueblado muy simplemente: en un rincón una mesa que desaparecía bajo los libros, los diarios y las revistas; a un costado una cama de hierro y un pequeño armario. Nada más pero todo limpio, libre, acogedor.

Nguyen Ai Quoc se informó sobre mi provincia de origen, sobre la razón que me había traído, la duración de cada viaje a bordo de mi carguero, mis condiciones de vida (...) Comprendí que él también había trabajado en el mar. Tenía todo el argot del oficio. Había viajado mucho y conocía bastante la mayoría de las escalas donde yo había bajado. No me lo dijo pero me di cuenta por la manera de interrogarme sobre tal calle, tal bulevar. Se interesó vivamente por las condiciones de vida de las masas en esos diversos países. Después llegamos a Vietnam. Cuando supo que había partido de Saigón me interrogó sobre la ciudad, el mercado de Ben Thanh, los muelles, los trabajadores,

los carricoches (...) La mirada pensativa, me preguntó hasta el más pequeño detalle, y me escuchó atentamente. El tiempo pasó tan rápido que pronto fueron las nueve de la noche. Debí excusarme e irme.

Volví a la mañana siguiente. Ya me esperaba, vestido con el mismo traje de tela negra, para llevarme de paseo a través de París. Salimos, contorneamos mil calles, y siempre a pie, subimos la interminable calle Monge. Noté que llevaba viejos botines con suelas reforzadas, muy cómodas para las largas marchas a pie y casi inusables. Charlábamos al caminar; al cabo de una hora más o menos, me hizo entrar en una galería.

Debo confesar que en esa época todavía era muy joven y las bellas artes casi no me atraían. En esa galería había un centenar de cuadros, una multitud de visitantes. Nguyen Ai Quoc conocía a mucha gente: a cada instante alguien venía a estrecharle la mano o le hacía un saludo con la cabeza. Se quedó mucho tiempo examinando los cuadros, muy atentamente, uno a uno, y dijo su parecer a sus amigos franceses. Parecía estar muy al corriente. Sus amigos meneaban la cabeza en signo de asentimiento, lo hacían participar de sus opiniones. Sus propósitos picaron mi curiosidad; finalmente me puse a examinar, yo también, los cuadros con más atención.

Recuerdo que Nguyen Ai Quoc se detuvo frente a un retrato de Vaillant-Couturier. Sólo algunos años más tarde, cuando volví a París para trabajar en la imprenta Dangon que sacaba *l'Humanité* y *Viet Nam Hon* (*El alma de Vietnam*) conocí a Vaillant-Couturier. Supe entonces de la gran amistad que unía a nuestros dos camaradas.

Esa visita duró dos horas; a las once de la mañana dejamos la galería. El panteón está justo enfrente, le echamos una ojeada. Después Nguyen Ai Quoc me llevó a la calle *des Carmes*, a un restaurant chico, para almorzar. Pidió pescado en salmuera y carne salteada con frijoles. Me gustó todo, porque hacía tiempo que no probaba nuestra cocina. Después de la comida volvimos, siempre a pie.

En su casa extendió su estera en el piso, arregló dos pilas de libros y diarios a manera de almohadones donde pudimos estirarnos uno al lado del otro. Me puso al corriente de sus actividades. Por las mañanas trabajaba en un taller de retratos donde le pagaban por piezas. Su situación no era brillante, mucho menos todavía que la nuestra, porque nosotros cobrábamos un salario mensual. Sin embargo siempre lograba separar algo para hacer imprimir libros y ayudar a *Le Paria*. A la tarde iba a la redacción del diario para escribir o corregir los artículos. Escribía también para varios diarios, *l'Humanité*, *La Vie Ouvrière* (...) El personal de la redacción estaba compuesto enteramente por militantes revolucionarios originarios de las colonias, que venían benévolutamente después de sus horas de trabajo. Por las noches Nguyen Ai Quoc asistía a controvertidas conferencias sobre problemas de filosofía, economía, política, problemas sociales o culturales (...) o bien, iba a la Biblioteca nacional. Además militaba en una célula de barrio del Partido comunista francés.

Estas múltiples ocupaciones no le impedían pasear regularmente todos los domingos, visitar las exposiciones y los museos. Cuando mi segunda estaba en París me volvió a llevar a una galería de cuadros, y me hizo

visitar el Louvre. Conocía a fondo París, sobre todo los barrios obreros de los alrededores, el “cinturón rojo” de las afueras.

Hacia la noche tuve que volver a El Havre. Me hizo entonces numerosas recomendaciones, una de las cuales me impresionó particularmente: “Sobre todo no olvides jamás que eres hijo de un pueblo que ha perdido su patria. Debemos saber comprendernos, unirnos codo con codo, no dejarnos abatir. Debemos ser solidarios, solidarios con la clase obrera y con el pueblo francés, con todos los pueblos coloniales. Todos somos, tanto unos como otros, proletarios oprimidos y explotados”.

A mi llegada a El Havre los camaradas me rodearon, me acosaron a preguntas. Yo les conté todo sin omitir nada. Estaban entusiasmados. Desde entonces, siguiendo los consejos de Nguyen Ai Quoc organizamos transporte clandestino de diarios hacia Indochina y los países donde se encontraban los emigrados vietnamitas, como la Nueva Caledonia, Reunión, etcétera... Hicimos colectas a beneficio de *Le Paria*, de *l'Humanité* y de la revista *Le Bolchevik*. En el curso de una travesía llevé a su país, como pasajeros clandestinos, a tres martiniqueses, que debían viajar escondiéndose de la Sureté. Para nuestros marineros el transporte de diarios y los viajes clandestinos eran cosa fácil.

En abril de 1923 mi barco volvió a El Havre. Volví a pegar un salto hasta París para buscar a Nguyen Ai Quoc. No había dejado de pensar en él durante todo ese largo viaje de mar. En el movimiento obrero francés seguían flotando los grandes movimientos de los años 1919,

1920. En la región de El Havre, decenas de millares de obreros estuvieron meses en huelga, y hubo choques sangrientos con la policía. En Vietnam la administración colonial presionaba al pueblo como nunca. Inundaciones y hambrunas se sucedían. Los campesinos arruinados, en harapos, debían venderse a los colonos e ir como culíes a las plantaciones de caucho de Cochinchina o las minas de Nueva Caledonia. Durante ese tiempo los transportes de arroz hacia Francia continuaban con carga total. Nosotros teníamos un peso en el corazón. Nos robaban nuestro arroz mientras los nuestros morían de hambre. A cualquier precio había que poner al tanto a Nguyen Ai Quoc.

Fui a la calle *des Gobelins*, pero no lo encontré en su casa. Corrí a la redacción del diario. Estaba conversando con un africano. Me estrechó la mano sonriendo, y me presentó a su interlocutor, el camarada Seigho, de Africa occidental. Mi primera frase fue para informarle que las expediciones clandestinas de *Le Paria* hacia el país proseguían regularmente. Su rostro se iluminó. "Haz de manera que los camaradas se superen aun más" me dijo. Una vez en su casa, me preguntó sobre mi salud y la de nuestros camaradas en las tripulaciones de El Havre. Se interesó también por la situación en los países donde habíamos hecho escala y en Indochina. Se quedó un largo rato sin decir nada cuando le informé que las exportaciones de arroz continuaban, mientras en nuestro país la gente se moría de hambre.

En este encuentro supe por primera vez que Nguyen Ai Quoc era vecino de un abogado, el señor Phan Van

Truong¹ que parece le había cedido la pieza que ocupaba. Truong era un intelectual patriota, atraído él también por el comunismo, pero más bien inclinado a la teoría a diferencia de Nguyen Ai Quoc, quien sin dejar de profundizar en la teoría, continuaba su intensa actividad práctica entre los trabajadores. En el curso de un encuentro personal con Truong, éste me contó: «Nguyen fue llamado un día por Albert Sarraut. (el ex gobernador general de Indochina era entonces ministro de colonias.) “Francia, le dijo Sarraut apretando los dientes y crispando el puño como para estrangular, es suficientemente fuerte como para castigar a quienes le hacen frente”. Al ver que las amenazas no funcionaban con Nguyen Ai Quoc, Sarraut optó por alagarlo y comprarlo. “No necesito favores – le contestó Nguyen Ai Quoc – mi trabajo me alcanza para vivir. No necesito nada, sólo quiero una cosa: la independencia para el pueblo de Viet Nam.” Albert Sarraut, aunque envenenado por el despecho, no se animó a tocar a Nguyen Ai Quoc; nuestro pueblo, el de las colonias y sobre todo el pueblo y el Partido comunista de Francia estaban presentes a su lado».

Como mi barco se hacía a menudo a la mar, mis viajes a París durante cierto tiempo fueron escasos. Sólo de tanto en tanto le escribía a Nguyen Ai Quoc. Un día le pedí, en una de las cartas, que me hablara un poco de Marx, porque encontraba a menudo su nombre en mis lecturas. La respuesta llegó sin tardanza. Me decía quién

1. 1878-1933. A su regreso al país Phan Van Truong fue jefe de redacción de la revista *An Nam*, e insertó en sus columnas el primer manifiesto comunista.

era Marx, me explicaba el marxismo tanto como es posible en una primera carta, y me aconsejaba hacer un esfuerzo para leer ciertos libros. Fue lo que hice. Buscaba en el diccionario las palabras difíciles, y le escribía cuando no las encontraba.

En junio de 1924, el Partido comunista francés presentó a Nguyen Ai Quoc como candidato en las elecciones para la Cámara de diputados, en la lista Cachin-Couturier que fue publicada en la prensa, y pegada en las esquinas. Para nosotros era una gran alegría leerla: nos deteníamos en cada lugar que estuviera pegada. Bajo el nombre de Nguyen Ai Quoc creíamos ver a todo nuestro proletariado, a todo nuestro pueblo, a todo nuestro país. Con esta candidatura el Partido comunista sentía que señalaba la solidaridad de la clase obrera francesa con las colonias en su lucha contra el enemigo común, el capitalismo. La entrada en la asamblea capitalista, si bien no era un fin en sí, ofrecía al menos una tribuna para desenmascarar al capital. Era la primera vez que el Partido comunista francés presentaba una lista electoral separada. Reunió un millón doscientos mil votos sobre un total de cinco millones. Al no ser francés Nguyen Ai Quoc evidentemente no podía entrar en la Cámara.

Mi último encuentro con él en Francia tuvo lugar a fines del año 1923. En 1925 me adherí al Partido comunista francés. Por esa época fui a París y busqué a Nguyen Ai Quoc en el diario. Cuando pregunté por él me contestaron que se había mudado al número nueve de Compoint. En esta última dirección el conserje movió la cabeza, y me respondió que Nguyen Ai Quoc había partido. Volví va-

rias veces sin mayores resultados. En verdad había dejado Francia desde hacía mucho tiempo. Entonces éramos centenares, miles en París; la ausencia de Nguyen Ai Quoc, sin embargo, me dejó la impresión de un gran vacío.

Más tarde supe que había ido a la U.R.S.S. a fines de 1923. En esa época el Komintern convocó al V Congreso de la Internacional comunista. Nguyen Ai Quoc había sido designado como delegado en razón de ser miembro de la Sección de las colonias del Comité central del Partido comunista francés. Hizo una intervención sobre la liberación de las colonias. Lenin estaba entonces gravemente enfermo. Acababa de morir cuando Nguyen Ai Quoc llegó a Moscú. El Congreso de la Internacional comunista debió ser diferido hasta junio-julio de 1924.

A mediados del año 1929 el camarada Tran Phu, en su regreso de Moscú, pasó por París para volver al país. Estaba encargado de una misión ante el camarada Nguyen Ai Quoc a quien le envió el llamado a la unificación dirigido por la Internacional comunista a nuestras diferentes organizaciones comunistas. Un día, en el curso de una visita que hice con él al muro de los Federados, en el cementerio del Père Lachaise, me dijo que había sido por Nguyen Ai Quoc que había oído hablar por primera vez de la Comuna de París en la escuela Wan Pou. Así por todos lados donde pasaba, Nguyen Ai Quoc formaba hombres. Yo mismo qué hubiera sido si no lo hubiera encontrado. Pensaba en el día en que había dejado mi país. Entonces estaba convencido de no volver jamás. Sólo veía que muchos de nosotros éramos desdichados y estábamos oprimidos, pero no sabía qué hacer. Al cruzarse en

mi vida, Nguyen Ai Quoc pudo mostrarme el camino de la liberación de nuestro país, el mismo que el de la liberación de nuestra clase.

A fines de año estaba de regreso en Vietnam.

-0-

1928-29 Efervescencia del movimiento obrero en todo el país. Numerosas huelgas en las grandes ciudades y los centros industriales.

1930 Insurrección abortada de Yen Bai. El 3 de febrero se funda el Partido Comunista de Indochina. Elaboración del programa del PCI.

1938-39 Auge de la novela realista. Nguyen Cong Hoan: *El atasco*; Ngo Tat To: *Cuando la lámpara se apaga*; Nguyen Hoang: *La ladrona* y otras novelas cortas.

1939 Se forma el Frente Nacional Antiimperialista. Nguyen Cong Hoan escribe *Las pantunflas del venerable jefe de distrito*.

Giap describe muy bien la estrategia del imperialismo francés: «Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los colonialistas franceses cedieron en toda la línea frente a los fascistas japoneses, pero arrojaron lo mejor de sus fuerzas contra el movimiento revolucionario».

Vo Nguyen Giap.

Nacimiento de un ejército. La marcha hacia el sur

Vo Nguyen Giap

Desde su regreso al país, en la frontera, el tío Ho se había dedicado a mantener el contacto con el comité central que se encontraba en el delta. Cuando la 8ª Sesión del Comité central decidió la formación de dos bases revolucionarias en Viet Bac, el contacto entre Cao Bang y la región del Bac Son-Vu se convirtió en una necesidad imperiosa.

Además de nuestra red de contacto clandestino, necesitábamos organizar con urgencia entre Cao Bang y el delta otros numerosos hilos de unión en las poblaciones locales. Así, en caso de represión, podríamos tener contacto, y preservar las posibilidades de contraataque.

Para establecer el contacto en dirección al delta, debíamos pasar por regiones habitadas por los *Thos* y los '*Man à sapèques*²'. Empezamos un trabajo de agitación entre estos últimos. Al igual que los *Man blancs*, los *Man à sapèques* son rectos y francos. Ellos también estaban hartos del imperialismo y dispuestos a la insurrección. La hospitalidad y la ayuda eran una tradición entre ellos. Estaban entusiasmados con la idea de unirse en una liga para echar a

2. Grupo de la minoría man cuyas mujeres llevan unos adornos por los que se les conoce.

los colonialistas y fascistas, pero no otorgaban toda su confianza sino después de prestar un juramento solemne según los ritos tradicionales. Para probarles nuestra buena fe tomamos parte en esas ceremonias. Juramos sobre nuestras cabezas unirnos como hermanos en el seno de una misma familia para echar de nuestras aldeas a los japoneses y a los franceses, en nombre de la patria, según el programa de la Liga Viet Minh; juramos ser solidarios en los momentos más críticos, no traicionar jamás a la Liga, aún bajo tortura. Para sellar nuestros juramentos, hundimos un palo de incienso encendido en el agua, donde cortamos la cabeza de un pollo de un golpe seco.

Apenas el movimiento tomó cierta amplitud el enemigo desencadenó la represión. Unidades de Ngan Son, Nguyen Binh, y Cao Bang subieron hasta el cantón de Kim Ma, y lo cercaron. Bloquearon todas las vías de comunicación, rutas y pistas, para agarrar a los militantes, y echarle mano a nuestros servicios clandestinos. Por mi parte, yo estaba por abrir un curso político con el camarada Thiet Hung, y encima tenía una crisis de paludismo. La población nos aconsejó que dejáramos la región: "Esta vez, es una gran operación. La tropa llegó hasta aquí para arrestarlos. Valdría más suspender por un momento las actividades de la Liga, y que ustedes se retiraran a la selva". Apenas supieron la noticia, el tío Ho y el Comité interprovincial nos enviaron emisarios para hacernos volver a la sede del Partido Comunista. Pero nosotros pensamos que en tales circunstancias se corría el riesgo de que nuestra partida provocara el desmembramiento de las organizaciones de base. Pedimos quedarnos en el lugar.

El mismo día el enemigo nos persiguió sin piedad. Guiados por los camaradas Khanh y Lac, caminamos bajo una lluvia monsonica en línea recta, a través de la jungla y de los campos, evitando los caminos durante toda una noche. Hasta la mañana habíamos escalado crestas y bajado pendientes. Al alba, la bruma era tan espesa que no se veía a más de tres metros. A media mañana, cuando se levantó la niebla, nos encontramos en la cima de un cerro desnudo, cerca de una aldea que los soldados revisaban casa por casa. Nos tiramos boca abajo y nos arrastramos más de un kilómetro para alcanzar el borde del bosque donde retomamos nuestra marcha. A mediodía estábamos agotados a tal punto de no poder poner un pie delante del otro. Fueron los camaradas de la región quienes, tomándonos de la mano, nos hicieron caminar hasta la tarde. Al crepúsculo habíamos alcanzado el emplazamiento previsto, en la cima de una montaña bastante elevada. Después de construir rápidamente una choza para abrigarnos, esbozamos un plan para retomar contacto con la población, y dirigir la acción contra la represión.

Después de esta agitada marcha, el camarada Thiet Hung y yo mismo, estuvimos sacudidos por la fiebre durante dos meses y medio. Sólo teníamos infusiones de raíces "cu ao" como medicamento. Algunos de nuestros militantes, preocupados por nuestra enfermedad, vistiéndolo la larga túnica índigo propia de las minorías *Tho* fueron a implorar nuestra curación al brujo. Pero, ¿qué podía hacer el brujo? Tuvimos que esperar a que se restableciera el contacto. El camarada Cap, que vino del P. C. para retomar el contacto, nos trajo algunos comprimidos de quina que nos aliviaron.

En realidad, la persecución resultó ser una operación de pequeña envergadura. Pero, dado que era la primera en la región, nos causó serias dificultades. El movimiento tuvo un retroceso durante cierto tiempo. Sin embargo, la propaganda y los cursos políticos continuaban. Después todo volvió a empezar. Las Asociaciones para la salvación nacional, las organizaciones de autodefensa se habían templado en la prueba. El valle de Kim Ma vibró de nuevo con el eco entusiasta de los mítines que preparaban la insurrección. Muy pronto se convocó a la primera Conferencia de Delegados de las Minorías Ma que decidió la creación de la zona Quang Trung. El movimiento había retomado su impulso. En ocasión del aniversario de la Revolución de Octubre, los representantes de los cantones de Nguyen Binh y Ngan Son realizaron una conferencia preparatoria con miras a la insurrección armada, con la participación de unos trescientos delegados, y de una decena de destacamentos de choque que hicieron una demostración militar.

Para facilitar nuestra propaganda, pusimos en verso el programa de la Liga Viet Min. Yo lo traduje, también en verso, al dialecto de los *Man à sapèque* y de los *Man blancs*. Adaptamos nuevas palabras a los ritmos y danzas folklóricas para exaltar la revolución. El programa de la Liga se propagó así muy rápidamente, y penetró en profundidad en la mentalidad de las masas. Un día, estando en una aldea que acababa de ser ganada para nuestra causa, me sorprendió gratamente que jóvenes y niños recitaran de memoria los versos del Programa de la Liga. Lo hacían mientras batían el arroz, y cardaban el algodón.

Entre más terreno ganaba “la marcha hacia el sur”, más exigía a sus cuadros. Ante el llamado del Comité interprovincial un centenar de muchachos y muchachas de Cao Bang dejaron sus hogares para formar grupos de asalto armados. Se procuraron las armas por sí mismos, carabinas o granadas. El camarada Thiet Hung tenía un revólver caprichoso, pues se trababa un tiro de cada dos. En cuanto a mí, yo tenía una granada fuera de uso que llevaba en mi cinturón: nunca hay que desdeñar una ventaja moral. En estrecha cooperación con los militantes locales, los grupos de asalto armados se repartieron en varias formaciones que se dirigieron hacia el sur en misión de propaganda. El grupo de asalto encargado de desencadenar la acción partió primero. Contactó a los militantes locales gracias a un trabajo de investigación y propaganda, después puso en pie organizaciones de base. Siguió luego el grupo encargado de consolidar esos primeros resultados. Entre los simpatizantes elegía a los elementos seguros, y abría cursos políticos acelerados. Los cuadros así formados se convertían en un núcleo para la extensión del movimiento.

Para acelerar el trabajo, en lugar de abordar simplemente los pueblos en el orden topográfico, a menudo dábamos un salto hacia adelante. Cuando las condiciones lo permitían, no dudábamos en enviar un grupo de asalto a organizar un pueblo donde las masas ya habían tomado, más o menos, conciencia. Este grupo se desplazaba clandestinamente, llegaba al pueblo, iba ganando terreno, y establecía, poco a poco el contacto con las antiguas bases. Habíamos bautizado a este método como la “táctica del paracaidismo”.

En el curso de nuestra marcha hacia el sur nos ocurrió una desgracia que merece ser contada.

De acuerdo con los progresos del movimiento yo había bajado poco a poco del cantón Kim Ma hasta Ngan Son para controlar el trabajo, y abrir cursos de formación para los cuadros regionales. Estaba sobre una montaña cerca de la capital del distrito de Ngan son, cuando recibí una carta urgente del camarada Tong: convocatoria inmediata del Partido Comunista. Volví de prisa a Cao Bang. Apenas llegué, los camaradas Tong y Vu Anh me anunciaron que el tío Ho había sido detenido durante una misión en China, y que acababa de morir por enfermedad, en la prisión.

Yo estaba lejos de esperar tal noticia. Todo empezó a girar alrededor mío. ¡El tío Ho ya no estaba! ¡Qué pérdida para nuestro partido, para nuestro pueblo! Discutimos la redacción de un informe para el Comité Central, así como la organización de una ceremonia en su memoria. El camarada Tong fue encargado de pronunciar la oración fúnebre. El camarada Cap aportó la valija del tío Ho donde pensamos encontrar algunos objetos para conservar como recuerdo (...) También proyectamos enviar al camarada Cap a China para tratar de encontrar el lugar de la tumba.

Algunos días más tarde retomé el camino para continuar mi misión. Jamás olvidaré esa noche cuando caminaba en compañía de un camarada de la "marcha hacia el sur" por montañas cubiertas de vegetación cuya soledad invadió todo mi ser. Hacía un frío penetrante. Me oprimía una tristeza infinita. Me sentía como abandonado. Por horas, con lágrimas en los ojos miré las estrellas en la inmensidad del cielo sin dejar de caminar.

Algún tiempo después, recibimos un diario enviado desde China. Al margen, algunas líneas en caracteres chinos. ¡Era la escritura del tío Ho!

“A todos, buena salud y coraje en el trabajo. Aquí todo va bien.”

Seguían algunos versos:

“Las nubes envuelven los montes
Los montes oprimen a las nubes
El río es un espejo que nada empaña
Sobre la cima de los Montes del Oeste
Solitario, voy con el corazón emocionado
Escruto a lo lejos el cielo del sur
Pienso en mis amigos.”

Imposible describir nuestra alegría.

Le mostramos el diario al camarada Cap:

– ¿Entonces? ¿Qué quiere decir esto?

– Yo mismo no comprendo nada – nos contestó. El mismo gobernador del Kuomintang me anunció, cuando yo estaba en China, que Nguyen Ai Quoc³ estaba muerto.

Acosamos a Cap a preguntas:

– Trata de recordar: ¿qué te dijo, exactamente, el chino?

Terminó por recordar: el gobernador chino, hablando del tío Ho había pronunciado las palabras “*su lo, su lo*”, que significan “bien, bien”, pero nuestro camarada las había interpretado mal, ya que basta un cambio en el acento tónico de la primera palabra para que la expresión signifique “ya muerto, ya muerto”.

3. Seudónimo de Ho Chi Minh al comienzo de su carrera política.

Fuimos sacudidos por una crisis de risa. Pero habíamos llevado ese peso sobre el corazón durante meses y meses.

Alrededor del mes de agosto de 1943, la ruta hacia el sur estaba abierta. La tomé para ir al delta para encontrarme con el camarada Ba, es decir Chu Van Tan.

Habíamos logrado organizar a las masas en un sector bastante amplio. Nuestra pista franqueaba varias cadenas de montañas y varios valles pasando por pueblos de las minorías *Tho*, *Man à sapèques*, y *Man rojo*.

Por todos lados donde pasaba reinaba una atmósfera febril por los preparativos para la insurrección. La moral de la población era excelente. Las minorías *Tho* como las minorías *Man*, ya compartían nuestra causa. Reservaban a los revolucionarios un recibimiento de lo más caluroso. Todos los pueblos *Man* que delimitaban el camino hacia la cima del monte Phia Booc (una de las cumbres más elevadas de la región, donde nieva todo el año, aunque haga buen tiempo en el valle) trabajaban para el Viet Minh; las mujeres y los niños sabían de memoria los versos del programa de la Liga en lengua *Man*, además de varias canciones revolucionarias. Cuando los soldados subían por allí la población hacía todo por ocultar y proteger a los revolucionarios. No dudaba, en caso necesario, en acondicionar escondrijos bajo el altar dedicado a los genios tutelares. Estos lugares son, absolutamente, tabú para los extraños.

Después de quince días de marcha, llegué cerca de Cho Chu por un sendero montañoso suspendido sobre el puesto de Coc. Unos pasos más y llegaría a la cita. En-

contré al camarada Chu Van Tan en un “ray”⁴ en plena jungla. ¡Inútil decir nuestra alegría! Convocamos inmediatamente a cierto número de cuadros de Bac Son que se dedicaban a la agitación en la región y a cuadros de la “marcha hacia el sur” para intercambiar ideas. Después de esto, organizamos una pequeña fiesta íntima; al llegar la noche dormimos a campo raso sobre hojas de platanero.

El camarada Tan nos esbozó el cuadro de la situación en Thai Nguyen y en el delta. Nuestras organizaciones de base estaban fuertemente implantadas en Bac Son y en Vu Nhai, y el movimiento ganaba las regiones de Cho Chu, Dai Tu. El enemigo continuaba su política de represión. El camarada Tan agregó que había enviado un informe al Comité central, el cual despacharía inmediatamente a uno de sus miembros para vernos. Me quedé esperándolo cierto tiempo. Cada día nos anunciaban su llegada inminente; pero pasaron dos semanas sin que lo viéramos llegar. La represión era tan intensa que ningún camino era seguro. Debí retornar a Cao Bang como preví al comienzo. Había aprovechado esos días de espera para escribir un folleto sobre “La experiencia de la Liga Viet Minh en Viet Bac”, que estaba destinado a ser enviado al delta.

Llegué a Cao Bang en vísperas de la fiesta del Nuevo Año. El último día del año lunar, la mayoría de los cuadros y una veintena de destacamentos de asalto armados pertenecientes a la “marcha hacia el sur” se había reunido para festejar nuestros éxitos. La “Liga Viet Minh” y la

4. Campo cultivado que los campesinos logran en la pendiente de la montaña después de haber abatido y quemado la selva.

Federación del Partido del Cao-Bac Lang nos enviaron un estandarte en el que habían bordado las palabras “Asalto victorioso”.

En el mismo momento, el enemigo desencadenó el terror blanco.

Poemas entresacados del *Diario de la prisión.*

Ho Chi Minh

Primera página del Diario

Recitar poemas nunca ha sido uno de mis hábitos,
Pero ahora en prisión, ¿qué otra cosa puedo hacer?
Pasaré estos días de cautiverio escribiendo poemas,
Y cantándolos acercaré el día de mi libertad.

La flauta del preso

De pronto, suenan nostálgicas las notas
de una flauta.
La música surge tristemente, sollozando
una melodía.
Es un doloroso viaje a miles de kilómetros
de distancia, a través de ríos y montañas,
Lejos, una mujer espera
en lo alto de una torre el regreso
de su amado.

En el camino

Sólo en el camino comprendemos el significado de los
obstáculos,
Escalamos una montaña, y siempre hay otra detrás.
Pero cuando penosamente alcanzamos la cima de la
cordillera,
Más de diez mil lies se extienden ante nuestros ojos.

La prisión de Kuoteh

¡Curiosa prisión ésta, donde los encargados roban a los
presos!
Madera, arroz, aceite, sal – todo hay que “comprárselo”
a ellos.
Ante cada celda, un hornillo;
Durante todo el día, olor de arroz y sopa hirviendo.

Adiós a un diente

Fuiste sano y resistente, amigo mío,
Hermano menor de la lengua,
Juntos compartimos dulzuras y sinsabores,
Y ahora, tenemos que separarnos.

La muerte del jugador

Ya no era más que huesos y pellejo.
La miseria, el frío y el hambre acabaron con él.
Esta noche durmió apoyado en mi espalda;
Al amanecer, partió hacia el Reino de las Nueve
Primaveras.

Prohibido fumar

¡Terminantemente prohibido fumar aquí!

Tu tabaco desaparece en los bolsillos
del carcelero

Quien tiene derecho a fumárselo si lo
desea.

Por si quisieras intentarlo, ahí están
los grilletes.

El once de noviembre

I

Cuando en Europa llega el once de noviembre,
Se conmemora el fin de la Primera Guerra Mundial.

Otra vez se lucha sangrientamente en los cinco
continentes;

Los culpables son los criminales nazis.

II

La resistencia china ha durado casi seis años.

Sus actos de heroísmo son conocidos de todo el mundo.

La victoria está al alcance de su mano,

Pero se necesitan aún grandes esfuerzos para pasar a la
contraofensiva.

III

En Asia entera ondean banderas antijaponesas,
Grandes o pequeñas, no importa.

Tenemos que aliarnos con las grandes banderas,

Pero también necesitamos a las pequeñas.

Mi bastón, robado por el guardián

Durante tantos años, siempre fuerte y derecho,
Juntos fuimos a través de la nieve y la niebla.
Maldito sea el ladrón que me separó de ti,
Dejándome con mi tristeza y mi soledad.

Llegada a Liuchow

Las amarguras y los sufrimientos no pueden ser eternos.
Tras llegar agotado a Liuchow,
He repasado estos cien días de pesadilla,
Y al despertar, la tristeza aún se refleja en mi rostro.

Escena matinal

Por la mañana, el sol se eleva sobre los picos de las
montañas,
Bañando sus laderas de un rosado arrebol.
Pero la prisión sigue en las sombras,
Parece como si prohibieran a los rayos del sol su entrada
en las celdas.

Noche de otoño

Ante la puerta, un guardia, fusil al hombro,
En el cielo, la luna se desvanece entre las nubes.
Las chinches rondan como negros tanques en la noche,
Los mosquitos atacan como escuadrillas de cazas.
Mi corazón está con los míos, a mil lés de aquí,

Mis sueños se entretejen igual que una tela de araña.
Un año ha llegado a su fin, sin saber qué crimen cometí.
Con mis lágrimas escribo otro poema de prisión.

Libre, cruzo las montañas

Las nubes abrazan a las cumbres, y las cumbres abrazan
a las nubes.
En el valle, el río brilla como un espejo, limpio e
inmaculado.
Libre, cruzo las crestas de la Cordillera Occidental
camino del sur,
Y el corazón late con fuerza pensando en los antiguos
camaradas.

-0-

1949 Francia establece el estado satélite de Viet Nam bajo
el gobierno de Bao Dai.

La cosecha

Bui Hien

El teniente Pivert, jefe de la guarnición, hizo venir al alcalde de la aldea de Quy Son para decirle por boca del intérprete:

—Desde mañana traerá cincuenta culíes a la guarnición. Hay trabajo para ellos. Tienen que ser jóvenes y fornidos. Vendrán con picos y azadas, cuatrocientos bambúes y doscientas gavillas de paja para techar una casa. Cada uno recibirá quinientos gramos de arroz por cabeza. La paja y los bambúes les serán pagados contra entrega. ¿Entendido?

—Tenga la bondad de concederme un plazo, excelencia —le dijo el alcalde rascándose la cabeza.

Pivert, en el acto, dio muestras de enojo:

—¿Un plazo? ¿Tiene ganas de bromear? Ya los granos de arroz maduran en los campos. Tenemos que preparar a tiempo los secaderos y el granero. Esta vez no podemos permitir que ni un solo grano de arroz caiga en la barriga de los Viet Minh.

Después, sin darle tiempo al alcalde a contestar, trató de amansarlo.

—En este asunto —dijo— su aldea no pierde nada. El arroz de Quy Son, almacenado aquí, será

distribuido gradualmente a la población. Así, lo sustraeremos al saqueo del Viet Minh. Lo que pretendo es castigar a los habitantes de Van Tap, esos tipos recalcitrantes que hospedan a los Viet Minh para luchar contra nosotros. Hay que reducirlos por hambre hasta que de rodillas nos imploren la sumisión.

El alcalde, barajando todas las dificultades a encarar en lo tocante a la requisición de la mano de obra para procurarse la paja y los bambúes, trató de ganar tiempo:

—Permítame, excelencia, comunicar su decisión al señor cura. Ayer mismo les decía a sus ovejas que se prepararan para celebrar solemnemente la pascua florida.

Pivert abrió tamaños ojos.

—Yo se lo notificaré al cura — dijo removiendo sus bigotes. La iglesia no debe obstaculizar los asuntos del ejército. ¿Entendido? Repito: desde mañana, cincuenta culíes, cuatrocientos bambúes, doscientas gavillas de paja. Los culis se presentarán aquí todas las mañanas a las siete. Si alguno faltare, usted será el responsable.

Los morteros del puesto militar machacaban día a día la aldea de Van Tap y sus cercanías. Nubes de humo pardo se elevaban de los campos cubiertos de espigas doradas. La gente se refugiaba en trincheras excavadas en el interior de las casas. Una vez cesado el fuego, salían a la superficie, y siempre se encontraban con la rechoncha figura del camarada Cham, secretario de la unión de campesinos de la comuna,

que corría de casa en casa diciendo, a diestro y siniestro, palabras de aliento: «¡No tengan miedo! ¡Lo hacen nada más que para intimidarnos!». Convocó a una asamblea para discutir los medios de preservar la cosecha. Habló enérgicamente. Por ser demasiado viejo tenía la cara huesuda, los maxilares salientes, el mentón erizado de pelos duros y negros. Sin embargo, los ojos conservaban su brillo.

—El enemigo —dijo— está decidido a arrebatarnos hasta el último grano de arroz. Tenemos que movilizar a todos nuestros compatriotas para defender, cueste lo que cueste, la cosecha. ¿No es así, camaradas?

Una voz surgió de los allí congregados:

—No somos carneros para dejar que los franceses se roben el fruto de nuestro trabajo. El arroz que amarillea en los campos no cae del cielo. Sale de nuestro sudor y de nuestra sangre. Si alguien olvida esto que mire al camarada Hoa. ¿Por qué ha perdido un brazo?

La asamblea se hizo tempestuosa. Los campesinos se acordaban de las duras jornadas vividas para hacer crecer el arroz. El sol del quinto mes se aliaba con el enemigo para incendiar la llanura. La tierra horadada, dura como piedra, dañaba los pies y apretaba las posturas de arroz como en un tornillo de banco. Los chamuscados semilleros arderían al menor chispazo. El agua había desaparecido por completo. En los canales tan sólo había un fango viscoso y negro. El enemigo había destruido la presa de

Cong Tay, y colocado troncos de bambú para apuntalar un terraplén que cortara el canal de irrigación a la altura de Quy Son. Pero los campesinos de Van Tap no se achicaban ni ante el cielo ni ante el enemigo. Destruyeron el obstáculo levantado por los franceses, y de nuevo el agua manó hacia sus arrozales. El enemigo de nuevo puso el tapón y sembró minas alrededor. De noche disparaba sus ametralladoras. Hubo muertos entre la población. Al camarada Hoa tuvieron que amputarle un brazo a resultas de una gravísima herida. Entonces los campesinos se pusieron a excavar una nueva arteria de tres kilómetros de largo que desembocaba en el canal de Thanh Thuy. Las posturas de arroz al contacto del agua reverdecieron a ojos vistas.

Pero los morteros seguían martillando. El sol de agosto quemaba literalmente todo. La atmósfera recargada hacía más estruendosas las explosiones. Algunos obuses cayeron en la aldea, llevándose los techos de paja y haciendo caer la tierra sobre las cabezas de los campesinos metidos en sus refugios. En los campos las espigas se doblaban al paso de los obuses. El puesto militar de Quy Son se levantaba al borde de la carretera nacional con sus dos miradores rojo vivo. Las aspilleras practicadas a lo largo de las paredes escrutaban ávidamente la llanura de Van Tap cubiertas de espigas doradas hasta perderse de vista.

Los ojos del camarada Cham rebrillaron con un fulgor nuevo en sus oscuras órbitas. Pasaba por las

aldeas para recordarles a los campesinos: «¿Las hoces y las guadañas están en lugar seguro? ¿Y los arados, los rastrillos y las norias? Si los bueyes y los búfalos aún no han sido llevados a la espesura, apresúrense a hacerlo. ¡Esperamos un raid del enemigo!».

Un domingo por la mañana se oyeron disparos de fusil del lado de Quy Son. Justo en ese momento las campanas de la iglesia seguían repicando. De Van Tap se podían distinguir formas humanas correr por todas partes. El camarada apretó los dientes, y en sus maxilares crispados sobresalieron las venas azules. El plan que había concertado con el responsable de la unión de campesinos daba sus frutos. Los jóvenes y los hombres válidos de Quy Son se ocultaban para sustraerse a la requisita de mano de obra. Todas las mañanas unos cuantos hombres, en su gran mayoría viejos enclenques, se presentaban en el puesto militar. El alcalde de Quy Son fue detenido. Los franceses allanaron la iglesia y se llevaron a las mujeres. Ante las protestas del cura los piratas le dijeron: «Ejecutamos las órdenes del jefe; vaya a verlo y quéjese. Sin el arroz, ¿con qué vamos a vivir?». El cura, desesperado, imploró al cielo con la mirada.

Los disparos cesaron a las doce del día. Esto fue una advertencia para la población de Van Tap. Todos los campesinos se apresuraron a alejarse de la aldea y los guerrilleros, armados con bombas y granadas, estaban listos para enfrentarse a los asaltantes.

Después de la alerta, mientras ordenaba sus cosas en el cuartito, la madre Mang se preguntó,

perpleja: «¿Cómo es posible que no hayan vuelto todavía?».

En efecto, esa noche volvieron. La madre Mang se despertó sobresaltada. Oyó en el cuarto contiguo ruido de pasos seguidos por cuchicheos, después el ligero rechinar de los batientes de las puertas que sacaban de sus goznes para ponerlas en el suelo.

—¿Son ustedes, hijos míos? —preguntó la madre Mang.

—Sí, madre, somos nosotros. ¿No se ha acostado todavía?

La madre Mang se levantó y fue al otro cuarto.

—¡Oh! —exclamó— ¡Pues mire usted, nada menos que Thai, Tra, y Binh! ¿Y esos, quiénes son?

Uno de los desconocidos levantó su encendedor con la flama a la altura de su cara.

—¡Yo soy Ngu!

—¡Y yo Dam!

—Yo soy Tu Moc, ¿se acuerda de mí?

—¡Por supuesto! —dijo Mang— ¡Ah, cuánto tiempo hace que los espero! Hoy de mañana sentí que esos perros franceses armaban camorra del lado de Quy Son. Pregunté por ustedes. ¡Ah, muchachos, el arroz ya ha madurado!

—Quisimos entrar sin hacer ruido para no despertarla, madre, pero usted estaba despierta. ¿Sabe que son las dos de la madrugada?

—No, —contestó la madre— ya me eché un buen sueño. Tuve como un presentimiento de su llegada, y me desperté. ¡Pero apaguen esos meche-

ros, muchachos! los franceses pueden ver la luz desde el puesto militar. El otro día hicieron una limpia del lado de Xuan Lai. Mataron ocho búfalos. Un viejo, no pudiendo contener su cólera, los insultó. Lo fusilaron en el acto. Parece que han arrestado al alcalde de Quy Son, y según me han dicho no come desde hace dos días, y dice que se va a suicidar. Otra noticia: dos muchachos del puesto militar quisieron apoderarse de las hoces y las guadañas de los campesinos. La madre Thanh les tiró su saya a la cabeza. ¡Era para morir de risa! ¿Se acuerdan de la madre Thanh, que vive en el caserío de Bang, aldea de Son Lai?

Unos ronquidos estruendosos fueron la respuesta.

— ¡Ah — dijo ella — duermen como bebitos!

Uno de los muchachos dormía tan a pierna suelta que su cabeza se deslizó del saco que le servía de almohada, y se posó en el piso mismo. La madre Mang se la volvió a poner sobre el saco, miró un instante a los arracimados roncadores, y regresó a su cuarto.

La compañía regional se había repartido en el distrito, lista a pelear para proteger la cosecha. Uno de sus pelotones fue a concentrarse en Van Tap.

Un calor tórrido irradiaba de la bóveda azul sembrada de gruesos cúmulos blancos. La casa de la madre Mang estaba situada frente a la llanura, inmensa extensión amarillo claro. A una cierta distancia de allí, la mirada chocaba con el puesto militar

de Quy Son coronado por dos miradores provistos de numerosas almenas.

La aldea de Van Tap estaba separada del puesto por un espacio, sembrado de arrozales, de apenas un kilómetro. A fin de no ser descubiertos, nuestros combatientes evitaban cantar, hacer ruido, y circular. Entre las comidas se reunían en las casas para estudiar, después se ejercitaban en la lucha cuerpo a cuerpo para desentumecer brazos y piernas; a veces hablaban con los vecinos.

En uno de esos momentos de esparcimiento, Thuy se abrazó al cuello de la madre Mang, y le preguntó:

— ¿Madre, quiere volver a casarse? De buena gana la casaría con el padre Desdentado.

Todos se taparon la boca para no estallar de la risa. La madre Mang se enojó:

— ¡Pero estás loco! ¿A una abuela como yo te atreves a hablarle de casamiento?

Y habiendo dicho esto, se fue a la puerta del corral, hizo un gesto en dirección al puesto militar, y murmuró como si hablara a gritos:

— ¡Eh, franceses! ¡Aquí hay un montón del Viet Minh... vengan a llevárselos!

Hong, su hija, que estaba lavando la loza, se rió para sus adentros.

De pronto se oyó el rugir de un avión, ¡Alerta! La gente de la casa se deslizó en el refugio. Thuy y sus camaradas se fueron por el pasadizo de comunicación. El avión, impetuoso, pasó haciendo un

gran estruendo de chatarra. Dos cañones apostados, uno en Long Tho, el otro en Nam Giao, amén de los morteros del puesto de Quy Son, concentraron sus obuses sobre la aldea de Van Tap. Las explosiones se sucedieron ensordecedoras. El avión giraba en el cielo para corregir el tiro.

Binh, el jefe del grupo instó a sus hombres:

—Órdenes del jefe de sección: después de los disparos de la artillería, la infantería enemiga puede surgir de un momento a otro. ¡Colóquense en posición de combate!

Los combatientes salieron de las trincheras, corrieron hacia la casa para descolgar sus fusiles, después, presididos por el jefe del grupo, se deslizaron en los jardines, para tomar posiciones en el caserío de Bau, a la entrada de la aldea.

Pero, en esta ocasión fue una falsa alarma, el enemigo no se presentó. Pivert tenía que esperar a que el grano madurara del todo en los campos, además de que su granero debería estar terminado. El número de culíes capturados en el curso de las re-dadas era insignificante, la paja y el bambú faltaban, no avanzaba la construcción del granero. Pivert se limitaba a intensificar las incursiones terroristas con la finalidad de intimidar a la población.

Día tras día, Pivert escrutaba la, espejeante, sabana amarillo dorada, mientras ésta se movía a impulsos del viento.

«¡Cueste lo que cueste hay que apoderarse de la cosecha!» La orden procedente de Hue era formal: «Y si no hubiere medio de transportar el arroz

al puesto, habrá que destruirlo hasta el último grano». El mar de espigas se extendía hasta perderse de vista. Los macizos de la aldea de Van Tap se perfilaban misteriosamente en su inmovilidad verde oscuro. El Viet Minh también acechaba ese arroz, y era un adversario temible. Pivert apretaba entre sus dientes un cabo de tabaco.

Entretanto, día tras día, el sol recargaba la atmósfera. Las espigas seguían madurando; sus puntas se volvían anaranjadas. De uno al otro extremo de la llanura el viento de Laos la hacía inclinarse hacia Van Tap, hacia esa aldea que tan ímprobos trabajos hubo de padecer para hacerlas medrar. Una ansiosa alegría se apoderaba de los campesinos a la vista del fruto de su labor. Una barba negra poblaba los maxilares del camarada Cham, haciendo resaltar, a más y mejor, el brillo de sus ojos que reflejaban una inmensa alegría.

En cambio, los ojos de Pivert reflejaban una desmedida codicia. Una mañana el pirata se sobresaltó. Toda una superficie de arrozales, cercanos al puesto militar, había sido desbrozada; sólo quedaban las cepas. Llamó al intérprete, le dijo que mirara y que le dijera lo que estaba viendo. Éste titubeó antes de contestar:

— Mi teniente, me pregunto si soy presa de una alucinación...

Pivert no pudo contener un grito de rabia:

— ¡Lo único que tienes que decir es que son los Viet Minh los que han hecho esto!

Lanzó una maldición antes de ordenarles a los morteristas disparar sobre Van Tap. El silbido de los obuses pronto fue seguido de explosiones en la aldea; después, nubecillas de humo se alzaron por encima del arbolado. Pivert las contempló con una mirada de insatisfacción: «¿Cómo han podido hacerlo tan rápido? ¡En una sola noche! Han tenido que ser mil hombres.» Las nubes de humo se multiplicaron, pero la aldea parecía permanecer extrañamente tranquila, verdaderamente impávida. Pivert se secó el sudor que chorreaba de su cuello el cual había tomado un color carmesí.

Poco antes de las doce del día, aprovechó el momento en que las familias se reunían para la comida, el pirata lanzó una redada sobre Quy Son, y las aldeas vecinas del otro lado de la carretera. En Xu Lai y My Thien se resistieron tirando granadas de mano. No obstante, Pivert logró echar mano a una veintena de personas, en su gran mayoría viejos y niños. Les puso hoces en las manos y los obligó a ir a segar el arroz. Escoltados por un pelotón de soldados, el grupo marchó a los arrozales, unos refunfuñando, otros lloriqueando, y se pusieron, mal que bien, a segar las espigas. Algunos, por torpeza, se hirieron las manos, de las que manaba la sangre. De pronto se escuchó el estallido de unas granadas de mano. Por encima de las espigas surgieron los guerrilleros, quienes gritaron: «¡Compatriotas, huyan para que podamos aniquilar al enemigo!». Los segadores arrojaron al suelo las hoces, abandonaron

las espigas cortadas antes de desaparecer. Los soldados fantoches huyeron, igualmente, en dirección del puesto militar. Una vez allí, se apostaron detrás de los túneles para disparar, a cual más mejor, sobre la llanura.

Los guerrilleros se replegaron a lo largo de los diquecillos. Las balas enemigas silbaban por encima de sus cabezas.

El camarada Cham reunió a los cuadros de la unión campesinos de Van Tap.

— Bueno — les dijo — hemos ganado dos pequeñas batallas, pero nos espera una gran operación. Será dura, camaradas, mas habrá que llevarla a cabo prontamente; golpear duro, sin darle tiempo al enemigo de tomar medidas. Esta misma noche movilizaremos a toda la población para la siega.

— Eso no basta — dijo alguien.

—¿No? Pues bien, si no llegamos a terminar en la noche, continuaremos mañana por la mañana.

Se oyeron murmuraciones aquí y allí. Alguien preguntó con voz vacilante:

— ¿Segar de día?

El camarada Hoa mostró la manga de su chaqueta donde faltaba el brazo:

— Mi parecer es que segaremos de día si es necesario. No hay modo de aplazar el trabajo. Hay que terminarlo, de lo contrario será demasiado tarde.

— ¡De acuerdo! Esta noche y mañana, no hay otra solución.

— Entre los franceses y nosotros será una lucha sin cuartel ¡como siempre!

— ¡Entonces, de acuerdo para segar de día! Y si ellos recurren al terror, nosotros...

El camarada Cham alzó el brazo:

— Estén tranquilos, camaradas. El comité provincial ya ha pensado en el modo de luchar contra el terror. Voy a decirles cómo: Luong Mai, Tuong Son y Quan Hoa nos han hecho saber que esta noche nos enviarán segadores de refuerzo. Los de Son Lai acaso lleguen un poco tarde; tendrán que esperar a la caída de la noche para poder pasar a la altura del bloqueo de Bang.

Pero llegado el momento de agruparse los equipos de trabajo de Van Tap, Luong Mai, Tuing Son y Quan Hoa, la gente de Son Lai llegó sin tardanza.

— ¡Dadnos de beber! — exclamaron — ¡Qué sed! Acabamos de hacer cinco kilómetros de un tirón.

Sin pérdida de tiempo el camarada Cham dividió en grupos a los segadores y los mandó a los arrozales para impedir de antemano una andanada de obuses siempre posible.

El tenue rayo de luna iluminó el campo con su pálida luz. Los segadores, por pequeñas columnas, se adentraron rápidamente en los campos de arroz maduro.

En la lejanía se oyeron tres golpes de gong, tras una pausa otros tres. Procedían de los miradores del puesto enemigo. De cuando en cuando disparaban unos tiros por mera rutina. Todo parecía normal, pero, con todo, los segadores experimentaban una cierta inquietud. ¿No sería que el enemigo maquinaba algo?

La madre Mang, mientras manejaba lentamente su hoz, se decía: «Los franceses y sus compañeros deben estar apostados en algún sitio...». De cuando en cuando se oía a Hong que preguntaba en voz baja: «¿Mamá, estás ahí?». Por todos lados surgía el chirrido que hacen las hoces al segar las espigas. Sobre un área de tres hectáreas tres mil personas, con sus espaldas dobladas, segaban a todo brazo. Las hoces, bien afiladas, segaban de un golpe los tallos de las espigas. Se escuchaba distintamente el chirrido de las espigas, la respiración precipitada de los hombres. Los viejos se tapaban la boca con un faldón de su chaqueta para sofocar sus accesos de tos. Los niños iban y venían cargando los brazados de espigas para depositarlos sobre los diquecillos. Encorvaban la espalda para simular que desafiaban un peligro.

De pronto un fogonazo, seguido de una explosión, desgarró las tinieblas. Todos se echaron en tierra. Los que se encontraban más cerca de los diquecillos pudieron alcanzar los refugios individuales excavados en los últimos días.

Las explosiones se sucedían sin interrupción, los fogonazos se veían en todas direcciones. Sobre la llanura se abatió un diluvio de fuego y de hierro. Un acre olor a quemado enrareció la atmósfera.

De pronto, se oyeron otras detonaciones y gritos del lado del puesto militar. Se hicieron más escasas las explosiones de los obuses, después cesaron del todo, y retumbaron en dirección opuesta a

los arrozales. Se oyó, vibrante, la voz del camarada Cham: «Son nuestros hombres que están en el puesto. Apresurémonos en segar». Todos continuaron con la siega.

Una unidad regional, apostada del otro lado de la carretera nacional, martillaba el puesto militar con sus obuses. El enemigo respondió al instante con todas sus armas: morteros, lanzagranadas, ametralladoras entraron en acción. Todo un trozo de cielo parecía arder. Poco tiempo después los disparos amenguaron, las ametralladoras sólo hacían disparos aislados. Entonces volvieron a escucharse los gritos y los alaridos provocadores. Nuestros morteros martillaron el puesto. De inmediato el enemigo reaccionó abriendo un fuego infernal.

Esto duró toda la noche. El enemigo estuvo constantemente en suspenso. No se veía luz alguna en el puesto. Los obuses caían en mitad del patio con un estruendo temible.

Los primeros rayos del sol iluminaron la ajada cara de un francés gordo y grasiento. Dos soldados fantoches atravesaron el patio con paso inseguro, llevando el cuerpo de su cabo muerto de un tiro de obús. Lo iban a enterrar no lejos del puesto, Pivert observaba la llanura. Esa noche el Viet Minh se había limitado a segar las espigas dejando la paja. Es por ello que los campos no aparecían talados como lo habían sido los arrozales de Quy Son, segados la noche anterior. Bruscamente Pivert se estremeció y abrió desmesuradamente los ojos. A lo lejos, ne-

gras siluetas se agitaban entre las espigas. Con voz de trueno les ordenó a sus hombres abrir el fuego con todas las armas en dicha dirección. Con mirada triunfante seguía la trayectoria de los disparos que se abatían sobre esas siluetas humanas. Dos aviones procedentes de Phu Bai regaron gasolina sobre los campos, y arrojaron bombas incendiarias. Las llamas se elevaron, quemando sectores de arrozales cubiertos de espigas y abrasando a los segadores.

Pivert cogió al intérprete por el cuello y lo hizo acercarse a una aspillera. «¡Mira —le gritó— mira bien! Ni uno solo ha escapado con vida, eh!» El intérprete enseñó sus dientes, esforzándose por reír tan burlescamente como su amo, ebrio de satisfacción.

Al alba, en Van Tap, los granos de arroz fueron llevados a aldeas alejadas, o provisionalmente estibados en escondrijos practicados en la espesura. La gente herida esa noche por los obuses fue curada y transportada en camillas hacia lugares seguros. Para cruzar la carretera esperaron a que oscureciera de nuevo, lo que les permitió llegar, sin contratiempos, al hospital provincial situado en el bosque.

En todas las casas se daban prisa para cascar las espigas. El último grupo de segadores volvió por el pasadizo de comunicación. Corrieron a su encuentro para informarse.

— ¿Hay heridos?

— An fue ligeramente tocado por un disparo. Tiraron sobre los maniqués que habíamos puesto en un arrozal ya segado. Morteros, bombas, ame-

tralladoras. ¡No se anduvieron con pequeñeces los piratas!

— Quemaron un poco de paja junto a unos cincuenta maniqués — añadió alguien. Habría que sugerirles a sus pilotos usar anteojos de miope para no desperdiciar sus bombas.

— Basta de fanfarronadas — dijo el camarada Cham. Quítense la ropa que usaron de camuflaje en el arrozal para ponerse a cascar las espigas con los camaradas.

A eso de las doce del día la sección de las fuerzas regionales, apostada en los arrozales, se replegó, dejando en el lugar un pequeño destacamento para asegurar, con los guerrilleros, la vigilancia en torno a la aldea. Después de cabecear un sueñecito, los combatientes se despertaron para ir a ayudar a los campesinos.

La madre Mang les dijo:

— Sigán descansando, hijos míos. Ustedes no han pegado ojo en toda la noche.

— Pero tampoco ustedes han dormido — contestó Binh, el jefe de grupo. Un pequeño esfuerzo más y dormiremos después. Los piratas del puesto deben estar acechando.

— Incluso, si quisiéramos dormir no lo conseguiríamos — añadió Thuy. El ruido que hacen los búfalos con sus patas sobre las espigas para desgranarlas nos impacienta.

La madre Mang, medio en broma, medio en serio, preguntó como para sondear a Thuy:

—¿Es la nostalgia de la aldea y del hogar la que te pesa, no? Esta noche debes haber recibido un mensaje de tu novia que te trajo alguien de Son Lai. ¿No es así?

—No es eso —replicó Thuy. Quiero decir que mientras el arroz siga expuesto a la vista del enemigo no podemos permanecer indiferentes.

Thuy obligó a su búfalo a acelerar el paso. Con mirada furtiva, Hong vio que masticaba un trozo de paja y avanzaba lentamente en silencio.

A la caída de la noche la madre Mang, fatigada, se echó en la cama y se durmió enseguida. Se despertó a una hora avanzada y se percató de que en la casa reinaba un silencio ilimitado. Mientras se decía: «Acaso se han marchado», fue al cuarto contiguo que estaba desierto. Sólo estaba Hong, sentada junto a una lamparita, con una mano apoyada en la mejilla, y ante ella su cuaderno de clase de adultos.

—Diablo de muchachos —dijo la madre. Me consolaron como madre, pero vienen y se van, ¡y allá va eso! ¿Es que se burlan de mí?

—Vamos, mamá —dijo Hong— lo que piensas es injusto. Ellos tienen que guardar el secreto.

La madre Mang pensaba en voz alta mientras mascaba su chicote de betel: «¿Adónde van? ¿Acaso a Luong Mai? ¿Tal vez a Quan Hoa? Deben ir allí donde el arroz ha madurado. Ellos son nuestros “genios tutelares”. Y yo que había pensado prepararles el *com*.⁵ ¡Mira que irse sin decir adiós!

5. Golosina confeccionada con arroz nuevo pegajoso, tostado, y

¡Qué maneras!». Mang sabía muy bien que no era razonable enojarse con ellos, pero no podía impedir con todo sentirse defraudada. Dio libre curso a sus pensamientos. Sabía que no irían lejos, que andaban cerca de la aldea. Estaban ahí donde había aldeas, setos de bambúes y espigas que maduran; ahí donde se segaba, donde se repicaba el arroz; ahí donde el enemigo aterrorizaba a la población; ellos eran uno con las masas, se sumaban a ellas y las protegían. No obstante, Mang empezaba a cansarse de ellos. Se acordaba de Tu Moc con su cara pecosa, un mocetón de Quan Hoa que, no hacía mucho, venía a Van Tap a alquilarse para la faena. Se acordaba de Thuy que tenía aspecto de escolar, y que era a la vez díscolo y melancólico. Se acordaba de Binh cuya madre vendía *banh bao*⁶ en el mercado de Quy Son. ¡Qué pronto había crecido ese muchacho! Tres años atrás vestía una bata negra, y seguía a su madre a la iglesia brincando; y ahora era jefe de grupo. Cada vez que oía tañer las campanas de la iglesia de Quy Son dirigía sus miradas llenas de odio hacia el puesto enemigo. Mang se acordaba de todos y de cada cual. Entonces olvidó su contrariedad para tan sólo sentir por ellos un gran cariño. ¡Pobres muchachos! Ayer pasaron una noche en vela; y también esta noche... ¿Ya están durmiendo? Le dice a su hija Hong que vaya a acostarse, coge un nuevo chicote de betel, y se pone a masticarlo.

molido.

6. Especie de torta.

Del libro *DIEN BIEN PHU*

Vo Nguyen Giap

Breve resumen de la situación militar en el curso del invierno de 1953 y la primavera de 1954.

Al comienzo del invierno de 1953, la guerra patriótica de nuestro pueblo entraba en su octavo año.

Desde la liberación de la zona fronteriza (1950), nuestras tropas no cesaron de ir de victoria en victoria durante varias campañas sucesivas, y habían conservado constantemente la iniciativa en todos los frentes de Viet Nam del Norte. Desde la liberación de Hoz Binh, las bases de guerrilla del delta del Río Rojo se habían extendido; después habíamos recuperado una tras otra, extensas regiones del noroeste. Reducido a la defensiva, el enemigo se encontraba en una situación que no cesaba de empeorar.

Los imperialistas franceses y estadounidenses se daban cuenta progresivamente de que para salvar la situación necesitaban enviar refuerzos, cambiar los mandos, revisar el plan general de guerra. El reciente fin de la guerra de Corea había llevado a los imperialistas estadounidenses a comprometer aún más en su tentativa de prolongar y extender la guerra de Indochina. En esas circunstancias el plan Navarre — plan de prolongación y extensión de la guerra — fue elaborado y cuidadosamente concluido en París y Washington.

En breves palabras, el plan Navarre era un plan estratégico de gran envergadura dirigido a aniquilar en dieciocho meses la mayor parte de nuestras fuerzas regulares, a ocupar todo nuestro territorio y a transformar definitivamente el Viet Nam en colonia y base militar de los imperialistas franceses y estadounidenses.

Preveía en su primer estadio un importante reagrupamiento de unidades móviles para atacar y agotar nuestras fuerzas regulares en el delta y posesionarse de Dien Bien Phu para transformar la zona ocupada del noroeste en una sólida base de operaciones.

En una segunda fase, el enemigo contaba con utilizar en su provecho la estación de las lluvias y la fatiga, que impediría a nuestras tropas cualquier acción de importancia, para concentrar sus fuerzas en el sur, y ocupar todas nuestras zonas libres y bases de guerrillas desde la V Interzona hasta Nam Bo.

Finalmente, en el curso del otoño y del invierno de 1954 a 1955, realizada la "pacificación" del sur, con una concentración masiva de fuerzas móviles en el frente norte, se habría desencadenado una gran ofensiva contra nuestra retaguardia. Se partiría, de manera simultánea, del delta del Río Rojo y de Dien Bien Phu. Con la poderosa capacidad de maniobra del Cuerpo expedicionario habría atacado nuestras fuerzas regulares para aniquilarlas y ocupar nuestra zona libre, poniendo así fin a la guerra victoriosamente. La realización de ese plan habría convertido a nuestro país en una colonia de los imperialistas franceses y estadounidenses, en una base militar que les permitiría emprender nuevos proyectos de agresión.

En el otoño de 1953, el general Navarre comienza la ejecución de ese ambicioso plan estratégico. Obedeciendo las consignas lanzadas al efecto: “conservar siempre la iniciativa” y “atacar sin descanso”, el Alto Mando del Cuerpo Expedicionario francés, tras de haber concentrado 44 batallones móviles, desencadena violentas operaciones de limpieza en la zona ocupada del delta, lanza una serie de ataques en las regiones de Ninh Binh y Nho Quan, amenaza Thanh Hoa y Phu Tho, y lanza tropas de paracaidistas en Lang Son. Al mismo tiempo crea desórdenes con piratas en la zona del noroeste. Finalmente, el 20 de noviembre envía tropas aerotransportadas a Dien Bien Phu, con la intención de ocupar Na San, consolidar sus posiciones en Lai Chau, y ampliar su zona de ocupación en el noroeste.

Asimismo en noviembre, después de haber aniquilado una parte de las fuerzas enemigas en el frente de Ning Binh, nuestras tropas empiezan la campaña de invierno - primavera para deshacer el plan Navarre.

En diciembre, marchan hacia el noroeste, aniquilan una parte importante de los efectivos del enemigo, liberan Lai Chau y cercan Dien Bien Phu.

En el curso de ese mismo mes, el Ejército de Liberación del Pathet Laos junto con las unidades de voluntarios vietnamitas desencadenan una ofensiva en el frente del Laos Central, aniquilando importantes fuerzas del enemigo. Después de liberar Thaket las tropas Lao-vietnamitas llegan a la ribera izquierda del Mekong.

En enero de 1954, en la V Interzona, nuestras tropas lanzan una ofensiva poderosa en los Altiplanos del oeste en el curso de la cual infligen grandes pérdidas al Cuerpo

Expedicionario. Liberan la aldea de Kontum, y establecen contacto con el Laos Meridional donde la planicie de Bolovens acaba de ser liberada.

También en enero, el Ejército de Liberación del Pathet Laos y las unidades de voluntarios vietnamitas inician la ofensiva en el frente del Laos Septentrional donde ocasionan serias pérdidas a las fuerzas francesas, liberan la cuenca del río Nam Hou y amenazan Luang Prabang.

En la retaguardia del enemigo, tanto el delta del Río Rojo como en Bin Tri Thien⁷ o en el extremo sur del Trung Bo⁸ en el Nam Bo la guerrilla se extiende de un modo considerable.

En la segunda semana de marzo, al estimar terminado el período de actividades ofensivas de nuestras tropas, el Alto Mando francés concentra una parte de sus fuerzas para lanzar la Operación Atlanta en la parte meridional del Viet Nam Central y se apodera de Quy Nhon el 12 de marzo.

La mañana del 13 de marzo nuestras tropas inician la gran ofensiva contra el campo fortificado de Dien Bien Phu.

Combatirán ese frente durante 55 días y 55 noches hasta el aniquilamiento total del campo fortificado. El 7 de mayo de 1954, coronan su campaña de invierno y de primavera con una victoria histórica.

Ésa era en grandes líneas la situación de los diversos frentes en el curso del otoño y del invierno de 1953 y al comienzo de la primavera de 1954.

7. Las tres provincias de la región de Hué: Quan Brinh, Quan Try, y Thua Thien.

8. Trung Bo: Viet Nam Central.

El relojero de Dien Bien Phu

Huu Mai

El horizonte estaba cerrado por alturas boscosas con profundos valles. Chapoteando durante horas interminables en el fango de las trincheras, había atravesado, casi en su totalidad, la vasta y desnuda llanura. Aquí para escapar al tiro sorpresivo de la artillería y a las bombas de los aviones enemigos, el único modo de desplazarse es meterse por atajos y fosos.

Sin embargo, la trinchera se hacía cada vez más fangosa. Salí al descubierto. Esperaba franquear el intervalo que me separaba de la selva lo más rápido que me fuera posible. El espectáculo que entonces se ofreció a mi vista me dejó estupefacto. En vez de una llanura rasa contemplé un mar agitado. Allá abajo, en torno a nuestras posiciones defensivas, los obuses de la artillería enemiga habían acribillado con tanta intensidad el suelo, que parecía una cara picada de viruelas. La llanura daba la impresión de estar siendo sacudida por las olas. Los proyectiles —bombas de quinientos kilogramos y hasta de una tonelada de peso— habían abierto enormes embudos del tamaño de estanques. Se diría que el enemi-

go había concentrado sobre dicho lugar todas sus bombas y obuses.

En medio de ese mar tempestuoso, descubrí algunos cañones antiaéreos con sus bocas apuntando hacia el cielo. Allá abajo ignorábamos por completo lo que había ocurrido. Y ahora yo me enteraba. Los aviones enemigos se habían encarnizado sobre esa franja de tierra desde que las acciones antiaéreas de nuestros artilleros los atrajeron.

Las piezas de artillería estaban a flor de tierra, y sin protección. Los camaradas de este lugar se encontraban mucho más expuestos que nosotros en nuestras trincheras. En los últimos días debieron tener bajas. Bajo mis pies la tierra pulverizada me daba la impresión de arena. Pasé junto a los cañones. Los artilleros, unos con cascos, mientras que otros con la cabeza desnuda, muy atareados se movían de un lado para otro junto a las piezas. Nadie se fijó en mí. Todos estaban al acecho de cualquier bombardeo que surgiendo de una de las crestas de la montaña viniera a atacarlos en picada. Cañones y hombres semejaban pequeñas embarcaciones navegando en plena tempestad, siempre a punto de sucumbir.

Antes de la campaña de Dien Bien Phu, cuando la defensa antiaérea hizo por fin su aparición, todos discutíamos sobre su eficacia. Desde hacía ocho años, hostigados por los piratas que operaban en pleno día, nunca habíamos podido pagarles con la misma moneda; ahora devolvíamos golpe por golpe.

Por vez primera veíamos sobre nuestro suelo a hombres que no huían de los bombardeos. Desde el comienzo del combate aéreo nuestros artilleros habían derribado un gran número de aparatos enemigos. Siempre he pensado, viendo aparecer los aviones volando en picada hacia tierra, y oyendo el rugido de la defensa antiaérea, que nuestra infantería estaba más expuesta que nuestros artilleros. Ahora me daba cuenta de que el peligro que corrían nuestros camaradas de la defensa antiaérea no desmerecía en nada al de nuestros soldados de infantería.

Las excavaciones casi se tocaban a todo lo largo del valle. Al ver a los combatientes más jóvenes con uniformes nuevos y su casco redondo, adiviné que éste era el campamento de la unidad de la defensa antiaérea. Sus refugios tenían la anchura debida; en ellos se respiraba el buen humor. Las blancas flores del arrayán me daban, tal vez, la impresión de que la vida de los camaradas de aquí era totalmente distinta a la que llevaban los camaradas de la llanura.

De pronto me detuve estupefacto. A mi izquierda, cerca de la entrada de un refugio, vi escrita cuidadosamente sobre una tabla la siguiente inscripción:

TIENDA DE REPARACIÓN GRATUITA
DE RELOJES GALERÍA No. 1.
DIEN BIEN PHU

Este anuncio, indudablemente, era una broma de un artillero de la defensa antiaérea. Me pareció

una broma pesada. Lo digo porque, precisamente, mi reloj se había descompuesto días antes. Como comandante político, encargado del cumplimiento de los horarios de mi unidad, el reloj me hacía una falta terrible. Estaba, constantemente, obsesionado con el problema del tiempo. Día y noche me veía obligado a preguntar la hora. Sin mi reloj perdía un tiempo precioso que debería emplear en cosas esenciales. Convertido en un objeto inútil, más de una vez pensé en tirarlo para no pensar más en él. Seguía, sin embargo, en mi bolsillo, sobre el pecho, como una mascota.

— ¡La verdad que no me hace gracia! — murmuré mientras volvía a mirar el anuncio.

— No es una broma. Nuestra unidad tiene una tienda de reparación de relojes.

Me volví. La persona que acababa de hablarme salía de un refugio. Llevaba un casco en su cabeza, una enorme bufanda, hecha con seda de paracaídas, anudada al cuello, y mantenía sus manos dentro de los bolsillos del pantalón.

— Si desea visitar la tienda puedo llevarlo.

Ignoraba si mi interlocutor era o no un oficial; pese a unos finos bigotes era muy joven, pero a juzgar por su actitud resuelta aunada al modo de expresarse sospeché que era el comandante de esa unidad.

— Mi reloj se descompuso hace unos días — le dije. Con nuestro trabajo en el frente, estar privado de reloj equivale a estar privado de ojos.

— En ese caso, vaya usted y entregue su reloj para que lo reparen.

Me lo dijo de un modo tan sencillo que me quedé entre confiado y escéptico. Hasta ese momento me había esforzado, inútilmente, tratando de localizar a quien pudiera reparar mi reloj: me había dirigido a los camioneros. ¡Tiempo perdido! Nunca iban más allá del centro de abastecimiento del frente. Y para encontrar a un relojero habría que ir hasta la retaguardia.

El joven combatiente me llevó, no sin una cierta indolencia, hasta el refugio en que se exhibía el anuncio, echó una ojeada al interior, y se volvió hacia mí:

— Sígame, camarada.

Lo seguí y entré en el refugio. Aunque ya estaba sobre aviso no fue menor mi sorpresa ante lo que vi. Efectivamente ahí estaba trabajando un relojero sentado en un rincón, a la luz de una lámpara eléctrica con pantalla. Sobre su ojo derecho tenía una lupa. En su mesa de trabajo — probablemente una caja de municiones cubierta con tela de paracaídas — había todo un arsenal de pequeños instrumentos. El relojero estaba examinando un mecanismo. Hurgaba en las ruedecillas con la ayuda de una pequeña lezna. Absorto en su trabajo no nos vio entrar.

El joven combatiente me miró y sonrió. Quizás se divertía con mi asombro.

Seguía sin explicarme la presencia de esa tienda en tal lugar. ¿Fue instalada por un servicio de la

intendencia? Ello no era plausible dada la proximidad de la defensa antiaérea. Sin embargo, si la tienda pertenecía a la intendencia la reparación de relojes tenía que estar sometida a ciertas formalidades, de ningún modo podía hacerse por la libre, como así me lo había expresado el joven combatiente: «Vaya y dé su reloj para que se lo arreglen».

— ¿Sabe usted que este reloj me da muchos dolores de cabeza? Pensaba que la espiral del muelle estaba descompuesta, pero acabo de descubrir hoy que el eje del minuterio se ha roto. Me temo que no voy a dar pie con bola.

— Le traigo un cliente — le dijo el joven combatiente.

Después, volviéndose hacia mí, prosiguió:

— Le presento al camarada Phong, patrón de la empresa, y al mismo tiempo relojero de la galería número 1 de Dien Bien Phu.

¡Así es que la «tienda» acababa de ser promovida al rango de «empresa»!

— Bueno, descansemos un rato fumando una pipa.

Phong se echó en un rincón, cogió una de esas pipas que tienen un receptáculo para agua, pegó sus labios al caño de la pipa, y aspiró fuertemente. Al instante un sonoro regurgitamiento invadió el refugio. Phong me miró y preguntó:

— ¿Es aficionado a la cachimba?

Le dije que no, lo cual provocó sendas carcajadas del obrero y del joven. Este último me explicó:

— Tiene suerte de que no le guste la cachimba, de lo contrario le hubiera costado una bolita de tabaco. El camarada Phong no tiene ninguna, sólo posee su pipa, que es sonora, y le sirve para incitar a los aficionados, que por supuesto, jamás dejan de ofrecerle una bolita.

Phong deslizó una mano en la tela de paracaídas que recubría la mesa y sacó un paquetito.

— No le crea nada — me dijo sonriendo. A todos los visitantes de la galería les ofrezco pipa y tabaco.

Hizo una bolita, la puso en la pipa, la encendió y dio una fumada. La pipa resonó alegremente. Phong, contentísimo, lanzó una gran bocanada que llenó el cuarto de humo. Pero el joven combatiente me dijo:

— ¡Pura fachada! Nada de tabaco, son puras virutas de bambú ablandadas con el agua de la pipa.

— ¿Fachada (...)? ¡Realidad, mi hermano! Esto es tabaco de la casa, fabricado en la galería número 1.

Phong acompañó sus palabras de una carcajada. El buen humor de ambos camaradas me demostró que yo no los importunaba. Phong me preguntó:

— ¿Se le rompió el reloj?

— Sí.

— Déjeme verlo.

Saqué el reloj del bolsillo y se lo di. Lo cogió, lo miró, y enseguida dijo:

— *Nikles Super*. Los venden al peso...

Le dio cuerda y murmuró:

—O bien, el muelle se ha caído, o bien, se ha roto.

Phong encendió la lámpara, puso el reloj entre las palmas de sus manos, le dio vuelta para quitarle la tapa. Se ajustó la lupa en el ojo derecho para disponerse a examinar el mecanismo.

Guardaba la esperanza de que tan sólo estuviera desajustado. Pronto salí de dudas.

—Muelle roto —dijo el relojero. Sus palabras sonaron en mis oídos como una cuerda de guitarra que se rompe. ¡Qué mala suerte!

—Déjemelo, se lo entregaré en una semana. Tiene el número 9. Ahora estoy arreglando el número 3. Acuérdesse bien, usted tiene el 9.

Loco de alegría no sabía cómo darle las gracias. En una semana, a mi regreso de las reuniones de trabajo, tendría mi reloj. Tomé la resolución de no prestárselo a nadie por lo menos hasta el final de la campaña.

—¿A qué unidad pertenece usted? —me preguntó Phong.

—Al segundo batallón —¿le dije, no juzgando necesario ocultárselo—. Aseguramos la defensa de la loma quemada.

La cara de Phong se iluminó súbitamente.

—¡Ah, sí! Cuando ustedes pelean allá abajo, nosotros subimos al puesto de observación para seguir las peripecias del combate, y no nos perdemos un *round*. Comprendo que a usted le haga falta un reloj.

— Le confieso que desde hace unos días he perdido el sueño por este maldito reloj. Siempre temiendo llegar tarde a las reuniones; imagínese, me fastidia tener que preguntar la hora a cada momento.

Phong pensó un instante, y dijo:

— Le voy a dar el número 6. Los relojes que corresponden a los números 4 y 5 son de los artilleros, y los necesitan con apuro. Los demás números son de los armeros. Ellos pueden esperar. Vuelva dentro de cuatro días.

Me volví hacia el joven combatiente. Seguía de pie, con las manos en los bolsillos, tranquilo y esbozando una sonrisa. Hace un momento se reía de mi asombro, ahora seguro de que era mi alegría no disimulada lo que lo hacía sonreír.

— Gracias también a usted — le dije con entusiasmo saliendo del refugio.

Llegados a la trinchera axial le pregunté a mi acompañante:

— ¿Qué hace el camarada Phong en la unidad de ustedes?

— Es chofer de camión. Remolcó hasta aquí su cañón. Hoy por hoy está desocupado, y se le ha permitido instalar una «tienda» de reparación de relojes.

Picado por la curiosidad volví a preguntarle:

— ¿Cómo se las arregló para procurarse todos esos instrumentos? Es todo una verdadera tienda de relojero.

La cara del joven combatiente se iluminó y los pelos de su bigote se agitaron pícaramente.

—Sistema D —me contestó. La lupa fue lo más difícil de encontrar. De un par de prismáticos rotos que se encontró en el puesto Doc Lap fabricó la lupa. En cuanto a las leznas, al desarmador, los hizo de alambre de púa tomado del enemigo. La corriente de la lámpara la obtiene de pilas sin voltaje desechadas por los radístas.

— ¿Y las piezas de repuesto? — Pregunté pensando en mi muelle roto que había que cambiar.

— Como capital inicial nuestro relojero poseía un reloj roto. Últimamente recolectó dos o tres más.

— A la verdad que es un tipo formidable. Hace un momento, cuando entramos en el refugio, temí importunarlo.

— En lo absoluto. Por el contrario, estaba encantado; créame. Todos los compañeros están en las baterías, el día entero se lo pasa solo, y ya no puede más con el aburrimiento.

Mi simpatía hacia ese joven iba en aumento:

— ¿Cuál es su nombre? — le pregunté.

— Can.

— ¿Y a dónde se dirige ahora? — dije, esperando tomara el mismo camino que yo.

— Voy donde están emplazadas las baterías.

Así pues, nos separamos, ya que me dirigía al comando del frente.

Apenas había caminado unos kilómetros surgió un grupo de aviones, y la defensa antiaérea abrió

el fuego. Desde hacía más de un mes ese fuego granado nos aseguraba una eficacísima protección. Todavía no habíamos tenido la oportunidad de encontrarnos con la gente de defensa antiaérea, aunque estábamos unidos por la camaradería de combate. Ahora me inspiraban un verdadero sentimiento de afecto. ¡Y no sólo porque uno de ellos había aceptado arreglar mi reloj! En esta batalla los artilleros de la defensa antiaérea se nos antojaban aureolados de gloria. Los admirábamos. Sin embargo, no pude evitar preguntarme si, embriagados por sus hazañas, no se sentirían tentados a vernos de reojo. A nosotros, viejos soldados de infantería. Ayer, apenas y los percibía a través de la humareda blanca que los ocultaba de los piratas aéreos. Hoy acababa de verlos en carne y hueso. Jóvenes, nada petulantes. Más todavía, se habían comportado conmigo de un modo encantador. Mi aventura era parecida a la que podemos tener con una muchacha. Su gracia y su belleza nos atraen, deseamos conocerla, pero tememos un rechazo; entonces le encontramos defectos para no seguir pensando en ella. Después que la hemos conocido nos percatamos de que en ella, se une la gracia a la virtud, y que además nos otorga su simpatía. Nos ha conquistado.

Las bombas que explotaban a mis espaldas me causaban gran desazón. Pensaba en el joven combatiente con sus delgados bigotes y su sonrisa. ¿Podría protegerlo el casco que llevaba? pensaba en el chofer del camión tan amable con todos. ¿Las bombas habían respetado su vida?

Durante las reuniones pude juntar un poco de tabaco con el que hice un paquete del tamaño de una caja de fósforos. Cinco días después volví a la galería número 1. Mientras caminaba pensaba en cómo ofrecérselo a Phong sin que él lo tomara como pago por su trabajo.

Las flores del arrayán esmaltaban de blanco los flancos de la montaña. Por allí el camino atravesaba el claro del bosque. Ya podía divisar la llanura de Muong Thanh con sus anchas placas de laterita roja y sus manchas multicolores. Era un lugar ideal para instalar un campamento. Ahora no era como la vez primera; me sentía feliz como si fuera en busca de seres queridos. Pero la galería número 1 estaba desierta. Me pregunté si la unidad no habría cambiado de campamento.

En la «tienda» del camarada Phong el letrero había desaparecido. Iba a desandar el camino cuando vi un pedazo de papel «clavado» en la pared con una ramita de bambú. Me acerqué y descifré estas palabras: «Para los relojes, dirigirse al refugio próximo».

Allá me dirigí.

Un hombre dormía sobre una tabla, junto a una pila de cazuelas y marmitas. A mi llegada abrió los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

— Deseo ver al camarada Phong.

Se sentó y me preguntó:

— ¿Le ha dado usted un reloj para repararlo?

— Sí.

Cogió un envoltorio, le quitó los cordeles y sacó una decena de relojes de distintos modelos.

— ¿Qué número tiene?

— El seis.

— Ya está arreglado.

Cogí el reloj, le di cuerda y, poniéndomelo en el oído escuché con alegría su tictac.

— ¡Fantástico! ¿Dónde está el camarada Phong?

— Está en una misión.

— ¿Desde cuándo?

— Desde antier.

— ¿Cuándo estará de vuelta? Necesito verlo aunque sea un minuto.

— Imposible, está muy lejos.

Me sentí afligido. Mi interlocutor, hombre de pocas palabras, era muy distinto de los dos camaradas con que hube de encontrarme la primera vez. Quise preguntarle por el paradero del camarada Phong, pero no me atreví. Me acordé de mi obsequio y lo saqué del bolsillo.

— Quiero que me haga el favor de entregarle al camarada este paquete de tabaco.

El combatiente le echó una ojeada al paquete y, sin mirarme, contestó:

— Consérvelo, no hay modo de hacérselo llegar.

Su aspecto de persona cansada me hizo abreviar el diálogo. Se caía de sueño. Debió haber estado de guardia la noche anterior. Le di las gracias y salí. Sin embargo no podía irme sin ver de nuevo a mis amigos. Volví, pues, sobre mis pasos. Temí que el combatiente

se hubiera dormido de nuevo, pero lo encontré acostado, con una mano en la frente y los ojos muy abiertos. Me miró con sus pupilas enrojecidas.

— Deseo ver al camarada Can.

— ¿Cuál de los dos Can, camarada? ¿El jefe de la compañía o el artillero?

Confundido, le contesté:

— Bueno... ese joven con un atisbo de bigotes.

— Es el jefe. ¿Va usted hacia las líneas?

— Hacia las líneas.

— A unos dos kilómetros de aquí verá un gran árbol seco. A su derecha, verá unos cañones en un campo. Allí está el camarada Can.

Pensativo me dirigí hacia las líneas. Volví a la llanura devastada. Los cañones ya no estaban allí. El suelo, agrietado por los obuses, se veía surcado de grandes baches que se prolongaban hasta el campo fortificado de los franceses. El cerco se estrechaba más cada día. Los artilleros ya estaban cerca de nosotros. Cuando iba a saltar sobre el pasadizo axial vi a alguien en la trinchera que zigzagueaba no lejos de allí. Era Can, el jefe de la compañía. También él me había visto y me sonreía. Su sonrisa era tan jovial que, sin los bigotes, se hubiera creído era la de un niño.

— Lo estaba buscando — le dije.

Saqué del bolsillo el paquete de tabaco todo aplastado y se lo di a Can:

— Tenga la bondad de ofrecérselo a los que más lo necesiten.

— ¡Maravilloso! — dijo Can extasiado. Tendrá que alcanzar para todos los fumadores.

— Si hay alguno que sea tan gran fumador como Phong, puede ofrecerle todo el paquete.

La alegría del joven desapareció al instante.

— ¿Recogió su reloj? Sabrá que perdimos nuestra «tienda» de relojería.

— ¿Adónde se ha ido Phong? — le pregunté sospechando lo peor.

Can me miró asombrado.

— ¿No se lo dijeron los camaradas? A Phong lo mataron.

Nos quedamos silenciosos unos minutos. Ya Phong no existía. Nuestra vida en este lugar necesitaba de hombres como él, de hombres que se contentan con fumar astillas de bambú, y que están siempre al servicio de los demás. Ahora comprendía la conducta del camarada cocinero en el refugio.

Can me contó lo que había pasado. Dos días antes su unidad había recibido la orden de desplazarse hacia el interior. El comandante de la compañía fue el primero en partir para reconocer y preparar el terreno. Can y el comandante político debían dirigir el movimiento de la unidad.

Las piezas de artillería remolcadas rodaban sin dificultad sobre el camino desbrozado por los zapadores. Le hubiera costado un cuarto de hora para llegar al nuevo emplazamiento. Pero a medio camino la niebla que cubría la llanura se disipó de pronto. Los camiones recibieron orden de acelerar

al máximo. ¡Demasiado tarde! El enemigo los había descubierto. Su artillería de Muong Than entró enseguida en acción. El humo de las explosiones cubrió rápidamente todo el convoy. El camión delantero, seriamente dañado, obstruía el paso al resto del convoy. Phong estaba al volante del último camión, al lado de Can. Cuando vio que el camión que le precedía se paró, sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó al conductor:

— ¡Desvíate a la derecha y pasa por encima de los diquecillos!

Pero el conductor recibió el impacto de un obús que hizo volar en pedazos una de las ruedas de su camión. Entonces Phong le preguntó a Can:

— ¿Pasamos?

Can hizo un signo afirmativo con la cabeza. Phong viró a la izquierda, pasó sobre los diquecillos, esquivó los camiones malparados por la metralla, y se metió en el camino desbrozado por los zapadores. Así fue como escapó al bombardeo ganando con su pieza de artillería el emplazamiento de la batería. Una vez cumplido su cometido, Phong le dijo al comandante de la compañía que lo dejara ir en busca de los cañones que cargaban los camiones dañados por los obuses. Pudo traer dos cañones, pero a la tercera vuelta un obús le estalló en la cabeza, muriendo en el acto.

La cara de Can se ensombreció. Permaneció en silencio por un instante para luego proseguir:

—El tiroteo del enemigo era muy intenso. Oculto en uno de los diquecillos, le grité a Phong

que aguardara un instante, que se refugiara donde yo estaba. Pero él me dijo: «Déjame seguir, si no, acabarán por destruir todos los cañones». Era verdad. Cada cañón era muy importante como para dejarlo abandonado. ¡Si tan sólo me hubiera hecho caso! Ahora toda la unidad está de duelo. ¡Cuántos camaradas hemos perdido! Pero debemos acallar nuestra pesadumbre, sobre todo, nosotros los oficiales.

Can pasó a otro asunto.

— En nuestra nueva posición estamos habilitando la «Galería número 2 de Dien Bien Phu». Ahora voy allá en busca de los cocineros. Hemos ideado un sistema de cocina «bunker» que es muy seguro. El enemigo podrá bombardearnos a su gusto, pero eso en nada molestará a nuestros bravos cocineros. ¡Ah, por cierto! La próxima vez que necesite pelarse, venga aquí. Vamos a inaugurar una barbería. Los barberos estarán de bata blanca, y los clientes tendrán derecho a unas gotas de perfume. Acabamos de capturar una caja tirada con paracaídas en la que hay, entre otros artículos, algunos frascos de perfume de «gran calidad». Por supuesto, el servicio de nuestra barbería será gratuito.

Can se detuvo como si tratara de recordar algo, después prosiguió:

— Hace unos días Phong me dijo que el muelle de repuesto que él le puso a su reloj es demasiado corto. Que no se alarme, puesto que su reloj tiene cuerda para veinticuatro horas. Lo único que tiene que hacer es darle cuerda cuidadosa y lentamente.

-0-

1957-58 El régimen de Diem desata el terror en Viet Nam del Sur; crece la resistencia a la tiranía.

1960 Aumenta el envío de armas estadounidenses al régimen de Diem. Se organiza en diciembre el Frente Nacional de Liberación (FNL) de Viet Nam del Sur.

La pequeña sandalia

Thuy Thu

Soy nativo del Norte. Desde 1954 vivo en el Sur. En aquel entonces no pensaba en nada. Me arrastraron al fango y me dejé llevar. Serví de marinero dos años en las aguas del río Cuu Long (Mekong). Amo el Sur, aquí todo rebosa vida: los mangos son dulces, los caimitos de sensual lozanía. Los mismos sureños, tan vitales, sus miradas son como el cielo despejado, lleno de sol donde el viento sopla sobre los arrozales, los árboles frutales, y sobre el río... el río y mi vida...

Me paré junto a la choza para contemplar el cielo nocturno. Las estrellas, con sus titilantes luces, llenaban el universo. Pensaba: «Si tuviéramos paz, qué bueno sería ir recostado en la cubierta de un barco sin rumbo obligatorio corriente abajo». En la ribera opuesta, los bosques se perdían en el horizonte. De mi lado, sobre un cayo cubierto de juncos, se veía una aldeíta en ruinas.

Desde la choza se oía la tos de su anciano dueño. Su nieto, moviéndose en la cama, lloriqueaba. La luz de la lámpara de petróleo, colándose a través de una rendija de la puerta, dibujaba una larga fran-

ja luminosa sobre el suelo accidentado. Tanto los ojos del anciano como los de su nieto se convirtieron en una obsesión que me torturaba hasta más no poder. Antes de incorporarme a esta unidad militar había sido informado sobre la situación. Los guerrilleros realizaban frecuentes y variadas actividades, por lo que no debía confiar en la población civil (...) Este anciano había mandado a su hijo a la capital de la provincia, y él se había quedado para cuidar la choza. El nieto se negó a dejar a su abuelito. Podía ser que su padre hubiera encontrado la muerte en la última operación de limpieza, o se hubiese pasado a los guerrilleros. Mis pensamientos se detenían largamente sobre el padre del niño. Si se pasó a los guerrilleros tenía, o algo que vengar, o una visión del futuro para consolarse. O no quería que su hijo se pasara la vida huyendo o perseguido por el reclutamiento forzoso y por los impuestos, ni que el enemigo pudiera asesinar a su padre en pleno arrozal. Estos soldados mataban a la gente como a los mosquitos y las moscas, me lo habían dicho varios amigos míos.

Por lo menos, el niño tendría una choza frente al río. Yo viví sólo dos años junto a este río y me enamoré de él. Al otro, este mismo río lo había mecido desde niño, sus aguas fluían fogosas como los años de su propia adolescencia y habían presenciado sus primeras citas amorosas...

Tenía muchas razones para coger su cuchillo y su palo, y marcharse a vivir en la selva, en los

bosques. En cuanto a mí, me estoy desintegrando progresivamente. Con el restablecimiento de la paz, hubiera podido guardar el fusil, dedicarme al goce de la construcción para sanar las heridas de la guerra. Sin embargo, han transcurrido siete años, y sigo con la mochila y el mapa de incursiones. En los años de escuela militar, me hallaba rodeado y espiado por los chivatos, los jefes y elementos del «gobierno». Cada vez que iba a mi casa de vacaciones, oía mil quejas respecto a las dificultades que tenían los negocios de mi familia, de los impuestos y contribuciones que se debían pagar, de miles de gastos agobiantes. De mis mejores amigos, unos se encontraban presos, otros en campos de reeducación (...) Al salir a la calle me horrorizaba con este modo de vida representado por las camisas de colorines y los O.K. No soportaba la manera, media boba, medio demente, de caminar al estilo de los *cowboys*. Todo se adhiere a mí, a mi vida, me agujereaba, me desgastaba, como se pegan las lapas a los barcos de pesca. El color caqui se pegaba también a mi vida. Yo pensaba amargado: «¿Para qué seguir con todo esto? ¿Por el sueldo? ¡Así que soy un mercenario! Dicen que somos un ejército anticomunista, defensor de la libertad. ¿Qué sé yo de los comunistas? Nunca los he visto maltratar a un ser humano, mientras que los soldados de esta unidad cometen, diariamente, crímenes horrendos. ¿Dónde está la libertad? ¿Dónde están la justicia y la fraternidad? Pueden estar en cualquier parte, menos aquí. Seguro que no están

aquí. Si no, ¿por qué Dap, uno de mis vecinos, cometió la locura de quemarse vivo para acabar con su existencia? Es verdad, Dap, te mintieron, en este medio social no hay justicia, ni libertad, ni fraternidad. ¡Óyeme, Dap, te mintieron!».

En cuanto a mí, algún día tendré que sacar a flote mi barco para quitarle todas las lapas si no quiero que se me pudra toda la madera.

Amanecía. Me detuve cerca de una mata de cocos. Un pelotón se acantonaba allí mismo. Los demás pelotones de la compañía estaban registrando la aldea. Ante mí había un cráter abierto por algún cañonazo. Una casa cercana al cráter estaba a punto de derrumbarse. Impactos de ametralladora habían agujereado los troncos de los cocoteros cercanos. Todo allí se había vuelto ruinas; nada revelaba la presencia humana, excepto nosotros, aquellos soldados, y yo.

Un momento después llegó Trach, el jefe de compañía, con fango hasta las caderas.

—¿Para qué nos detenemos aquí? ¿eh? Los demás pelotones deben estar registrando. ¿Verdad? Nos hemos estancado en este maldito paraje. Estos diablitos nos hicieron cruzar muchos canales.

Yo miraba hacia la dirección que señalaba su índice: se estaba acercando un grupo de jóvenes muchachas, ancianos, incluso una anciana, y dos niños de once o doce años de edad. Sus caras estaban pálidas de miedo. El fango, al secarse, dejaba manchas grises sobre el negro de sus ropas gastadas. Había

un anciano cuyo blanco traje, típico del Sur, era ahora de un color sucio y negruzco debido al fango de los arrozales y al agua de los canales.

Entré en la aldea siguiendo al jefe de compañía. Al pasar el cráter en medio de un patio sentí impresiones muy extrañas. El proyectil había cavado un hueco enorme. Pedazos de tela estaban desparrramados por el suelo ante los restos tambaleantes de la choza averiada. Dentro de ella, todos los muebles y enseres habían desaparecido, no se sabía cómo; sólo quedaban dos camas medio rotas. Junto a la pared había una red desgarrada, teñida con corteza de plantas silvestres de un color de fango y de agua, el color del tiempo y del sudor. El altar se había venido al suelo, el incensario despedazado yacía al pie de una columna. Una cortina sucia y harapienta colgaba por un solo extremo de una vara transversal que había en medio de la habitación central.

Un soldado de comunicaciones instalaba su aparato en un rincón de la choza. Otros se dedicaban a la limpieza. Yo caminaba dando rodeos, haciendo esfuerzos para imaginarme los rostros de aquella familia antes de las operaciones de limpieza, de las oleadas de terrorismo. De nuevo una choza de tres compartimentos, con dos anexos que servían de cuartos. En uno de estos dos cuartos se preparaba pescado. Debía de haber allí un fogón, la jarra de pescado salado, algunos vestidos de tela negra; debían de estar allí los rostros en que se refleja el amor a la vida; debían de estar allí el padre, la

madre (...) y tantas cosas más. De pronto me incliné para recoger una diminuta y flamante sandalia de niña, con correa de plástico blanco, que yacía junto a la pared. Era de madera ligera y cabía toda ella en la palma de mi mano. Tenía un color rosado de camarón, o algo parecido — no soy perito en materia de colores — llevaba pintadas flores multicolores, como todas las sandalias que se vendían en los mercados rurales. Me esforzaba por imaginarme las facciones de la niñita a quien pertenecía aquella pequeña sandalia separada de su pareja. Debía ser de cinco o seis años de edad, tener diminutos talones rosados, cabellos cortos que le llegaban a la nuca. Llevaría una blusita de tela con flores estampadas. Contemplaría alegremente las sandalias que le acababa de regalar su madre. Debía estimarlas mucho para no usarlas todos los días. Por la noche se acostaría junto a las sandalias, de seguro soñaría con usarlas cuando llegara el Tet⁹. Pero tronaron los cañones. Cayeron los árboles, se envolvieron en llamas las casas. Llegaron los soldados, silbaron las balas, murió la gente. Un proyectil estalló en el patio de su casa, cavando un horrendo cráter. Presa de miedo, la niñita se refugiaba en el regazo de su madre, debajo de la cama. Y (...) con todo mi corazón deseaba que no te hubiese ocurrido nada, ¡pobre niñita sureña! Sin embargo, ¿cómo fue que se te perdió esta sandalia? Debías de tener mucho miedo. Eran aquellos soldados feroces, los esbirros con uniformes rayados. Si las hubieran

9. Año nuevo lunar

visto, a tu madre y a ti, acaso no lo hubieran hecho. Tenías tanto miedo que no pudiste sujetar tus sandalias. Se te cayó una, y los disparos de aquella banda de piratas apagaron de tus ojos el reflejo de las hojas de mango que la primavera hacía reverdecer en el jardín; apagaron tu esperanza, que brotaba como los retoños de primavera en los mangos y caimitos de tu patio y, sabes, niña, entre aquella soldadesca estaba yo. ¡Oh, pobre de mí!

Pasé al traspatio. Los surcos del cocotal, descuidados hacía tiempo, se llenaban de agua. El sol se filtraba a través del follaje e imprimía en el suelo sombras inmensas que se entretejían como flores en una tela. Los prisioneros de ayer, atadas las manos y muertos de miedo, se sentaban callados. Eran diecisiete en total. Le pregunté a un soldado del comando armado que los custodiaba:

— ¿Dónde está el teniente?

— Está allá, jefe.

Señalaba con su mano una choza perdida en medio de un patio vecino.

— ¿Qué está haciendo?

— No lo sé, jefe.

Me dirigí hacia la choza saltando de una hiler a de cocoteros a otra.

Los dos soldados de guardia se hicieron a un lado saludándome. Devolví el saludo, y al entrar en la choza escuché al jefe de compañía lanzar groseros insultos.

— ¿Y qué? — me miró disgustado.

La anciana que había caído prisionera el día anterior yacía desmayada en el suelo. Manos y pies amarrados. Sus canas mojadas pegadas a la tierra. El agua de un tonel cercano al desparramarse había formado charcos. En un rincón percibí a una muchacha encorvada; sus pies estaban fuertemente amarrados a una piedra grande, mientras que sus manos atadas a la espalda; su rostro se apoyaba sobre las rodillas dobladas.

—Vengo a ver si tienes algo que informar al batallón.

—Nada. Todavía no tengo nada que informar. Pero (...) espera un momento. Esta vetarra es muy testaruda. Oculta a los vietcong. Lo tengo todo en las notas basadas en informaciones fidedignas. Y lo niega todo. ¿Dónde se ha metido Sau? Ven acá...

—Aquí estoy, jefe.

Entró corriendo un soldado gigantesco, experto en las torturas conocidas comúnmente como «investigaciones».

—Levántala, y haz que vuelva en sí.

Sau cogió las piernas de la anciana y las levantó. El agua salía a chorros de su boca. Después se puso a darle respiración artificial. La anciana volvió en sí. Miró a la cara de Sau y le dijo casi gritando:

— ¡Miserables! Maltratan a la gente sin que les importe siquiera su edad.

— ¿Dónde se oculta Luc? Anoche todavía estaba en tu casa.

— ¿Luc? No conozco a nadie que se llame Luc.

— ¡Sau!

— Aquí estoy.

— Dale ¡Carajo! ¡Qué terca es la pinche vieja!

Sau se sentó a caballo sobre el vientre de la anciana, apretó sus manos contra los frágiles costados de la infeliz. El viejo cuerpo se retorció de dolor. Algunos sollozos se escaparon de su boca antes de volver a desmayarse.

— Está fingiendo, la muy cabrona. Dale más fuerte.

Sentí que la voz enloquecida del jefe de compañía me golpeaba más fuerte que un puñetazo. Su rostro estaba encendido y sus manos temblaban de rabia.

Pasó un rato. Sau se levantó y nos miró.

— Teniente (...) ya no (...) ya no respira...

— ¿Cómo? ¿Muerta?

El jefe de compañía le dio una bofetada, y empezó de nuevo a maldecir.

— ¡Ya la jodiste! La puteaste demasiado fuerte. Apártala. Diles a los centinelas que no dejen entrar a nadie. Por la noche vamos a resolver esto.

Sau agarró las piernas de la anciana, y la arrastró por el suelo hacia un rincón. Luego salió. El jefe de compañía me miraba pensativo.

— Todavía queda esta hija de puta. Es la esposa de Luc. Bueno, al mediodía va a saber quién soy yo.

Salió. Yo lo seguí.

— Recuerda: que nadie entre aquí. ¿Me oíste?

El soldado de guardia se cuadró asintiendo con la cabeza. A la hora del almuerzo comí sin decir

palabra. La muerte de la anciana me deprimía. Me fui al otro extremo de la aldea. El pelotón acantonado allí estaba desplumando unos patos para la comida. Al verme, el jefe del pelotón, un viejo soldado, se me acercó obsequioso.

— ¿Están vacías estas chozas?

— Sí, jefe.

Lo dejé plantado allí para acercarme a las filas de cocoteros que bordeaban el arrozal. Me intrigaba de dónde habían sacado los patos. En el límpido cielo azul se deslizaban suavemente las nubes. En los arrozales recién cosechados quedaba la paja. Aquí la paja no se cortaba, sino que se quemaba para que sirviera de abono a la tierra. No me explicaba cómo en un día tan hermoso como éste la gente podía morir. ¡Qué absurdo! Las groseras palabras del jefe de compañía me seguían golpeando el pecho y me deprimían. El rostro pálido de la anciana (...) «Jefe, ya no respira...»

Vomitó en una lomita de tierra. Hacia el otro extremo de la aldea zumbaba el avión de reconocimiento haciendo círculos. Retumbaban cañonazos. ¿Habría alguna otra pequeña sandalia perdida por ahí? Caían los proyectiles. Algunas casas que se habían incendiado despedían torbellinos de humo. Varios soldados corrieron presurosos a ocupar sus puestos de combate. Sus ropas de camuflaje se confundían con el follaje y la tierra. Cuando cesaron los disparos, me levanté y me dirigí hacia la choza donde estaba aquel ser endemoniado. La habitación

apestaba a aguardiente. El jefe de compañía tenía el rostro encendido. Los dos centinelas se mantenían alejados, al borde del canal, cuchicheando. El jefe de compañía no advirtió mi presencia en el portal.

— Puta, ¿te quieres hacer la valiente? Mira lo que le pasó a la vieja.

La mujer, con las manos y los pies atados, estaba tendida boca arriba en el suelo, los ojos desorbitados de terror.

— ¡Habla!

El endemoniado soltó una risa sarcástica. Tendió las manos, agarró la blusa de la mujer y se la hizo pedazos. La infeliz gritó mientras trataba de sustraerse a la mirada del esbirro:

— ¡Miserable!

El enloquecido criminal seguía con su risa brutal. ¿Tendría aquella mujer una hija a quien comprarle unas hermosas sandalias? Mi mirada se detenía un momento en el cadáver de la anciana, para volver de inmediato sobre el jefe de compañía que estaba desgarrando la ropa de la muchacha. Sus enloquecidas carcajadas llenaban la choza. Ante mis ojos, el jefe de compañía aparecía en su verdadera naturaleza de bestia que está a punto de celebrar una orgía con la sangre de sus víctimas. Jamás había sentido tal indignación y repugnancia. No pude contenerme más. No recuerdo haber sacado la pistola Colt que llevaba en la cintura, sólo que golpeé, y volví a golpear, a la bestia en la nuca, hasta dejarlo inerte. Se derrumbó junto al cuerpo

desnudo de la mujer, cuyos ojos desorbitados me miraban con sorpresa.

Regresé mi pistola a la funda. Abandoné lentamente la choza. No me detuve al pasar la línea de defensa del pelotón que se encontraba en el extremo de la aldea; algunos soldados me miraron sin atreverse a preguntar. Seguí caminando hacia la aldea que había sido sometida al cañoneo. En torno a mí reinaba un silencio absoluto. Algunos pajaritos revoloteaban encima de los arrozales, llenando el aire con sus gritos asustados. De seguro que en aquella aldea vivían niñas que perdían sandalias regaladas por sus madres, sandalias de color camarón o de algún otro color, con dibujos multicolores, pequeñas sandalias.

Habiendo cruzado los arrozales me eché a correr. Atrás me disparaban con ametralladora. Tenía que vivir, ya que todavía quedaban sandalias dentro de chozas hundidas en los cráteres de las bombas. ¡Oh, mi niñita del Sur, escúchame!

El choque

Than Giang y Luu Ngo

Ha caído prisionero, pero Georges Fryett aún parece no comprender nada. De Estados Unidos llega a Viet Nam, donde quiere ser considerado como un distinguido huésped, aunque no es más que un simple cabo. Los vietnamitas, en su concepto, no son más que una horda de gente de piel amarilla y nariz chata, muy atrasada, a la cual él tiene el deber de civilizar, alentar, y ayudar. Irónicamente, había sido capturado en pleno día, mientras estaba paseando por las afueras de Saigón. No sabe quién lo captura y, estupefacto, protesta ante el que lo arresta: «¿Por qué me detiene? Si en todo caso tiene algo que reprocharme, lléveme al presidente Ngo». Ignoraba quién lo había arrestado; pensaba que eran sus aliados quienes lo detenían. ¿Cómo iba a pensar que en un lugar tan seguro como Saigón hubiese algún vietcong? Parece no haber visto con sus propios ojos a sus compañeros de armas, en grupos y bandas, a quienes vienen abriendo paso las unidades de Ngo Dinh Diem. Ellos irrumpen en las aldeas, donde el pueblo vietnamita trabaja pacíficamente, para quemar, aplastar, masacrar, a fin de «concentrar al pueblo en las aldeas estratégicas» o de «luchar contra el peli-

gro de subversión de los comunistas norteños». Desde luego, él no ha presenciado aún las escenas pornográficas en las que sus amigos violan a las mujeres, tanto en el puerto de Bach Dang como en la calle Le Loi o en los bares, donde los vietnamitas, hombres y mujeres de estatura menuda, golpean a los agresores para defenderse. Los policías también pasan por alto estos actos. No se atreven a intervenir. Podría contársele numerosos hechos por el estilo, que él no ha visto todavía. Todo esto le permitiría comprender las causas del justo odio que el pueblo guarda hacia los imperialistas yanquis, autores de tan cínicos actos de agresión. Por eso, a lo largo del camino que lo llevaba a una base de la zona liberada, se queda sorprendido ante los ojos chispeantes de todas las personas — sin distinción de edad — con quienes se cruza.

Parece bastante inteligente. Es un joven bachiller de frente amplia. Seguramente no pasa inadvertido a los ojos de las mujeres de su país. Cumple sus veintisiete años de edad este año y tiene una esposa bastante linda, de ojos soñadores, a la que contempla muy a menudo en una foto. Ama a su esposa. Piensa mucho en ella. Ya tiene un hijo de seis años. Su padre es un vendedor ambulante, que exhibe su pacotilla por las calles. Lo más probable es que el viejo haya tenido que sudar mucho para poder criar a su hijo y enviarlo a la escuela, y en las épocas de desempleo, el hijo habrá tenido que dejar de estudiar, sin poder realizar su sueño de ascender a una posición más elevada. Para ganarse la vida, este muchacho se hace empleado en

un puesto de distribución de gasolina, sirviendo a los pasajeros. De vez en cuando también limpia el piso.

Las circunstancias lo empujaron a enrolarse en el ejército a los veinticuatro años. En realidad pertenecía a las filas de reserva desde los veintiuno. Una vez enrolado al ejército, se le dijo que tendría la oportunidad de aprender para superarse, de seguir los cursos de perfeccionamiento, de viajar gratis. Así comenzó efectivamente su vida de soldado. Poco después lo nombraron jefe de grupo de unos batidores y lo enviaron al extranjero. Pasó dos semanas en Alemania Occidental. En seguida fue con los exploradores de Heidelberg a visitar una colonia de vacaciones reservada a los exploradores estadounidenses en Italia. Después pasó de Munich a Australia, a Yugoslavia y, finalmente, a Ismaël (Turquía), donde permaneció dos años. Creía entonces que pronto sería desmovilizado y repatriado. Normalmente así debería ser. Pero un buen día le impusieron los galones de cabo de reserva; se le mantenía bajo la bandera SP 4 USA; le dieron cien dólares y le ordenaron que comprara trajes de civil para ir enseguida al Sur de Viet Nam. Como explicación le dijeron que en Viet Nam hace calor por lo que es más agradable vestirse de civil.

Allí sería desmovilizado y repatriado. ¡Es lamentable que con su inteligencia, en cuyo desarrollo tanto empeño había puesto, no fuera capaz de descubrir el papel de gendarme de la pandilla imperialista estadounidense que estaba desempeñando!

El 4 de julio de 1960, en el aeropuerto de Tan Son Nhat, un avión PA lo pone en tierra, al mismo tiempo

que a los capitanes Vavak, Copo, y algunos otros colegas suyos. Algunos «buenos amigos» lo conducen al hotel Metropole. Lo envían luego al servicio central de sanidad militar para pasar un examen médico. Más tarde trabaja en la cantina de la marina, en la embajada estadounidense, en el servicio de información. Por último, lo nombran secretario auxiliar en la misión MAAG.

Para mostrar sus buenos sentimientos hacia la población local, se adhiere a la Asociación Viet. USA. Con el fin de procurarse algunos «subsidios» para sus gastos suplementarios, que su sueldo mensual de noventa y tres dólares no puede cubrir, acepta dar lecciones de inglés a algunos «amigos amarillos». Durante su estancia en Saigón, tiene la oportunidad —en las veladas y bailes— de hacerse amigo íntimo de un francés, antiguo propietario de una empresa comercial. De vez en cuando va a cenar a su casa, y entonces conversan sobre temas de actualidad. Desde luego, este amigo francés le hace notar la lección que se desprende de las derrotas sufridas por los colonialistas franceses en el pasado. De estas conversaciones saca algunas conclusiones interesantes que le hacen reflexionar: aquí uno no goza más que de una seguridad aparente. Actualmente, en el campo, el movimiento de resistencia contra los yanquis y el régimen dictatorial de Diem se va intensificando vigorosamente. En todo momento hay que andar con cuidado. Los vietnamitas odian tanto a los yanquis ahora como a los franceses antes.

Es extraño, ¿verdad? Piensa que los estadounidenses no hacen más que el bien a los vietnamitas; ayudan a su amigo Diem y a la administración del Sur de Viet Nam en su lucha contra los vietcong: estos son hombres mal organizados, atrasados, feroces, salvajes e inclinados a destripar el vientre humano (...) Así los desembarcos, cada día en mayor número, de armas, municiones, especialistas estadounidenses, en Saigón, son necesarios y justos. Georges Fryett ignora totalmente la naturaleza del régimen de su amigo Diem. Éstas son las ideas que le inculcaron.

Al fin, cuando se da cuenta de que son justamente los vietcong quienes lo han detenido, empieza a temer que lo ejecuten. Todo se acabó: la esperanza de ser desmovilizado y el sueño de regresar a su querida California. No podrá jamás volver a ver a su esposa de ojos soñadores, ni a su simpático hijito. Tiembla ante las llamas de odio que arden en los ojos de los vietcong. Tiene miedo al ver a un guerrillero sentado tranquilamente tallando finos palitos, pues piensa que prepara algo para torturarlo. Pero no: éste hace simplemente unos palillos de dientes. Eso lo sorprende. Y poco a poco aprende a conocer mejor a los vietcong. Son jóvenes de buena presencia, inteligentes y muy fuertes. No hay ninguna muestra de ferocidad en ellos. Las ancianas los atienden como a sus propios hijos, y los niños los aman. Practican regularmente ejercicios físicos por la mañana y juegan por la tarde al volibol. Al caer la noche, se reúnen en grupos de tres e intercambian palabras en voz baja, luego van a participar en veladas de canto o actividades recreativas.

Siguen estrictamente las reglas higiénicas. Esterilizan los platos y los palitos sumergiéndolos en agua hervida antes de cada comida. Fryett se asombra de estos hechos, pero lo obligan a hacer lo mismo.

Entre ellos hay intelectuales. Al escucharlos conversar, los juzga cultos. Hablan con corrección francés e inglés. ¿Cómo es posible que ellos, naturales de un país atrasado, puedan dominar su lenguaje materno y usar mejor que él vocablos políticos de los que apenas comprende el significado? Son hombres verdaderamente instruidos, de vida bien organizada. Todo lo que le han contado relativo a los vietcong se viene abajo. ¿No serán falsedades? ¿No estará la justicia del lado de los que participan en el Frente de Liberación? Se siente confundido y se detiene ante esta consideración: «Cada uno debe de tener una familia en algún pueblo pequeño, donde quizá lo espera una muchacha que lo ama». Como él, indudablemente todos desean reunirse con sus familiares, con sus novias. Sin embargo, todos se hallan aquí, soportando una vida dura y desprovista de toda comodidad, y conservando, no obstante, toda su alegría natural. Dedicán todo su ánimo y ardor a la consecución de una gran obra. ¿Cómo podrían mantener su firme decisión si no estuvieran armados de un noble ideal? Esto quiere decir que ellos están luchando tanto contra los agresores estadounidenses como oponiéndose al régimen «republicano» del «buen amigo Diem», a fin de poder vivir en verdadera paz y libertad.

El hecho siguiente lo asombra más: A pesar de una cuidadosa observación, no logra descubrir cuál

es el comandante. Hay hombres ya mayores y también hombres muy jóvenes. Todos trabajan con igual ardor. Reina entre ellos un buen humor, y una concordia que afirma y fortalece las relaciones mutuas sin perjuicio de las distinciones. Jamás pudo imaginarse que pudiera ocurrir tal cosa. Para él, sostener relaciones amistosas con sus jefes constituye una violación de las reglas de la disciplina militar. A decir verdad, los vietcong quedan fuera de su imaginación y comprensión. Desde los primeros días no se le juzgó responsable de ninguna falta o agresión contra el pueblo sudvietnamita. En modo alguno comprendía que se le designara con el nombre de «imperialista norteamericano». ¿Por qué le llamaban imperialista norteamericano, cuando él se vanagloriaba siempre de ser amigo de ese pueblo? Su país es una gran potencia animada por un ideal generoso y caballeresco que no ambiciona más que ayudar a los países atrasados a luchar contra el peligro de una agresión comunista (...) Pero ellos, los del FNL, no piensan como él, ven en su «buen amigo Diem» un dictador, un fascista. Ahora, sin embargo, se da cuenta de que las masas populares se han alzado para luchar contra Ngo Dinh Diem. De vez en cuando, en Saigón tienen lugar manifestaciones para reivindicar los derechos vitales, exigir la dimisión de Diem y el retiro inmediato de los estadounidenses. Y en las fotos tomadas sobre el terreno puede ver a los soldados de Diem incendiando aldeas y destripando seres humanos para sacarles la bilis y el hígado. A decir verdad, estas escenas

son inhumanas. Lo que más le asombra es que en esas matanzas participen también hombres de nariz aguileña como él. ¿Qué papel desempeñan ellos? ¿El de provocadores e instigadores de sangrientas masacres? ¿No son esos los verdaderos nombres de estos hechos? Él piensa, piensa, y le vienen a la mente cosas del pasado. ¿Por qué su amigo francés le dijo semejantes cosas? Durante su estancia en Turquía se había dado cuenta de que la mayoría de los mendigos eran hombres fuertes. Pensó que, por pereza, se contentaban con vivir a costa de los demás. Y ahora, en Saigón, la misma escena se presenta a su vista. ¿Por qué hay tanta gente que vegeta miserablemente en los rincones del mercado o bajo el puente? La cosa está clara: son hombres que padecen hambre, un hambre sin término, a causa del horrendo régimen de su amigo Diem. Entonces, ¿por qué los estadounidenses han ayudado a Diem si no para sacar algún provecho de este hecho? ¿Por qué sus compatriotas, los yanquis, meten las narices en los asuntos internos de este país donde el pueblo está tratando de derrocar el nepotismo del dictador Ngo Dinh Diem? ¿De qué «buena voluntad» se vanaglorian los estadounidenses fuera de su intento de agresión? Comienza a abrir poco a poco los ojos. Pero apenas se da cuenta de la verdad, el temor a la muerte lo cimbra y lo asombra. Tiembla ante la idea de ser objeto de la venganza del pueblo revolucionario. De hecho, los estadounidenses son los verdaderos responsables de los crímenes sangrientos que se están realizando en el campo de operaciones

del Sur de Viet Nam. Él también ha tomado parte en estos crímenes, a pesar de sí mismo. Siente escalofríos al pensar en eso y en la venganza indudable de los vietnamitas.

Pero, después de convivir algún tiempo con ellos, esos jóvenes valientes aficionados a la música, las canciones y los deportes, nota que no le manifiestan el mismo odio de los primeros momentos. Lo tratan de una manera muy natural, y las miradas que le dirigen parecen más suaves. De vez en cuando le traen de la selva algunas frutas sabrosísimas, que no se harta de comer. Le sirven la comida aparte y siempre puede comer hasta saciar su hambre. Se esfuerzan por prepararle la comida a su gusto. Se enferma de sarna y fiebre porque no está acostumbrado al clima tropical. No lo maltratan, al contrario, lo atienden con solicitud: le curan la sarna, calientan agua para su baño y le dan medicinas para la fiebre. Indudablemente no son hombres de mal corazón ni vengativos, como él creía, sino que tienen una generosidad digna de respeto. Esto lo tranquiliza, pero se pone celoso por la buena suerte que tuvieron sus compañeros Queen y Ground, que fueron capturados después que él, a quienes les habían dado ya la libertad. ¿Es tan grave su crimen que por eso no lo liberan? ¿O jamás lo liberarán? Se extraña cuando se entera de que el presidente Kennedy, en persona, se preocupa por sus dos colegas y envía un cablegrama al «amigo Diem», donde le expresa su agradecimiento por haber lanzado las tropas para libertarlos. ¿Cómo puede actuar de

tal manera el presidente de una de las más poderosas potencias? En cuanto a él, parece que lo ha olvidado completamente.

Formula una petición al Frente y espera la respuesta. Al fin, un día se le da a conocer oficialmente que el Frente ha acordado concederle clemencia. Como a un niño, el júbilo le ilumina el rostro. Expresa — pero sólo un poco — el aire idiota de un bandolero arrepentido. Se ignora si es sincero o falso su arrepentimiento, pero en su petición dirigida al Comité Central del FNL ha formulado unas palabras bastante patéticas:

«Antes del 24 de diciembre de 1961 (es decir, en vísperas de ser capturado) era un infortunado, un soldado engañado y desviado hacia el mal camino. Estaba engañado sobre la justicia de las tareas que debía cumplir en el Sur de Viet Nam, pero durante estos últimos meses la verdad me ha hecho saber que era uno de los elementos que sembraba tanto dolor y luto entre los vietnamitas. Cada comida que tomo aquí aviva en mí el recuerdo de mis crímenes y tengo la impresión de que estoy robándoles a ustedes. A diario numerosos aviones estadounidenses, que incessantemente surgen y estremecen el aire con sus zumbidos y detonaciones, me hacen temblar, y pienso en las vidas humanas sacrificadas inútilmente por los intereses egoístas de un puñado de aprovechadores del régimen yanqui-diemista...»

Se considera la sinceridad de su arrepentimiento y creen que puede tener un poco de conciencia humana. Parece ganado por la emoción. Piensa, hoy más

que nunca, en su mujer y su niño. Quiere que ellos compartan con él el maravilloso júbilo de escapar a la muerte. ¡Que abran los ojos y conozcan — como él — la verdad! Ha escrito cartas para su familia. Lleno de emoción anota sus impresiones confidenciales y desenmascara y pone al desnudo la verdadera cara de sus compatriotas agresores. Lo embargan el dolor y la tristeza al pensar que ha tomado parte en actividades criminales. Se burla de su «excesiva inteligencia», que no le impidió ser engañado como un ignorante, y suelta una bravuconada a los engañadores. Se duele de que su pueblo no sabe todavía la verdad. Si lo supiera, él no habría venido a Viet Nam del Sur, y no se encontraría ahora detenido. Se compromete a decirles a sus compatriotas y a su pueblo toda la verdad que, por suerte, ha conocido. Son una banda de aprovechadores descarados que merecen ser castigados. Que pongan fin al régimen yanqui-diemista. Que dejen al pueblo vietnamita gozar de la paz, y de su legítima libertad.

Se siente muy alegre. Guarda un profundo agradecimiento hacia los del Frente por haberle abierto los ojos. Siente tristeza y vergüenza por haber figurado en las líneas de esas tropas cuya presencia nadie quiere en Viet Nam. Uno se podría preguntar si su dolor, su confusión, su arrepentimiento y sus quejas no son más que una comedia. Pero si es así, por lo menos asimiló bien las ideas expuestas.

Cuando echa un vistazo a las impresiones apuntadas por los señores extranjeros que le precedieron

y fueron puestos en libertad por el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur — un japonés (ingeniero de puentes y caminos), un alemán occidental (especialista comercial), un filipino y otros más — piensa que ellos no conocieron tan profundamente la verdad.

El día que lo liberan, lo suben a un ómnibus. Pronuncia entonces, con dificultad, algunas palabras vietnamitas (que pidió insistentemente a los del Frente de Liberación que le enseñaran para poder expresar su idea ante la muchedumbre):

— Soy culpable ante el pueblo de Viet Nam. Agradezco mucho al Frente, y al pueblo vietnamita, el haberme indultado. Estoy agradecido a los combatientes del Ejército de Liberación, que me dieron de comer y me trataron bien. Apoyo la lucha del pueblo de Viet Nam. Abajo el imperialismo norteamericano, y la pandilla diemista.

No habla como una cotorra, porque es mucho más inteligente que la cotorra. Aún más, tiene conciencia y sabe bien lo que está diciendo. Sus frases en vietnamita gustan tanto a los pasajeros de otros ómnibus, que estos le piden que repita una vez más sus palabras. Si se encontrasen a este individuo en cualquier ciudad, muy pocos se atreverían a mirarlo. Un pasajero expresa su opinión:

— A esta clase de rufianes, una vez que tropiezan con la Revolución, se les pulen todas las asperezas y llegan a ser humanos. La Revolución es capaz de ablandar hasta al acero.

Al verlo gordo, con la cara animada, bien vestido, la gente se dice:

—Sólo en las manos de los revolucionarios un preso puede gozar de tal régimen de atención. Lo indultaron, no recibió golpes, y hasta le dieron de comer y de vestir convenientemente. Vean qué gordo está, más gordo que nosotros mismos, los ciudadanos de Saigón o de los conglomerados de Tay Ninh, Thu Dau Mot ...

Atareado, el norteamericano se dispone a estrechar las manos de los soldados del Ejército de Liberación. Titubea:

— ¡Gracias, gracias!

Al fin sube al ómnibus. Uno de los nuestros agita la mano, sonriendo:

—Saludos al pueblo norteamericano de parte del pueblo vietnamita. ¡Buen viaje!

El ómnibus se aleja y el norteamericano sigue agitando su sombrero en señal de adiós.

El regreso

Phan Tu

El viejo San se quedó descalzo, con las sandalias en su mano; subió la pendiente escarpada que se encuentra frente al templo Cay Da, moviendo sus ojos escudriñadores para ver si había guardia.

Su nieto se adelantó apretando una botella de salsa, atada por una cuerda con otra de petróleo. Se paró frente al templo, levantó la cabeza tratando de leer algo. Al llegar su abuelo, le gritó:

— Abuelito, hay aviso de las Fuerzas de Liberación. Ya llegaron. ¡Qué rápido!

— ¡Que Buda te ayude! Vete, nietecito mío. Pronto van a cañonear.

— Hay más avisos, abuelito. Siete años; ¡cuánto impuesto pagamos al «gobierno nacional»! Y lo utilizan en comprar armas yanquis para exterminar al pueblo. ¡Caramba! Muchas cosas más. ¡Qué monstruoso es ese yanqui pintado aquí!

— Déjalo, muchacho. Muévete rápido; si llega el avión, ¿a dónde irás a esconderte?

El viejo pasó por el templo rápidamente, echando un vistazo a los grandes papeles escritos y pintados de color rojo y verde. El lugar estaba al descubierto, por eso quería irse pronto. En la aldea había trincheras y los fami-

liares ayudaban. Si acaso fuera alcanzado por las bombas o los proyectiles, no moriría en tierra ajena.

Hacía exactamente diez días, en plena noche, sonaron decenas de tiros en la aldea estratégica. Diez minutos después se oyó por el altoparlante una voz extraña, como si el orador quisiera manejar su lengua para enmascararse: «¡Atención, compatriotas! El Ejército de Liberación ha llegado, y ya logró exterminar el poder yanqui-diemista y liberar nuestras aldeas. Se ordena a todos los compatriotas acudir al centro de la aldea para un mitin. ¡Atención, atención!».

El viejo San no podía dar crédito a sus oídos. Siguió a la gente hasta el lugar de reunión. Vio a los del Consejo, al jefe de la guardia rural de la aldea, policías y espías, todos atados y guardados bajo la custodia de los jóvenes de la aldea, que llevaban fusiles en la mano. Se oyó decir que los del Ejército de Liberación habían llegado en gran número, pero no se les veía por ninguna parte. Solamente se vieron algunas siluetas que se perfilaron rondando por la carretera. Varios dirigentes del Frente, oriundos de la aldea, exhortaron a sus compatriotas a denunciar los crímenes de aquellos tiranos. Se miraban unos a otros. Al fin, uno hizo uso de la palabra; lo siguió otro y, así, decenas de personas levantaron sus manos pidiendo hablar. Al viejo San le parecía estar soñando. Con el pecho henchido de emoción, detuvo el aliento para escuchar a la gente que hablaba llorando. ¡Buda nos bendiga! ¿Cómo pudimos derrumbar su poder tan rápidamente? ¿Era verdad que esta aldea ya estaba en manos del pueblo? ¿Pasaron ya los sufrimientos y amarguras de los últimos siete años?

Más de diez personas habían denunciado los crímenes de los tiranos. Si ocurriese algo peligroso, serían precisamente ellos, los primeros en dar la cara. Se creyó en el deber de hablar. Diciéndolo todo, levantando su cabeza, iba a poner al desnudo los crímenes de los más peligrosos. Levantó su brazo para pedir la palabra al presidente de la reunión. Se adelantó cerca de la lámpara, y señaló con el índice la cara del más cruel de los tiranuelos, gritando:

— ¿Te acuerdas cuántos golpes me diste con una barra? Dime, ¿cuántas parcelas de tierra me has saqueado? ¡Monstruos, perros de caza de los yanquis!

Cuanto más hablaba, más se indignaba; por fin levantó su bastón, y le dio al malvado un fuerte bastonazo en la cara. Lanzaba su segundo golpe cuando fue persuadido por la gente: «No, no lo mate. Déjelo que siga oyendo.» Él no volvió a su lugar hasta que se sintió agotado de tanto hablar, con la cara todavía roja de ira. Aunque mañana fuera decapitado, esta noche ya había logrado apaciguar un poco su odio.

Los dos cabecillas fueron fusilados ahí mismo. Los cómplices reconocieron sus delitos, quienes salieron beneficiados por la clemencia del pueblo. El viejo San estaba muy contento: matar a uno significaba salvar a cientos, sin recurrir a la matanza. Los del tribunal revolucionario se mostraron muy justos y humanos. Con pico y machete al hombro, San fue junto con la gente a quemar las cercas y rellenar las trincheras de la aldea estratégica, y no regresó sino hasta el día siguiente al amanecer. Después, para festejar el feliz acontecimiento, mandó a su nuera a sacrificar una gallina, y a su nieto a comprar un poco de alcohol.

Luego se sumó a las filas de la muchedumbre para marchar hacia el distrito, e informar que el Ejército de liberación —como las hormigas— había llegado equipado con armas, tanto grandes como pequeñas, y había destruido totalmente la aldea estratégica. En ese momento se estaban tendiendo emboscadas en los caminos, después de poner estacas tan apretadas entre sí, como las espesas hierbas que crecen en un jardín abandonado. Una secreta sonrisa florecía en sus ojos al ver el miedo de los mandarines del distrito. Sintió una alegría sin precedentes. Con sus dedos hizo un esquemático cálculo: «El distrito comprende veinticinco aldeas; si cada aldea se levantara una noche, entonces dentro de un mes, más o menos, podríamos lograr tomar totalmente el poder del distrito. El corazón del pueblo pertenece a la Revolución. Con sólo una mecha se prendería enseguida el fuego revolucionario, y pronto tendría lugar la insurrección general.» .

Pero, sólo tres días después, los cañones del puesto de Cho Ca empezaron a disparar sobre la aldea. El primer obús se anunció con un largo maullido de gato para terminar estallando frente a la casa del viejo San. El temor lo dejó plantado en su lugar sin saber a dónde correr; ni siquiera se le ocurrió tenderse por tierra mientras los fragmentos del obús volaban rasantes por encima de su cabeza. Percibió un acre olor a pólvora. Otro obús derrumbó el brocal ladrillado del pozo con un estallido tremendo. Más de treinta obuses cayeron sobre la aldea matando dos búfalos, destruyendo algunas parcelas de arroz, cortando un gran número de cocoteros, bambúes y troncos de plátano y, por suerte, sólo un hombre quedó ligeramente herido.

El viejo San pensó temeroso: «No, no está bien. Tiene que haber otra manera, mejor y más segura, para derrocar a los yanqui-diemistas. Con la toma del poder por la insurrección, como lo ha hecho esta aldea, podrían morir todos. Ahora los perros rabiosos tratan de exterminar a la gente. Con las manos vacías, ¿cómo van a enfrentarse a ellos? Es tonto y poco revolucionario quedarse tranquilo aquí para recibir metralla despiadadamente...». Preparó un gran saco lleno de arroz, y algunas ropas para retirarse. Si hubiera una zona libre, como durante la Resistencia, él iría a instalarse allí sin lugar a dudas. Ahora los puestos enemigos se encontraban en todas partes; se veía obligado a ir a vivir con sus amigos de la aldea estratégica de Cho Ca. Trató de persuadir a sus hijos y nietos a seguirlo. Su hijo, que ya cavaba el refugio contra los obuses, se apoyó en la pala para escucharlo, por fin habló:

—Vivo y moriré aquí, con la Revolución. Nunca me iré al otro lado. Si los enemigos vienen, los rechazaremos; si disparan obuses, iremos al refugio. En el pasado no tuvimos miedo a los aviones que pulularon como libélulas; entonces, ¿qué miedo vamos a tener hoy a los cañones? Si quieres irte, vete. Sólo te ruego que, por el honor de la familia, no hables ni una palabra con ellos.

La nuera ya había arreglado el equipaje, por lo que conducía a su hijito para seguir al viejo. Al oír las palabras de su esposo se quedó plantada, perpleja, y se sentó luego al pie de una columna llorando:

—Lo que dice papá es correcto y tú también tienes razón. Me vuelvo loca, sin saber qué hacer ahora. Si nos vamos, abandonamos los arrozales, descuidamos los jar-

dines; los búfalos se comerán el arroz, los puercos, destruirán el camote. Entonces, cuando llegue el año nuevo, ¿qué vamos a coger para alimentar a los niños? Además, nos queda por resolver el arroz para la renta, para la deuda del señor La Bon. Papá, déjenos morir aquí donde siempre hemos vivido. Nada me causa más miedo que el hambre. Somos pobres, al separarnos de la tierra de seguro tendremos hambre. Las balas y las bombas quizás no nos maten, pero si se nos agota el arroz no podremos vivir.

Parecía que ellos tenían razón. El viejo San cogió su equipaje del suelo, regresó a la casa para en un momento salir portando el pico para preparar refugios. La profundidad del refugio excavado había alcanzado la altura de la pala cuando oyó el viejo la explosión de una serie de doce obuses que volaron rasantes por encima de su cabeza, los cuales fueron a caer sobre la aldea vecina. Sin tomar el almuerzo ni cambiarse la ropa sucia, con toda prisa salió él hacia la aldea estratégica.

Desde hacía ocho días, en la zona ocupada por los enemigos, tenía que soportar los cañoneos al comer, le parecía que masticaba paja seca; por las noches no podía dormir sino hasta la madrugada. ¡Tantas privaciones y mortificaciones sufría uno al vivir a costa de los demás! Debía apretarse tanto en la cama como en la cocina. Carecía de todo, tanto de leña como de té. Se sentía muy preocupado por haberse alejado de la gente de la aldea nativa y de sus familiares en los momentos más difíciles. Durante seis o siete años había esperado fervorosamente el día de la liberación; imaginó una luminosa jornada dorada, sin ocurrírsele, jamás, esta horrible explosión de bombas

y obuses. La gente se había retirado, para evitar los proyectiles, sólo durante cuatro o cinco días. Después de los cuales regresaron a sus respectivas aldeas, pues la aldea estratégica parecía una jaula, nadie la podía aguantar.

Arregló sus cositas con la intención de regresar. Pero al oír los cañones del puesto echando fuego con pesadas detonaciones, sus rodillas temblaron y se sentó sobre el peldaño del umbral.

Las «autoridades» del distrito encargaron a sus lacayos distribuir a cada persona de las aldeas evacuadas dos kilogramos de arroz, obligando a la gente a recibir, a cambio, volantes para repartirlos luego en sus respectivas aldeas. Como no podían esperar que esas aldeas liberadas fueran fácilmente ocupadas, trataron, por un lado, de amenazar a la gente con bombas y balas, y por otro de sobornarlos con la distribución de arroz. Deseaban atraer a la población para construir de nuevo la aldea estratégica cerca del puesto de Cho Ca, dejando así la tierra sin cultivar. El jefe de la guardia rural de la aldea del viejo San, que se había fugado de su pueblo, y vivía al lado de los soldados del puesto, intentó sacarle declaraciones tendenciosas al viejo. Pero persistentemente, San sólo dijo que el Ejército de Liberación estaba en la selva, que venía de noche y de día desaparecía. Que hicieron de todo, pero que la gente no tuvo ninguna relación con ellos. El jefe señaló con su dedo hacia la cara del viejo, amenazándolo: «Preocúpese por su vida, viejo. Llame a todos sus familiares a vivir aquí, bajo la protección del gobierno nacional para evitar incidentes. Los comandos “cabeza de tigre” van a atacar ese lugar, extirparán el estomago y comerán

el hígado de todos los que siguieron a los vietcong. Ahora, sólo son obuses. No les basta todavía. Enviarán aviones que arrojarán bombas de napalm, y se quemará todo. Se convertirán en cenizas. Aproximadamente, el gobierno le reserva a cada persona cinco bombas, y diez obuses. Prepárense para recibirlos».

Por suerte, ellos todavía no conocían que él era el que había denunciado los crímenes de los tiranuelos; de haberlo sabido, quién sabe qué hubiera sido del viejo (...) Fingió someterse, diciendo «Sí, sí(...)», para defenderse, pero en su fuero interno el viejo insultó al criminal. Temió igualmente por sus compatriotas y sus familiares, que se habían quedado en la aldea.

De tarde en tarde se sentaba frente a la casa a mirar en dirección a la tierra occidental. Tenía en su mente la imagen de su aldea que, tan pequeña que cabía en la manita de una niña, sufría a diario la destrucción producida por cuarenta, cincuenta obuses. Esos obuses hicieron trizas casas y árboles, voltearon todas las tumbas, de tal suerte que los restos de los antepasados quedaron desparramados por doquier. Le parecía estar viendo, nuevamente, los muertos que nadie enterraba.

Brilló la luz de las lámparas en todas las casas de la aldea estratégica. Ya se fueran a patrullar los comandos y los de la guardia rural, ya sonara la campana para llamar a la gente al puesto de vigilancia, él continuaba sentado, inmóvil, en el umbral, contando los cañonazos, mirando los relámpagos de fuego que salían del puesto surcando el aire hacia el poniente. Rezó invocando a Buda. Se sentía tan dolorido como si sus entrañas fueran cortadas

por cuchillos. Las lágrimas bañaron su cara y su encanecida barba. Caviló sobre muchas ideas; al final, concluyó que la gente de la aldea había actuado correctamente. Los yanqui-diemistas nos oprimen desde hace mucho tiempo. Hoy logramos derrumbarlos; nadie quería abandonar la Revolución para volver a vivir junto a ellos. Sólo él aceptaba vivir aquí, humillado, dejándose insultar, mortificado por aquellos «lumpen». Hasta la familia de su viejo amigo, con la cual él vivía temporalmente en estos días, le había hecho alusión al cuento del pez que logró salir de la trampa, pero que por ambición había sido atrapado de nuevo con un cebo vergonzoso.

Si así pensaba de él la gente de la zona controlada por el enemigo, ¿qué pensarían entonces los de su aldea? Cuando muera el tigre dejará su piel, y del hombre muerto quedará aún el rumor...

El viejo San preparó la ofrenda antes de ir a la pagoda para solicitar la protección de Buda. Al día siguiente, al primer canto del gallo, su viejo amigo arrancó las estacas de la cerca para ayudado a salir de la aldea estratégica; luego borró todas las huellas. Con su equipaje, el viejo marchó rumbo a su aldea. ¡Qué diablo de casualidad! Aquel día, el puesto de Cho Ca comenzó su cañoneo más temprano que de ordinario. Ocho obuses estallaron sobre la cuesta por donde debía pasar. De inmediato, apoyándose sobre el bastón, volvió a la aldea estratégica, lleno de miedo y temblando de frío por la neblina que lo mojaba. Por suerte los de la guardia rural tardaron en su patrullaje y no lo descubrieron.

Ese mismo día su nieto, por encargo del padre, lo re-

cogió. El niño compartió con él una misma estera, contándole las novedades de su aldea:

— Ahora hay muchas estacas. Yo mismo logré preparar doscientas, abuelito. Papá ya se incorporó al grupo de guerrilleros. Recibió un fusil, con el que se puede matar tanto jabalíes como enemigos. En la boca del cañón cabe perfectamente el dedo gordo del pie.

— ¡Qué Buda te ayude! Habla bajito, mi niño.

— ¡Ah! Nuestra familia logrará conseguir una parcela de tierra muy grande. Lo que pasa es que todavía no se ha hecho la repartición. Dicen que estaban planeando el proyecto.

— ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Es verdad que ya se repartió la tierra?

— Pregúntale a mi papá. Soy subjefe del grupo de los pioneros, abuelito. La responsable Mui dijo que yo peleo siempre, por eso no me dejó ser jefe del grupo. Mañana regresamos tempranito, abuelo.

— Uh, uh (...) Quédate conmigo unos días más, te voy a llevar al mercado para comprar galletas. Nieto, ¿hablan allá algo de mí?

— ¿Que si hablaron? Ah, sí (...) Dijeron: «Acaso existe en Cho Ca un tesoro y por eso el viejo está pegado ahí». Todos se quedaron en la aldea trabajando y nadie se murió. Mañana voy a regresar, abuelito. Tengo que exhortar a nuestro grupo a sembrar la hortaliza de los pioneros. Tú vas al mercado para comprar galletas y regresarás luego, porque no estás ocupado en la Revolución.

El niño rió ingenuamente, volvió la espalda y un minuto después dormía. El viejo San no podía dormir. Si-

guió pensando (...) No sabía hasta cuándo hubiera permanecido así, si aquella noche no hubiese ocurrido un gran acontecimiento: los revolucionarios llegaron. Capturaron al jefe de la guardia rural, que estaba piropeando a las mujeres en el caserío; pusieron en fuga a los comandos que patrullaban; quemaron miles de metros de cerca de la aldea estratégica de Cho Ca. Los del puesto militar enloquecieron de miedo, arrojaron decenas de obuses sobre el caserío y dispararon con ametralladoras sobre la aldea estratégica, sin pensar quién vivía y quién moría. Durante toda la noche, los dos, abuelo y nieto, permanecieron escondidos. Al amanecer, el viejo San, con el bolsón al hombro, se dispuso a regresar. «Si tuviera que morir sería mejor morir junto con los nietos e hijos y yacer al lado de la tumba de mis antepasados.» En todas partes las bombas y balas yanqui-diemistas caían sobre la población sin distinción de aldea estratégica o aldea liberada. Ante esta situación de guerra no había más remedio que luchar contra los enemigos, aferrarse a la aldea para vivir.

A pesar de estar ya lejos de la zona enemiga, el viejo siguió vacilando en su camino, Le parecía pisar sobre tierra extraña. Oía atentamente cada explosión, vigilando el vuelo rasante de los obuses. El ruido que producían algunos cocos al caer lo hacían echarse a tierra, boca abajo. En sólo ocho días, el viejo había cambiado mucho. Lucía tan delgado como un convaleciente, con su cara ahuecada y el pelo hirsuto. Un obús dejó un cráter en una sementera de arroz. Algunos cocoteros se encontraban derrumbados sobre el camino, Sintió miedo. Aunque no alcanzaba la rapidez de su nieto, siempre lo excitaba diciéndole: «¡Apúrate, apúrate, nieto!».

Ya estaba a unos pasos de la aldea. El camino cavado, los puentes destruidos, y las trampas de estacas levantadas en todos lados. Por una parte, el viejo San se sintió satisfecho al ver muchos refugios excavados a lo largo del camino, a diez metros más o menos uno de otro. Pero por otra parte, lo torturaba la idea de que en el próximo encuentro con sus vecinos, familiares y revolucionarios, acaso lo miraran con ojos escudriñadores. Quizás clavarían la vista en él como acusándolo: «Es posible que este viejo haya declarado muchas cosas por lo que cobró una buena cantidad de billetes». El que no dudara, también se burlaría de él: «¡Qué bueno! Está gordo con el arroz del gobierno nacional». O se le acercaría obligándolo a reponer lo perdido: «Corriste, dejaste que el búfalo se comiera todo mi pequeño arrozal. Repáralo tú... ».

Su nieto se introdujo súbitamente entre unas matas de plátano por donde asomó la cabeza para mirar hacia el otro lado. El señor San observó el lugar buscando el refugio, pero por todas partes se extendían arrozales recién trasplantados; se vio obligado a sentarse en el suelo a esperar. Se acercaba un grupo con paraguas negros en la mano y sombreros de paja en la cabeza; cargaban muchas cosas, como cuando eran concentrados en la aldea estratégica. El niño se volvió gritando: «Abuelito, son los nuestros». Se sintió seguro, se levantó, pero, previendo el caso de que ocurriese algo, siguió andando lentamente, listo para correr en cualquier momento.

Poco a poco reconoció a cada persona. El viejo Tri, médico tradicional, apoyado sobre el bastón. Dos viejos cargaban una hamaca. La hija de la vieja Dan, que vestía

de luto, tenía los ojos colorados; cargando a su hijito, iba detrás. Luego venían el señor Tam, que tenía dos hijos en las filas de los enemigos, y la señora Man, esposa de un caporal de la guardia rural, y unas decenas de viejos y viejas que, junto a las mujeres recién paridas con sus niñitos en brazos, cargaban esteras, ollas y utensilios domésticos. Marchaban acompañados de los animales de tiro.

El viejo San sonrió con satisfacción. Así que no era él el único evacuado. Otros se habían quedado un tiempo, y ahora también regresaban. ¿Quién podría quejarse de él? No tenía por qué preocuparse más. A viva voz, el señor Tam lo llamó:

— San, ¿vienes del mercado?

— Sí.

— ¡Qué bueno! ¿Vas junto con nosotros al distrito?

El viejo se incorporó al grupo y volvió a caminar con ellos rumbo al distrito. Rumió buscando una aclaración para que la gente comprendiera que él nunca había hecho ninguna declaración deshonesta. Pensó en caminar y conversar con la gente un momento y luego separarse de ellos para regresar hacia su aldea a ver a sus hijos y nietos. Les preguntaría minuciosamente acerca de la repartición de la tierra y, más tarde, volvería a irse, como lo hacían ahora sus viejos amigos.

El señor Tam lo tocó en la nuca, moviendo la cabeza:

— Estuviste ausente, tal vez no sabes muchas cosas.

De verdad, tanto mal nos han hecho ellos que no podemos más. A la vieja Dan la mató anoche un fragmento de obús.

— ¡Que Buda la bendiga!

— Nosotros ahora vamos al distrito para quejarnos.

Nos quedaremos ahí, luchando. No regresaremos hasta

que cese el cañoneo sobre la aldea ¿entiendes? Otros dos grupos van por caminos diferentes. Podrán detener si acaso a dos de los grupos, pero uno llegará para protestar.

— ¡Oh, hermano Tam, que Buda lo ayude! ¿Se atreven ir a protestar al distrito?

El señor Tam, por naturaleza muy nervioso, miró al viejo San como si fuese un forastero. Luego desató su indignación reprimida desde hacía tiempo.

— ¿Puedes estar tranquilo mientras los obuses desentierran las tumbas de nuestros antepasados? ¿O prefieres que les roguemos a los dirigentes: «Camaradas, no vengan a hacer más la Revolución; los invitamos a volver a vivir en la selva dejando a los yanqui-diemistas sentarse sobre nuestra espalda, como en el pasado». Y quedarnos tranquilos, sin movernos, para que no nos golpeen. O abandonar la aldea, como tú, sin preocuparnos de nadie.

— ¡Oh, hermano Tam!

— Es la verdad, yo soy muy franco al hablar. Si los yanqui-diemistas son tan valientes, ¡que se batan contra los hermanos combatientes del Ejército de Liberación! La gente los considera menos que perros rabiosos; ellos sólo se atreven con los niños y ancianos. Esto iría a decirlo hasta Washington, si pudiera, y no solamente al distrito o al jefe de la provincia. Nuestro silencio los envalentona y continuaremos sufriendo sus aviones y sus bombas (...) ¡malditos sean!

La vieja Tri, que seguía atrás, intercaló una frase reticente:

— Los jóvenes sacrifican sus vidas, ¡Y los viejos se aferran a su piel!

El señor San se quedó boquiabierto. No pudiendo pronunciar ni una palabra, se calló, aguantando. Avergonzado como estaba, ¿cómo podría hablar? La vieja volvió atrás su cabeza y dijo en voz baja:

— Así piensa la gente, hermano San. Reflexiona. Si puedes, ven con nosotros. Mientras más vayamos, mucho mejor. Hay que debatir duramente con los del distrito. Diremos, por ejemplo: «La Revolución llegó, nosotros ya avisamos al distrito hace mucho tiempo. La Revolución está en la selva, ¿por qué nos disparan sobre la aldea? La autoridad Ngo dijo que el poder es del pueblo, para el pueblo; entonces, si es verdad, ¿por qué ahora quiere matar a todo el pueblo? La Ley 10/59 castiga los asesinatos, a los que destruyeron aldeas y cosechas, y, ¿quiénes son los culpables de esos crímenes». Si nos golpean o encarcelan, la gente luchará por nuestra libertad. De otra manera, o sea, si nos matan, tampoco retrocederemos; nos quedan muy pocos años de vida, tenemos que esforzarnos ahora para que nuestros hijos y nietos disfruten de la vida, ¿no es verdad, hermano?

El señor San no supo qué contestar. Su exaltado espíritu ardoroso, lleno de odio, de denuncia, de miseria, ahora se había enfriado. Sintió frío su pecho. De todas las medidas, la mejor sería la huida...

Pasó por un costado del camino, entró en una cabañita y descansó un momento, pues todo su cuerpo estaba fatigado. Tenía la camisa empapada en sudor, pegada a su espalda. Cogió de su hombro el pañuelo de color para limpiarse la cara, cosa que hizo con cuidado; luego pidió para él y su nieto, un vasito de té y algunas galletas. Sopló

para enfriar el té caliente. Se concentró en esta ocupación para no ver al grupo que se alejaba por el camino. El té caliente llenó su vientre vacío. Había huido, se había fugado solo. Si antes lo habían regañado poco, ahora, de seguro, le reñirían diez veces más.

El matrimonio dueño de la cabañita estaba discutiendo algo; cuando lo vieron entrar se quedaron callados. Un rato después, el esposo dejó de preparar las verduras y exclamó en voz baja:

— ¡Cuánta gente viene de la aldea!

— Sí.

— Discúlpeme, señor, ¿es verdad que allá los comunistas llegaron repartiendo la tierra?

— ¡Que Buda lo ayude! Eso mismo oí decir.

No se atrevía a entrar en confianza; por lo tanto, la conversación parecía insustancial. El señor San levantó su cabeza, quería resaltar que su aldea ya se había levantado heroicamente para hacer la Revolución, pero se aguantó, pensando que su aldea sí era heroica, pero él no; entonces, ¿cómo podía enorgullecerse? Los que se quedaron se ocuparon de la defensa y la producción. Los que se acaban de ir lucharán en la batalla contra los enemigos. Sólo él se encontraba entre la espada y la pared: tres veces había pensado regresar a la aldea, pero hasta el momento seguía sentado en esta cabañita en medio del camino.

Su nieto estaba masticando caramelos y jugando con el perrito de la cabaña, por eso no se apuró en regresar; si el niño lo hubiera apurado con unas palabras, se hubiese levantado.

El dueño de la cabañita siguió preguntando sobre la repartición de la tierra:

— ¿Cómo le pareció la repartición, bastante bien?

— Sí, oí decir que cada uno recibió uno, dos o tres

sao.

— ¿Podrán mantenerlos?

El viejo San sopló el tazón de té. Luego dijo:

— Se esforzarán para asegurarlos (...)

Parecía que el viejo no quería conversar mucho. El dueño siguió preparando la verdura. Pero sus preguntas despertaron las ansias de tierra del viejo. Estas ansias habían pasado de generación en generación. Se le habían introducido en el cuerpo con la leche de la madre. Su familia tiene solamente un *sao*, y dos metros para la casa, no hay ni un centímetro de tierra cultivable. La cosecha se le esfumaba entre la renta y las deudas, sin contar las palabras groseras que tenía que aguantar de los usureros acreedores en los días de fin de año.

San volvió lentamente sus dos manos llenas de callos, tan duras como la áspera piel del búfalo. Las miró, y meditó distraídamente. En sesenta años, nunca tuvo la felicidad de tener un búfalo propio para trabajar su tierra. El campo de su aldea era muy extenso, de inmejorables tierras; gozaba de agua para riego proveniente de la presa, sin necesitar las lluvias. Cuando los campos de las aldeas vecinas estaban secos y desbaratados, en su aldea siempre crecía bien el arroz. ¡Cuántas veces San se quedaba contemplando los arrozales, olvidándose hasta de comer! Miles de parcelas de arrozales se extendían ante su vista. Él soñaba con poseer solamente dos o tres *sao*. Con ellos, dedicaría todo su sudor para fertilizar la tierra, hasta hacerla producir más y más arroz para que la gente re-

conociera el talento creador del viejo campesino. En tiempos de la dominación francesa, él dedicaba su esfuerzo a roturar la tierra; durante dos años sucesivos logró roturar, con su pico, ocho saos de tierra del monte, convirtiéndolos en arrozales de una sola cosecha. Creyó que ya podría vivir dignamente como los demás desde ese momento. Pero entonces el subjefe de la aldea, padre de un representante tirano, abrió súbitamente un documento y sacó un papel donde se decía que esa tierra ya la habían requisado desde hacía tiempo. Se indignó; como venganza, quería colgarse frente a la casa del cruel viejo, pero pensó que si se mataba, dejaría abandonados a su esposa y a sus hijos. Desde entonces tiene las manos vacías. Nuevamente deambuló en busca de matas de bambú; las compró a crédito una por una. Con ellas se preparaba para tejer cestones. «La pobreza se salva tejiendo cestones, la escasez se acaba tejiendo cestones.» Así dice la gente. No hubo otra manera de salvarse.

Cada vez que cargaba decenas de cestones para venderlos y pasaba por el arrozal roturado que le habían quitado, volvía la cara sin atreverse a mirarlo, como si su corazón fuera picado por una avispa. Sería mejor cambiar de rumbo y cerrar los ojos; su destino había sido muy desdichado. No podía hacer más, pues cuanto más hacía tanto más daño sufría y de ninguna manera saldría de la pobreza. Al llegar el gobierno del tío Ho, su aldea, que se encontraba en la zona enemiga, no fue liberada hasta que llegó el armisticio. Los hermanos dirigentes iban y venían, repartiendo al pueblo más de treinta hectáreas de la tierra común. Luego se reagruparon al Norte. Los ad-

versarios vinieron saqueando todo. Después empezaron con el juego de la «reforma agraria». Pero mientras más jugaban con ella, más aumentaba el número de los que vagaban comprando bambú a crédito para tejer cestones.

De vez en cuando, el viejo San se sentía triste. Pensaba que la miseria de su vida quizás era producida por su mala suerte; entonces se mortificaba por todo eso. Estaba vivo pero no tenía ni un centímetro de tierra donde poner sus pies.

Llegó la Revolución. El viejo comprendió de inmediato la frase «Tierra para los que la trabajan» cuando su nieto se la decía. Era seguro que los pobres ya se habían levantado; esta Revolución era suya, trajo la tierra para él y cambió la vida para sus hijos. Con el pecho lleno de entusiasmo, pensó en seguir a la Revolución. Ella repartiría a su familia una parcela de tierra muy grande, y habría que mantenerla. Esta vez, si la perdiera, perdería definitivamente todo. Si él muriera, sus hijos y nietos doblarían de nuevo sus espaldas sufriendo golpes de palos. La miseria, el hambre, la ignorancia seguirían cerniéndose sobre sus cabezas.

Su nieto se comió todos los caramelos. El perrito al que tiraba de la cola acabó por morderle una mano y se fugó. Cuando el niño llegó a su lado le dijo mientras tiraba de la camisa al viejo:

— Ya descansamos bastante. Regresemos.

— ¡Hummm! Voy.

El viejo San sacó de su bolsillo la última moneda para pagarle al dueño; se levantó y salió sin decir una palabra. Sintió que la sangre le empezaba a hervir poco a

poco. Su cara estaba coloreada por el licor. Seguro que iba a regresar a su aldea para ganarse la vida, pero no cabizbajo y escondiéndose todo el día en el refugio, lleno de miedo hasta enfermarse y provocando muchas dificultades a sus hijos y nietos. Sí, habría de regresar. Sí, regresaría después de enfrentarse al enemigo con sus razones. Elevaría la cabeza al regresar, gozando de la íntima bienvenida de la gente. El camino de regreso a su aldea sería un camino de lucha contra el terrorismo. Antes de volver a la aldea tendría que pasar por el distrito. La gente de su aldea había actuado correctamente. A ellos los despreciaron considerándolos como unos hombres ignorantes y tontos; por eso tendremos que marchar juntos, en gran número, y enfrentarnos a ellos con argumentos adecuados y justos razonamientos, obligándolos a ceder ante nuestras razones. Si no cedieran, tampoco retrocederíamos. Así dice el refrán: «La cuerda menos tensa será más difícil de romper; cuanto más suave es la fibra del bambú, más duro apretará». Su constitución física era incapaz de golpear y rapar a nadie, pero sí podría atreverse a sacrificar esta vieja vida suya para hacerle frente a las bombas, buscando el camino de vida para sus familiares, asegurándoles la parcela de tierra ya repartida. En el futuro, si tuvieran que celebrar el aniversario de su muerte, el arroz de ofrenda tendría que ser cosechado en su misma tierra, y no del que sus hijos sustrajeran del pago del arrendamiento y de las deudas.

Aseguró su pañuelo colorado en el cinturón, puso sus sandalias en el suelo, calzándolas para estar más elegante. El nieto, apurado, se adelantó rápidamente hacia la

aldea, giró su cabeza meditabundo y luego volvió, tomando la mano del viejo:

— ¿Qué pasó, abuelito? ¿Por qué no regresas? ¿Tienes miedo a los obuses?

El viejo San, palabra por palabra, dijo clara y lentamente:

— ¡Que Buda nos ayude! ¿Que tengo miedo? Nieto mío, vas a regresar ahora a decirle a tus padres que voy al distrito para incorporarme a la lucha, y que regresaré más tarde. Di claramente que voy a luchar y no a refugiarme. Acuérdate, no lo olvides.

-0-

1968. Ofensiva patriótica sobre importantes ciudades y bases militares en Viet Nam del Sur. Se inician las conversaciones de París. El pueblo norvietnamita derriba el avión yanqui número 3 mil. Johnson anuncia el 31 de octubre que se suspenderán los bombardeos a la República Democrática de Viet Nam. El número de soldados yanquis en Viet Nam del Sur se calcula en 500 mil. La República Democrática de Viet Nam denuncia el 26 de noviembre que Estados Unidos viola el cese de los bombardeos sobre su territorio.

Wilfred G. Burchett

Epílogo

EL TRIUNFO DE VIET NAM

En los capítulos de mi libro *El Triunfo de Viet Nam* he tratado de lo que podría considerarse la larga e infinitamente difícil marcha hacia París. En el momento de escribir estas líneas, los delegados de la conferencia cuatripartita de París llevan más de dos meses reuniéndose, al parecer con el objeto de negociar el fin de la guerra, y de buscar una solución política al problema de Vietnam del Sur. El señor Cabot Lodge, que fuera dos veces embajador de Estados Unidos en Vietnam del Sur, y quien está muy comprometido con la dictadura militar de tipo fascista allí instalada, ha reemplazado a Mr. Harriman a la cabeza de la delegación estadounidense.

Durante los primeros cinco meses y medio que precedieron a la orden dada al fin por Johnson de cesar los bombardeos para preparar el camino a las negociaciones en toda regla, se podía decir que las discusiones de París no servían para nada. Casi seis meses después de la fábula johnsoniana del 31 de marzo de 1968, los bombardeos del Norte prosiguieron con mayor intensidad que nunca. Mes tras mes, aumentaba regularmente el número de vuelos, de toneladas de bombas arrojadas, de granadas disparadas por las unidades de la 71 Flota que merodean

continuamente por el litoral. La diferencia está en que los bombardeos y el cañoneo de la marina se circunscriben a una zona mucho más pequeña, donde, militarmente, son mucho más eficaces, como subrayó Clifford, secretario de Defensa. Esa zona es el “mango de sartén”, el angosto pasillo de 250 km de largo que va del paralelo 17 al Norte, y por donde pasan todas las comunicaciones con el Sur. Vive allí más de la cuarta parte de los 17 millones de norvietnamitas, y es una de las regiones con mayor densidad de población del país.

En el mes de agosto solamente, la ciudad de Vinh, capital de la provincia de Nghe An, donde nació Ho Chi Minh, ha sido bombardeada 139 veces en 7 días. De los 426 pueblos de la provincia, 211 fueron bombardeados durante ese mes. En la vecina provincia de Ha Tinh, de 250 pueblos han sido atacados 217, y 83 machacados por los cañones de la 74 Flota. Entre los proyectiles que les dejaron caer se han hallado bombas con píldoras, asesinos artefactos ideados exclusivamente contra el cuerpo humano. En la provincia de Quang Binh fueron atacados 124 pueblos, de 131 que eran. La pequeña población costera de Dong Hoi, objetivo principal en febrero de 1965, cuando se hicieron las primeras incursiones sistemáticas, fue cañoneada durante 24 horas seguidas. La ciudad y los pueblos circundantes recibieron 2 500 granadas en las 24 horas.

En nueve ocasiones, entre el 10 y el 27 de agosto, hubo 21 ataques de B25, con un total de 140 salidas, y cayeron 4 000 toneladas de bombas sobre 17 pueblos de la región de Vinh Linh, parte norte de la provincia de Quang

Tri, cortada por el paralelo 17. En el curso de ese periodo sufrieron severos ataques los 23 pueblos de Vinh Linh; además de las incursiones efectuadas por los B52 sufrieron otras 670, y recibieron en el mismo tiempo 4 000 toneladas de granadas disparadas por los cañones de marina en 300 cañoneos. La historia de las guerras no presenta nada comparable a esas toneladas de bombas y granadas, que desmienten el discurso pronunciado por Johnson el 19 de agosto ante los Veteranos de las Guerras Extranjeras, en que pretendió haber “detenido 85 por ciento de los bombardeos...”. He aquí las estadísticas que cuentan la realidad de los “bombardeos limitados”:

BOMBARDEOS ESTADOUNIDENSES SOBRE VIETNAM DEL NORTE EN 1968

Promedio de incursiones diarias en los tres primeros meses de 1968 antes del discurso de Johnson acerca de los “bombardeos limitados”, pronunciado el 31 de marzo, 70 (en todo Vietnam del Norte) abril, 160 (en el “mango de sartén”) mayo, 152 (en el “mango de sartén”) junio, 170 (en el “mango de sartén”) julio, 206 (en el “mango de sartén”) agosto, 209 (en el “mango de sartén”).

Las toneladas de bombas soltadas han aumentado en las mismas proporciones. Si el ritmo de la “escalada” ha disminuido algo en agosto y la primera quincena de septiembre, se debe a que durante varios días no pudieron despegar los aviones por causa de un tifón. Fácil es advertir la duplicidad de Johnson, y la total ausencia de sinceridad que pone en las conversaciones de París, por-

que los bombardeos jamás han sido tan intensos como en este periodo en que precisamente, los vietnamitas habían dado esa señal de “moderación” que, según las patrañas contadas durante semanas por los negociadores estadounidenses, sería el preludio al cese definitivo de los bombardeos, a la transformación de las conversaciones en negociación completa y decisiva para poner fin a la guerra. Entre el 21 de junio y el 19 de agosto, exactamente, cesaron los lanzamientos de cohetes contra Saigón y se manifestó una calma notable en el terreno, lo cual redundó en una disminución de las bajas estadounidenses. Harriman había declarado en público, y más aún en privado, que Johnson sólo esperaba una muestra, una señal de moderación (nada dicho en público ni en privado, solamente una señal), para que interrumpieran por completo los bombardeos y se pudiera empezar las conversaciones como es debido. Y que una calma así podría interpretarse como la “señal” esperada.

Bien sabido es en París que los miembros de la delegación de Harriman vieron claramente esa señal, y aquellos, de entre ellos, que no eran “halcones” empedernidos, se felicitaban de haber logrado el paso a “conversaciones oficiales”, como se decía, y de haber franqueado el primer gran obstáculo.

Recomendaron entonces el cese de los bombardeos. Se dio claramente a entender en los círculos diplomáticos y periodísticos que Johnson iba a anunciar el cese total de los bombardeos a mediados de agosto. Pero en lugar de eso, el 19 de agosto declaró que no pensaba dar tal orden. Cuando empezaron los bombardeos sistemáticos, en fe-

brero de 1965, había pretextado que eran necesarios para reanimar un poco la vacilante moral del régimen de Nguyen Cao Ky. Su negativa, bastante brutal, del 19 de agosto obedecía manifiestamente a la misma razón. El régimen de Thieu y Ky no sobreviviría al fin de los bombardeos, y el inicio de las negociaciones políticas, y así se lo había hecho saber llanamente Thieu a Johnson un mes antes en Honolulu.

El discurso del 19 de agosto no fue una sorpresa para los vietnamitas, porque cuadraba perfectamente con la posición que siempre había dejado ver Johnson respecto de las pláticas. Cuando en diciembre de 1966 se habían dado los primeros pasos para establecer contactos secretos entre los Estados Unidos y Hanoi, Johnson había reaccionado ordenando inmediatamente las primeras incursiones aéreas sobre Hanoi. En diciembre de 1966 y en enero de 1967, había propuesto el cese de todos los bombardeos si Hanoi estaba dispuesto a sentarse a una mesa de conferencias, y lo indicaba mediante “una señal, cualquiera que fuera, pública o privada, oficial u oficiosa”; y cuando, el 28 de enero de 1967, le daba la señal Nguyen Duy Trinh, ministro de Asuntos Extranjeros, quien declaró que las negociaciones podrían ponerse en marcha si cesaban los bombardeos. La reacción de Johnson fue duplicar su intensidad, y cuando le aceptaron su proposición de “cuando quiera y dondequiera”, resultó que ese dondequiera no comprendía ni Phnom Penh ni Varsovia.

Todo cuanto se ha hecho para el inicio de negociaciones, y el mismo inicio, se ha distinguido de parte de los Estados Unidos por una mala fe evidente, que segura-

mente es atribuible en casi todos los casos al propio presidente Johnson. Las muchas iniciativas, diplomáticas o no, tomadas en los dieciocho meses que precedieron al inicio de las conversaciones de París fueron presentadas a los vietnamitas como procedentes directamente de la Casa Blanca. Cada vez que Hanoi ha respondido positivamente a alguna de esas iniciativas, el Presidente o los que dependen directamente de él han refutado violentamente hasta el principio de tales iniciativas. En París, el acompañamiento de Harriman había procedido tranquilamente a cierto número de sondeos, muy legítimos cuando se llevan negociaciones tan delicadas, que tuvieron por consecuencia el que los vietnamitas tomaran algunas medidas encaminadas a mejorar la atmósfera de las conversaciones y a que progresara dentro de lo posible. Las reacciones del presidente Johnson fueron invariablemente lo contrario de lo que se pretendía.

Al negarse a poner fin a los bombardeos, medida como se sabe indispensable si se quiere que las negociaciones vayan hacia el estudio de una solución política, el presidente Johnson se ha hecho responsable personalmente de la muerte y la mutilación de decenas de miles de vietnamitas y estadounidenses.

En todo este asunto se ha mostrado indigno de confianza, tratándose de cuestiones de la mayor importancia internacional y de lograr el fin de la guerra en Vietnam.

Al negarse a dar la orden de detener los bombardeos —y por ende de abreviar los combates—, so pretexto de que eso equivaldría a poner en peligro vidas estadounidenses, no hace más que añadir el cinismo a la mala fe.

La respuesta del FNL al discurso del 19 de agosto fue rápida y contundente. Lanzó una serie de ataques en los sectores más importantes, concentrando gradualmente sus esfuerzos en las unidades escogidas destinadas a proteger las ciudades y las principales bases. En el frente del Sur dejó bastante malparadas a las divisiones estadounidenses 25° (con base en las provincias de Gia Ninh y Tay Ninh) y Primera de Infantería (ubicada algo más al noroeste), cuya principal misión era defender a Saigón, así como los batallones de marines, paracaidistas y comandos del ejército de Saigón, con igual misión y suerte.

Cuando se realizó la ofensiva del mes de agosto, el ejército de liberación mostró que era capaz de sostener durante más de un mes ofensivas de gran envergadura (en Tay Ninh, por ejemplo), y varias a la vez. Como las fuerzas yanqui-saigonesas se habían retirado a las grandes ciudades y las grandes bases, la táctica del FNL consistió en herir a esas bases y ciudades en el corazón (Tay Ninh estuvo ocupada varios días) y emboscar a los convoyes, fuertemente blindados, que les mandaban en refuerzo. Y las cifras astronómicas de la “cuenta de cadáveres” no lograron ocultar el hecho de que la cuarta parte de la división 25, el equivalente de una brigada entera, quedara fuera de combate. En el frente septentrional fue la división estadounidense encargada especialmente de la defensa de Da Nang, segunda ciudad del país e importantísima base estadounidense, la que sufrió pérdidas muy graves, así como los batallones de choque del ejército de Saigón. Es interesante observar que esas tropas de choque fueron prácticamente las únicas en combatir, puesto que el ejército regular daba pruebas de una pasividad total.

Para comprender la evolución de la situación militar durante los primeros diez meses de las pláticas de París debemos tener presente que se había llegado ya a la tercera fase de la guerra popular clásica, la del cerco de las ciudades, cuando empezaron las conversaciones.

El abandono de Khe Sanh señaló la retirada de las fuerzas estadounidenses a las ciudades y las bases, protegidas (como por ejemplo en el caso de Saigón, Da Nang y Hué) por triples perímetros de defensa muy fortificados, considerados “impenetrables”. Para llegar hasta las unidades de combate del adversario, el FNL debe seguirlo hasta las ciudades y las bases. Esto es lo que significan acciones como las que se trabaron en torno a Saigón, Tay Ninh y Da Nang a fines de agosto y en septiembre, mientras las pláticas de París se estancaban por la petición johnsoniana de “reciprocidad” para el cese de todos los bombardeos.

Esta “reciprocidad” era nada menos que el compromiso de que la RDV detendría todos los ataques contra las poblaciones grandes y chicas sudvietnamitas que el mando yanqui-saigónés estaba utilizando como santuarios, así como la fuerza aérea estratégica estadounidense empleaba Tailandia, Okinawa y otras bases como santuarios al abrigo de ataques, desde donde lanzaban sus incursiones de B-52 contra Vietnam del Sur.

Naturalmente, la delegación de la RDV se negó a dar tales seguridades. No entra en el propósito de este libro el análisis de las conversaciones de París. Bástenos decir que desde el principio, la táctica estadounidense fue tratar de obtener de ellas alguna ventaja militar decisiva. Y así, so

pretexto de aplicar los acuerdos de Ginebra de 1954 y los de Laos de 1962, Harriman exigió inocentemente la reconstitución de la zona desmilitarizada, lo cual equivalía a separar por completo a Vietnam del Sur de Vietnam del Norte y Laos.

Ya Westmoreland había hecho (sin éxito) esfuerzos considerables, que a los infantes de marina estadounidenses les habían costado muy caros, para ocupar la zona desmilitarizada. Por lo demás, era poco probable que la delegación de la RDV estuviese dispuesta a ceder ante una mesa de conferencias lo que tan bien había defendido sobre el terreno de batalla. Uno de los grandes “objetivos estratégicos del mando yanqui-saigónés había sido, desde su creación, en febrero de 1962, la ocupación de las zonas fronterizas entre Vietnam del Sur y Laos, objetivo jamás alcanzado, y era poco probable que se lo dieran de regalo en la mesa de conferencias. También se tendió el anzuelo con un cebo de muchos billetes de dólar, con el fin de que la RDV renunciara a ayudar al FNL y a interesarse en el Sur. En resumen, los Estados Unidos trataron de hacer que la RDV aceptara el acuerdo siguiente: la RDV haría lo que quisiera en el Norte, que ya no sería bombardeada, y los Estados Unidos harían lo que quisieran en el Sur. Esta es la única conclusión a que puede llegarse si se analiza atentamente todo lo declarado por Harriman y Vance.

Es notablemente alejada de la realidad la posición dura de los Estados Unidos en las conversaciones de París, ya que la situación se les deteriora, militar y políticamente, a toda velocidad en Vietnam del Sur. Continuó la tendencia a retirarse para defender las ciudades, iniciada

con el abandono de Khe Sanh. Un portavoz de la infantería de marina le confirmaba el 11 de septiembre a un corresponsal de la UPI lo que yo había publicado el 24 de agosto en *The Guardian* acerca del abandono de la línea McNamara: "Los planes para la Línea McNamara (...) casi han sido abandonados, según dijeron hoy fuentes de la infantería de marina estadounidense...". Como con el abandono de Khe Sanh, el relato se ocultaba en las páginas interiores de la mayoría de los periódicos. Las principales bases estadounidenses están ahora muy seriamente amenazadas y en los meses venideros serán inevitables más "desactivaciones".

A medida que el FNL aprieta su garra en torno a las ciudades, y que las tropas de choque destinadas a la defensa de esas ciudades disminuyen gravemente ante el despiadado, y continuo, acoso del FNL, el papel de la reciente Alianza de las Fuerzas Nacionales pro Democracia y Paz se hace cada vez más evidente. Esta alianza es independiente del FNL, pero muy apoyada por él, y ambos se han comprometido a emprender "actividades comunes" para derribar el régimen pelele de Saigón, y lograr la salida de las tropas estadounidenses y otras tropas extranjeras. La alianza se apoya esencialmente en la clase media de las ciudades y en los intelectuales, llegando a capas de la población que el FNL sólo tocaba marginalmente. Éste tiene también organizaciones clandestinas en las ciudades, compuestas principalmente por obreros y estudiantes. La Alianza tiene un papel importante, que es el de enlace con elementos patrióticos de la administración y del ejército de Saigón. Solamente son conocidos diez de

los cuarenta miembros del comité central de la Alianza. Los demás, por razones de seguridad, están en la clandestinidad, pero se sabe que entre ellos hay altos funcionarios de la administración y el ejército de Saigón. Esto presenta excelentes perspectivas para el porvenir, porque el ejército se da cuenta de la realidad, de que los Estados Unidos pueden ser derrotados, y el mero hecho de las conversaciones de París les inquieta fuertemente, por parecer como si los estadounidenses quisieran liquidar toda esa situación. Y nadie quiere quedarse irremediabilmente con el perdedor.

Thieu y Ky cada vez están más aislados en su propio medio. Por esta razón enviaron a mediados de septiembre un emisario a Bangkok para pedir al "gran Minh" (el general Duong Van Minh) que vuelva de su destierro. El "gran Minh" había organizado la caída de Ngo Dinh Diem y dirigido el triunvirato efímero que reemplazó a los hermanos Ngo Dinh. Pero el mando norteamericano le suponía tendencias "neutralistas", y lo derribó el entonces favorito de los estadounidenses, el "hombre fuerte" Nguyen Khanh, quien le hizo exilarse a Tailandia. Para Nguyen Khanh era igual "neutralismo" que "comunismo", dos pecados capitales que debían castigarse con la muerte. El "gran Minh" conservaba cierto prestigio por su intervención en la caída y el asesinato de los hermanos Ngo Dinh y por las tendencias "neutralistas" que se le atribuían. Y ahora Thieu y Ky (que habían sido sus enemigos más encarnizados) gustosos lo verían junto a ellos, por afán de respetabilidad, lo cual es otro indicio de la degradación política de Saigón. Otro indicio más es la fuga

de la élite. Los primeros en huir son los dólares, después van las mujeres y los hijos, y finalmente, los cabezas de familia y todo el que puede pagar unos miles de dólares por pasaportes y visados de salida. Para un mozo en edad de hacer su servicio militar, el pasaporte cuesta generalmente el doble. Ese dinero va en parte a los bolsillos de Thieu y Ky, o sea a sus cuentas en bancos extranjeros. Francia y Austria son los refugios preferidos por las ratas adineradas que abandonan el navío saigones.

Las pláticas de París resultaron un importante elemento de la fermentación saigonesa, sobre todo después de anunciarse el cese de los bombardeos, cuando se presentó la delegación del FNL, con todos los honores diplomáticos por parte del Gobierno francés, para participar en las conversaciones cuadripartitas. Debían éstas empezar el 6 de noviembre, pero las maniobras dilatorias del régimen de Saigón, apoyado totalmente por el Pentágono y sus afines, sólo se iniciaron el 25 de enero de 1969. La delegación de Estados Unidos hizo todo cuanto pudo para dar a entender que había algún "acuerdo tácito", algún "convenio" a cambio del cese de los bombardeos. La delegación de la RDV lo negó terminantemente.

Poco después de haber lanzado el FNL su "ofensiva de primavera", en la noche del 22 al 23 de febrero, Cabot Lodge empezó a decir que se habían violado ciertos "convenios que se habían dado por aceptados por el otro lado...". Los corresponsales trataron de descubrir en los resúmenes de las conferencias de prensa, qué podía haberse dado a entender al otro lado, porque el funcionario norteamericano encargado de la prensa, Kaplan (que

había reemplazado a Jorden en la delegación de Cabot Lodge) decía que le era imposible explicarlo.

En las pláticas cuadripartitas, las delegaciones de la RDV y del FNL han aclarado abundantemente que el arreglo definitivo sólo podrá lograrse si los Estados Unidos se avienen a negociar “directa y seriamente” con el FNL, arreglo que se ha de basar en la retirada completa de tropas estadounidenses y satélites de Vietnam del Sur.

Muchos de los que simpatizan con el Vietnam se maravillan de la paciencia de los delegados de la RDV y del FNL frente a la falta de sinceridad, el engaño burdo y la mala fe que ha sido la respuesta de Estados Unidos y Saigón a sus diversas pruebas de buena voluntad.

Un ejemplo particularmente flagrante de esa deslealtad lo proporcionan los hechos. Después de la orden de Johnson (31 de marzo de 1968) de “bombardeo limitado”, las incursiones de B-52 aumentaron enormemente en todo el Vietnam. Durante 1967 hubo 1 164 incursiones de B-52, con vuelos de 3 a 12 aparatos, sobre Vietnam; en 1968 hubo 3 172, y el total mensual subió después del discurso del 31 de marzo, y volvió a subir después de la decisión del 31 de octubre de que cesaran todos los bombardeos en el Norte y empezaran las pláticas cuadripartitas. Mientras Harriman pedía al FNL que cesara sus ataques contra las ciudades, el número de incursiones de los B-52 en las cercanías de Saigón pasó de 928 en 1967 a 3 022 en 1968, y el promedio mensual ha aumentado sin cesar en los primeros 3 meses de 1969. Un vuelo de 3 B-52 lanza 100 toneladas de bombas. Y eso en las aldeas densamente pobladas de las inmediaciones de Saigón.

Desde unas semanas antes del cese de los bombardeos del 31 de octubre, en una época en que Harriman pedía que se “aminoraran las hostilidades”, que se “redujeran los contactos combativos”, etcétera, hasta el 22 de febrero de 1969, el FNL virtualmente detuvo toda iniciativa de combate, claramente con el fin de crear una atmósfera favorable a la Conferencia de París.

¿Cuál fue la respuesta a aquella “limitación” por la cual había abogado tan elocuentemente Harriman?

He aquí un extracto de un artículo publicado en el *New York Times* el 24 de marzo de 1969, de su corresponsal en Saigón Terence Smith:

“A consecuencia de la modificación de la táctica en tierra (...) el ritmo de los contactos (o sea el número de veces que una unidad estadounidense consiguió que una fuerza enemiga entrara en combate) aumentó en forma impresionante. Para febrero, había aumentado 100% respecto de los días anteriores al cese de los bombardeos...”. Y en cuanto a cómo había sido posible, prosigue Smith:

“La retirada de las tropas enemigas de las ciudades y los pueblos, sobre todo en las partes del centro y el norte de Vietnam meridional, a fines del verano y en el otoño del año anterior, permitió a las tropas aliadas esparcirse y asumir un papel más vigoroso...”.

Es decir, que los Estados Unidos explotaron militarmente la aplicación por el FNL de aquella “limitación” que según Harriman debía ser la que más facilitaría el camino a las pláticas de paz. Entre paréntesis, cita Smith en el mismo artículo a Harriman, quien declara embarazado que “precedió a la ofensiva enemiga un señalado aumen-

to de la iniciativa ofensiva estadounidense en tierra (...) principalmente en respuesta a las acciones estadounidenses y no, a una jugada deliberada para afectar a las conversaciones de paz...”

Otro ejemplo de la hipocresía de la posición estadounidense es el relativo a la cuestión de la “autodeterminación” del pueblo sudvietnamita, palabra muy empleada por Harriman y repetida por Lodge. Desde que empezaron las pláticas de París se había empezado a poner en práctica en Vietnam del Sur un “Plan Fénix”, ideado por la CIA. Su objetivo era la liquidación física de 85 000 “VCIs”, infraestructuras vietcong, según la jerga de la CIA. De las listas levantadas por la CIA y sus equivalentes de Saigón, hay 85 000 cuadros del FNL, desde miembros del Comité Central hasta humildes campesinos que se encargan de cosas como la sanidad y la educación de su aldea. Todos ellos están en la lista negra, señalados para la ejecución sumaria, que por lo general es el asesinato por parte de grupos especialmente adiestrados en forma de comando. Se han establecido órganos del “Plan Fénix” en los niveles central, zonal, provincial y distrital, cada uno de ellos con consejeros adjuntos estadounidenses. El plan requiere para 1969 la eliminación física de 33 000 “VCIs”, y altos funcionarios estadounidenses de Saigón dicen que el índice actual de asesinatos es de 500 al mes.

Si de las pláticas de París surgiera algún acuerdo, el mando yanqui-saigonés acaricia la esperanza de que ya no habría problema del FNL de qué preocuparse. Las pandillas de asesinos habrán resuelto el futuro político de Vietnam del Sur. Naturalmente, no toman en cuenta el

hecho de que por cada cuadro muerto del FNL hay diez dispuestos a ocupar su lugar.

En cuanto a los delegados de la RDV y del FNL, las conversaciones de París revelan una nueva dimensión de la máxima pelea del pueblo vietnamita en su milenaria historia. A la defensa militar que opone el Norte al poderío aéreo y marino norteamericano, al gran combate político-militar que el FNL libra en el Sur, se suma la pelea del Vietnam en París, delante de los diplomáticos y de la opinión pública. Esas tres formas de pelear forman parte de un todo.

Xuan Thuy, jefe de la delegación de la RDV, y Tran Buu Kiem, jefe de la delegación del FNL, han dicho muchas veces... Si los Estados Unidos quieren una solución pacífica, estamos dispuestos a negociar con entera buena fe, pero si quieren seguir adelante con la guerra, nuestro pueblo está dispuesto a guerrear el tiempo que sea necesario.

Creo que para los dirigentes vietnamitas, París podría ser el final de esa larga y difícil marcha que conduce a la independencia nacional, la supresión definitiva de la agresión, y la ocupación extranjera, que ya dura un siglo. En su tierra, el pueblo vietnamita lucha, en condiciones de desigualdad, en terrible batalla, muchas veces ignorada. En París, sus delegaciones se baten en otro plano, pero a la vista del mundo entero, escuchadas por el mundo entero. El hecho de que los Estados Unidos hayan debido acudir a París, y aceptar en el terreno diplomático medirse más o menos con armas iguales con sus víctimas, es de magnitud histórica. No tiene precedentes. Puede servir de modelo a los oprimidos del mundo entero, como la lucha que

lo posibilitó y el valor del pueblo que lo hizo. Es difícil prever el resultado que tendrán las pláticas de París, y si señalarán el fin de la larga marcha del pueblo vietnamita, pero los negociadores de la RDV y el FNL no desdeñarán ninguna posibilidad de hacer que así sea, porque saben demasiado bien cuál es su responsabilidad ante su propio pueblo y ante la opinión mundial.

En su larga historia, defendiendo su tierra, los vietnamitas han derrotado a los mayores ejércitos. Derrotaron a las huestes del gran imperio mongólico. Derrotaron a algunos de los más grandes generales de la China feudal. En los tiempos modernos, su nación entera se sublevó triunfalmente contra el ocupante japonés al finalizar la segunda contienda mundial. Derrotaron a los franceses, asestando al colonialismo francés un golpe del que no se repuso. (Inspirado por la rebelión del Vietminh y su éxito, el pueblo argelino se alzó a su vez para dar al colonialismo francés el golpe de gracia.) Al enfrentarse solo al más poderoso de todos los imperialismos, el de Estados Unidos, el pueblo vietnamita parece haber asumido una tarea histórica abrumadora. Pero esta vez también, su conducta es tan gloriosa que despierta la admiración del género humano.

Por las venas vietnamitas corre la sangre de la victoria, pero sus victorias las ha ganado defendiendo su patrimonio, sus hogares, sus aldeas, sus templos, las tumbas de sus ancestros. Tal vez Johnson, en un ataque de locura, ordene aniquilar con armas nucleares hasta el último vietnamita, pero ése, como todos sus hermanos, morirá invicto. Los vietnamitas suelen decir de sí mismos que son

como el bambú, durísimo pero flexible. Y ciertamente, esas son las cualidades que muestran tanto en los campos de batalla como en la mesa de las conferencias.

París, abril de 1969.

-0-

1969. El Frente Nacional de Liberación del Sur anuncia su Programa de los Diez Puntos. Tran Buu Kiem visita Cuba; en la Plaza de la Revolución, Fidel da a conocer a los pueblos de América Latina los Diez Puntos del FNL. El gobierno de Nixon anuncia que retirará 25 mil soldados yanquis de Viet Nam del Sur, y que se propone «desamericanizar la guerra». Se crea el Gobierno Revolucionario Provisional de Viet Nam del Sur bajo la presidencia de Huynh Tan Phat. Muere Ho Chi Minh. Ton Duc Thang, Presidente de la República Democrática de Viet Nam.

Seis criminales años más

A muchos nos costaba creer que la derrota de la dominación estadounidense de Vietnam del sur se trocara siniestramente en la devastación del país. A este tipo de enemigo habría que derrotarlo de manera mucho más contundente. La guerra entraba en su última etapa, la que parecía nunca acabaría, hasta que la primavera de 1975 mostró sus extrañas flores al mundo.

Eric Hobsbawm comenta en su *Historia del Siglo XX*: «La posición de los Estados Unidos como superpotencia se vio inexorablemente debilitada por la prevista derrota en Vietnam, país del que la mayor potencia militar del mundo tuvo que retirarse en 1975. No había ocurrido un desastre semejante desde que David derribó a Goliat de una pedrada...».

La BBC de Londres reportaba al mundo hace 35 años, «1975: Saigón se rinde. La guerra en Vietnam terminó hoy cuando el gobierno en Saigón anunció su incondicional rendición a las fuerzas vietnamitas del Norte.

«El presidente, Duong Van Minh, quien ha estado en el cargo por sólo tres días, hizo el anuncio en un mensaje a la nación por radio temprano en la mañana. Les pidió a sus fuerzas entregar sus armas y llamó al Ejército de Vietnam del Norte y al Vietcong detener todas las hostilidades.

«Dirigiéndose a las fuerzas comunistas, dijo: “Estamos aquí para entregarles a ustedes el poder para evitar derramamiento de sangre”.

«El anuncio fue seguido rápidamente por la llegada de las tropas vietnamitas del Norte. Su entrada ocurrió virtualmente sin oposición, contradiciendo las predicciones de una prolongada y sangrienta última batalla por la ciudad.

«Los tanques atravesaron las puertas del palacio presidencial en unos cuantos minutos, y a las 11:30 hora local (03:30 GMT), décadas de guerra llegaron a su fin.

«Tropas Vietcong, muchos descalzos y algunos apenas unos adolescentes, rodearon a los soldados gubernamentales, e izaron sus banderas rojas y azules. El saqueo que ha azotado a la ciudad las últimas 24 horas se detuvo, el poder se restableció más tarde en el día. Sólo la embajada de los Estados Unidos permaneció cerrada y silenciosa, saqueada.

«Saigón fue inmediatamente cambiado a Ciudad Ho Chi Minh. Una declaración hecha por el Gobierno Revolucionario Provisional, o GRP, en París, prometió una política de no alineación, y la reunificación pacífica de Vietnam.

«El gobierno Británico está ahora urgentemente revisando la posibilidad de reconocimiento del GRP. Francia ha reconocido ya al nuevo régimen, y otros países occidentales se están preparando para seguir el ejemplo.

«La capitulación del gobierno Sud vietnamita ocurrió justo cuatro horas después de la frenética última evacuación de estadounidenses de la ciudad. El presidente

Ford, quien ha solicitado ayuda humanitaria para los vietnamitas, dejó saber que estaba orgulloso de haber salvado a tantos vietnamitas como había podido, en la última evacuación con helicópteros.

«Pero se dice haber una profunda humillación en el gobierno de los Estados Unidos ante la desesperación y caos de las horas finales de la presencia de ese país en Vietnam.

«El presidente ordenó a los barcos de los Estados Unidos permanecer indefinidamente afuera de la costa Vietnamita para recoger refugiados: pero incluso este gesto ha sido desairado por los Norvietnamitas, quienes han evitado que salgan más refugiados».

John Pilger, un testigo, reflexiona sobre su vivencia tres días antes: «Saigón estaba ahora ‘cayendo’ ante nuestros ojos, el Saigón creado y cebado y alimentado intravenosamente por los Estados Unidos, entonces declarado caso terminal; capital de la única sociedad de consumo del mundo que no produce nada; cuartel general del cuarto ejército más grande del mundo, el ARVN, cuyos soldados estaban ahora desertando a una tasa de mil por día; y centro de un imperio el cual, a diferencia del imperio previo de los franceses quienes vinieron a saquear, no esperaba nada de sus súbditos, ni hule ni arroz ni tesoro alguno (no había petróleo), sólo aceptación de sus ‘intereses estratégicos’ y gratitud por sus manifestaciones Asiáticas, la Coca-Cola y el Napalm».

Buscando explicaciones seguimos recurriendo a John Pilger: «Entre los listones de refugiados alejándose de la batalla estaban tropas amagadas del ejército del régi-

men de Saigón respaldado por los EUA, cuyo presidente y comandante-en-jefe, General Thieu, había reconocido su derrota al volar a Taiwan con una fortuna en oro. El 27 de abril, el General Duong Van ("Big") Minh fue electo presidente por la Asamblea Nacional con instrucciones para encontrar un camino hacia la paz. Fue "Big" Minh quien en 1963 había ayudado a derrocar al Ngo Dinh Diem y había buscado, con sus colegas oficiales, negociar un acuerdo de paz con el FNL. Cuando los Americanos supieron esto sacaron a Minh del puesto, y la guerra prosiguió.

«Eran las ocho en punto; rápido crucé Lam Som Square para conseguir algo de café urgentemente requerido. Saigón había estado bajo el ataque de misiles por dos noches. Un misil había cortado una trayectoria a través de medio acre de casas pequeñas, firmemente apretadas en Cholon, el barrio Chino, y la tormenta de fuego que siguió había arrasado el lote. Había gente parada inmóvil, como en un escenario, mirando al hierro corrugado el cual era todo lo que permanecía de sus hogares. Había algunos reporteros; los misiles de ayer fueron noticia, los primeros en caer en Saigón en una década; los misiles de hoy, ya no. Un fotógrafo francés tropezaba entre el hierro ardiente, sollozando; jaló mi brazo y me condujo a una pira que había sido una cocina. Atrás estaba una niña, como de cinco, todavía viva. La piel de su pecho estaba...»

Tan sólo unos días antes, quizá meses, sucedían miles de grandes y pequeños acontecimientos que, como los bombardeos el segundo o tercer día, no eran noticia, conformaban lo cotidiano, o quizá imaginados como la que nos cuenta Nguyen Sang:

Nhung, la combatiente de Saigón

“Cuando cae la noche, sale nuestro bote de la ribera. Parece que también las hojas de la vegetación a lo largo del río Vam Co Dong esperan que se ponga el sol para iniciar sus movimientos, dándonos la sensación de que el viento de la tarde no viene de otro lugar, sino que surge precisamente del follaje agitado.

“Los estallidos de las bombas y obuses, el ronquido de los aviones de propulsión a chorro, el alboroto pesado de las hélices de distintos helicópteros durante todo el tan soleado día, dejan de oírse cuando aparecen las primeras estrellas en el cielo. De cuando en cuando se oyen nada más que disparos de artillería, desde lugares lejanos.

“Aprovechando los momentos libres y tranquilos, Tam Son, jefe político del batallón, me invita ver a la compañera Nhung, una combatiente de la unidad especial de Saigón-Cholón. Ella participó en el combate anterior al ser trasladada a esa unidad por orden del mando superior. Pero Nhung es, además, su vieja amiga. No la conozco todavía, y quiero verla debido a que oigo decir que ha participado en el ataque contra la sede del estado mayor de los yanquis y títeres en la noche del Tet. He sabido algo sobre dicho combate. La gente cuenta la anécdota de un héroe que manejaba un B-40, y aunque mis conocimientos sobre el uso de esta arma antitanque proceden de lo que he leído en libros técnicos, sé que con la fuerza física normal de un hombre solamente pueden ser hechos seis disparos, como máximo, en cada combate. Pero no obstante ello, ha habido muchos combatientes nuestros que

han disparado más de esa cantidad fijada. Por ejemplo, el de ese héroe que en el combate contra un convoy de barcos enemigos en el río de la provincia de Long Chau Sa, disparó hasta nueve tiros, destruyendo ocho de aquellas embarcaciones. En otro ataque a la ciudad de Ba Ria, hubo uno que disparó también nueve proyectiles destruyendo igual número de fuertes de resistencia enemigos. No he oído todavía hablar de alguien que haya disparado el décimo tiro. Aunque, en el combate contra el estado mayor de los yanquis y títeres, hubo un compañero que llevando el B-40, disparó hasta dieciséis proyectiles, y una muchacha, al ver que le salía sangre de los oídos, intervino no dejándole disparar más: le quitó el arma de sus manos y continuó ella haciendo fuego. Da la casualidad que se llama también Nhung. Por eso quiero verla para aclarar mis dudas y, para satisfacción de mi curiosidad, deseo también conocer a una muchacha saigonesa.

“Pese a la tranquilidad de la noche, no me atrevo a remar hacia el centro del río por lo que remo a lo largo de la ribera. La corriente ha dejado de ser fuerte. La noche ya ha caído y el viento produce olas suaves, en las cuales se reflejan las estrellas que titilan.

“Tam Son se sienta en la proa del bote cara a cara conmigo. Tiene más de cuarenta años y es delgadito, de talla pequeña, cara fina, porta uniforme verde olivo.

“En la penumbra de la noche, no puedo ver bien su rostro. A través de su actitud pausada, veo con certeza que, al igual que yo, quisiera también quedarse tranquilo para escuchar el soplo del viento, el murmullo de las olas y poder concentrarse en sus propios pensamientos.

No hago preguntas ni tampoco le hablo. Pero, momentos después, empieza a hablarme sobre la compañera Nhung.

«Conozco a Nhung desde 1960. La conocí el mismo día en que nos despedimos. Hasta la ofensiva pasada no tuve oportunidad de verla de nuevo(...) Ya hace ocho años que no la veo. Claro que, durante todo este tiempo, siempre la recuerdo y puedo decir que me resulta imposible olvidarla. Al encontrarme con cualquier persona que sé que la conoce, siempre pregunto por ella. Esperaba el día de verla de nuevo; pero, cuando la encontré no la pude reconocer. Fue una tarde a mediados del mes de mayo, en el transcurso del combate en la avenida Tran Quoc Toan cuando nuestra columna avanzó hacia Saigón y resistió allí, en aquella ruta, desde la madrugada.

«Con aviones, helicópteros, cañones y con el apoyo de los carros blindados, los enemigos utilizaron la táctica ‘de las moscas’: atacarnos desde muchas direcciones. Hasta por la tarde habíamos podido rechazar todos los contraataques. El tiroteo de los fusiles de calibre pequeño se oía de manera dispersa proveniente de los rincones de las calles y de las azoteas de los edificios altos. Aprovechando una tregua, designamos a una unidad para ayudar a la población a trasladarse a las zonas fuera del alcance del fuego. Sabíamos muy bien que, después del silencio, el combate continuaría más duro. Los habitantes salían de la ciudad, unos en carros, algunos en motocicletas, y otros a pie.

«Desde un rincón de la calle, tras el torrente de hombres que se iban apresuradamente, atravesando el humo de las casas incendiadas por las bombas enemigas, veo

una motocicleta roja en la que venía una muchacha montada, que venía avanzando en sentido contrario a la gente, y dirigiéndose a nuestra línea de combate. Los compañeros milicianos detuvieron la motocicleta, pocos minutos después el jefe de estos me informó que una persona desconocida quería hablar con el mando del frente. En ese momento, jefe y subjefe, ambos, estábamos en la torre de observación identificando las calles de la ciudad en el mapa, junto con tres jóvenes exploradores. Di orden de que entrara la visitante. Era precisamente la muchacha de la motocicleta. Tenía más o menos veinte años y vestía a la moda de Saigón, con pantalón estrecho y camisa de color amarillo claro, que se ajustaba bien a su cuerpo fino de andar dinámico. No podía distinguir bien su rostro, pues su cabello, aunque un poco corto, estaba echado hacia delante, ocultando casi todo el rostro, pero, además, llevaba puestos unos lentes oscuros. Comprendí que con esto procuraba que no la reconocieran. Incliné ligeramente su cuerpo para saludarme con cortesía y respeto, y puso la cartera de mimbre sobre la mesa al lado del mapa. Sacó un pan, lo partió en dos y extrajo de su interior un pequeño papel que me entregó. Era la orden del mando del regimiento a nuestra unidad de trasladarnos hacia el punto X, a la hora G, para coordinar con otra unidad amiga el combate: y ella sería nuestra guía.

«— ¿Es usted la mayor o la menor de su familia? – le pregunté.

«— Soy la menor.

«Se quitó los lentes y no supe por qué me miró con sus ojos muy abiertos, sorprendida además de profunda-

mente emocionada. ¿Por qué me miraba de esa forma tan extraña? Me hice la pregunta para mis adentros... Quizá porque fuera la primera vez que hacía contacto con un jefe de las fuerzas de liberación. No comprendía por qué en ese momento quise esquivar aquella profunda mirada... de repente, empecé a observarme a mí mismo, preguntándome si mi modo de vestir era adecuado o no a un jefe de las FALN. Y no me dio vergüenza sino al contrario, me sentía orgulloso de mi uniforme lleno de polvo. De todas maneras me pasé la mano para quitar el polvo. Quise hacerle muchas preguntas pero estaban llegando muchos helicópteros y sólo me quedaba tiempo para dar órdenes al grupo de exploradores para que la cuidaran. Uno de esos jóvenes entró y la condujo al refugio. La muchacha cogió su cartera de mimbre y siguió al explorador, pero volviéndose me miró de nuevo. No tuve tiempo para analizar esa actitud tan rara. Me lancé a la escalera y subí al puesto de observación, que estaba en el cuarto piso del edificio. Por las ventanas pudimos descubrir las posiciones del fuego enemigo.

«Informé a los jefes la orden del mando superior y el plan de operación y de avance.

«Una bandada de nueve helicópteros sobrevolaba el barrio. Vi claramente a los yanquis, sentados dentro, empuñando ametralladoras y observando con la puerta abierta; sus cabezas parecían frutas de coco.

«Dispararon cohetes a muchas casas y al poco rato un gran cerco de fuego nos rodeaba. Las tropas enemigas nos cercaban poco a poco, algo así como si quisieran juntarnos en un solo punto. Nuestra fuerza antiaérea tumbó

dos helicópteros. Se fueron los restantes, pero al rato vinieron otros. Las llamas ardían cada vez más próximas y el cerco se estrechaba. Tuve la sensación de que estábamos en el centro mismo de las llamas. Se percibía cómo el fuego se alimentaba del aire. El viento calentaba nuestros cuerpos de manera insoportable. No pudimos ver nada más con claridad. Los techos rojos, las paredes pardas, las ventanas azules, las calles y todo el barrio estaban sumidos completamente en el denso humo. Nuestros heridos respiraban con dificultad a causa de la humareda.

«Romper el cerco; esa fue la decisión tomada por nosotros. Pero no se podía llevar a las tropas atravesando las llamas. Teníamos que avanzar directamente hacia el enemigo por la gran avenida, para después adelantarnos hacia la posición designada. Pero los yanquis, desde un tanque M41 colocado al centro del cruce de carreteras, estaban disparando fuego intenso a lo largo de la avenida. Concentrábamos nuestro fuego en apoyo a los grupos antitanques de acuerdo con el cerco de llamas que se estrechaba, para poder atacar dicho tanque; pero un grupo antitanques compuesto por tres combatientes no pudo avanzar más porque no había otro camino sino aquella avenida. El tanque estaba fuera del alcance de nuestras armas. En verdad, no habíamos dudado, de ninguna manera, de la valentía de nuestros combatientes; pero, ciertamente, no pudimos acercarnos al artefacto bélico. Si para lograr destruirlo el asaltante habría de sacrificarse, de seguro tenemos siempre centenares de combatientes listos a hacerlo. Lo grave sería que nuestro compañero muriera estando todavía lejos del tanque. Pero no por

eso nos quedaríamos cruzados de brazos. Por todos los medios posibles teníamos que aniquilar a aquel monstruo de hierro. Nuestro mando tomó una decisión. Mientras discutíamos los planes, la muchacha de enlace apareció a nuestro lado.

«— Les llevaré hasta ese lugar sin tomar la avenida.

«Todo el grupo de mando la miraba sorprendido. El cuarto estaba lleno de humo y, por lo tanto, seguiría sin poder verle bien el rostro, a excepción de aquellos ojos.

«— ¿Por dónde iremos, camarada? — le pregunté.

«— Yo, yo... los llevaré por los callejones del barrio.

«— ¿Estás segura...?

«— Sí, como no. Conozco bien la zona — afirmó la muchacha.

«En seguida, formamos un grupo de tres combatientes. La enlace nos pidió una granada de humo. Los tres soldados tomaron las armas y municiones, y avanzaron hacia la puerta. Pero la enlace, algo preocupada, cogió la cartera y metió la granada. Se paró un instante y, de pronto, volvió la cara hacia mí:

«— ¡Tío Tam! ¿No me recuerdas? Soy Nhung.

«— ¿Qué? — asombrado, lancé esa exclamación. No logré articular ninguna otra palabra, además ya Nhung partía hecha una flecha. En ese instante me quedé sorprendido, siguiéndola con la vista a través del humo.»

Al llegar aquí, el compañero Tam Son hace un alto en su relato, porque pasa, en sentido opuesto, una caravana de lanchas produciendo olas altas. No podía escuchar nada a causa del ronquido de los motores. Son las lanchas del pueblo que transportan alimentos y municiones

a los frentes de combate. Desde los botes que transportan piñas, gritan y hacen señales con sus linternas para que las lanchas bajen la velocidad. Pasan las lanchas. Después de unos momentos el ruido se oye cada vez más lejano. Cesan los gritos de los remeros. El oleaje disminuye lentamente. El río vuelve a su tranquilidad, y Tam Son a punto de reanudar su relato se interrumpe al escucharse, proveniente de otro bote, una canción a coro:

«Desde el lejano río Rojo, sabes o no, que en mi pueblo natal hay también un río, al cual siempre le llamo con todo mi corazón: ¡Vam Co Dong! ¡oh, mi Vam Co Dong!»

Es una canción lírica compuesta, a lo mejor, para solista; sin embargo, desde aquel bote que cruza al nuestro, la gente la canta a coro. No sé cuántas personas van allí, pero a juzgar por la vibración de los tonos bajos puedo inferir que son unos cinco a seis hombres cantando. Me echo a reír por la entonación tan ronca; al instante, surge una voz alta de mujer:

«— ¡Oh, Vam Co Dong! ¡oh, mi río!»

La voz de la cantante sobresale y me hace dejar de remar para escucharla. La entonación baja de los hombres se convierte en fondo de la voz femenina que vuela sobre el río.

«El agua transparente nunca cambia de dirección. Ha rechazado a los franceses y ahora

rechaza a los yanquis agresores. Muertos los enemigos, el agua se vuelve más pura. ¡Oh, Vam Co Dong! ¡oh, mi río!»

La voz de soprano se levanta vibrando en el aire. Viajando por barco en el río Vam Co Dong en una noche de muchas estrellas y oyendo esta canción cantada por una voz tan dulce, me siento muy emocionado.

Tam Son continúa su relato cuando se alejan las voces de los cantantes:

«Hace tiempo, en los días de ‘mudanzas clandestinas’, desde la provincia donde yo estaba, me iba a Saigón, trabajando como maestro y realizando mis misiones revolucionarias. Vivía en un segundo piso de la casa de un funcionario pobre, que tenía ciertas relaciones familiares conmigo. Era un cuartito de poco espacio y bajito, en el cual vivía yo solo. Dentro de esa miserable habitación, pude colocar nada más que una cama y un armario, para la ropa y los libros a la vez. Toda la familia del dueño vivía en el primer piso. Como de costumbre, metía los documentos secretos debajo de las tejas. Un día recibí la orden de la dirección superior de irme a la zona de base de resistencia para nuevas misiones. Al regresar de la escuela, después del almuerzo, empecé a empacar. Levanté las tejas, y quedé sorprendido al ver que habían desaparecido mis documentos. Busqué entre otras tejas, pero no encontré nada. Cuando entré en la casa, el dueño me hizo saber que, por la mañana, un grupo de policías habían rodeado el barrio, registraron unas casas y se llevaron a una

persona. Los policías no habían subido a mi cuarto. Entonces, ¿por qué desaparecieron los documentos? Sudaba tanto que tenía la sensación de que la calle estaba llena de policías que entraban a la casa. Me asomé a la ventana para mirar y no vi nada sospechoso. De nuevo, metí las manos entre las tejas, hasta que la sangre me salió de las puntas de los dedos; de veras había perdido los documentos; pero recordaba muy bien que no los había escondido en ningún otro sitio. De todas maneras fui y quité la estera, abrí el armario, sacando la ropa que tenía, así como los libros y busqué por todos los rincones del cuarto. Hice todo esto con el doble sentimiento de su inutilidad, como de necesidad de agotar toda posibilidad de éxito. Lo que me regresó a la realidad, por un momento, fue una risa traviesa de niña. Levanté la cabeza buscando quién era; pero cesó la risa y no descubrí a nadie.

«Continué revisando la cama, con la sensación de estar perdiendo la razón; quité la estera, rebuscando en cada pieza de ropa, con minuciosidad los bolsillos. De nuevo surgió la risa para provocarme. Miré al techo y me encontré con unos ojos brillantes detrás de los huecos del tubo de ventilación. Aquellos ojos desaparecieron en cuanto se supieron descubiertos por mi mirada; surgiendo de nuevo después de unos instantes acompañados de parpadeos.

«Antes de que pudiera preguntar, desde el techo me interrogaron:

«— ¿Qué buscas, tío?

«Reconocí la voz transparente de la niña que vivía en la casa vecina pero, antes de que pudiera contestarle,

se escondió otra vez. Mientras tanto, ella pasó a mi habitación bajando por el tubo de agua. Tenía unos catorce años. Era delgada, frágil y de tez pálida, con el pelo corto hasta los hombros. Traía en una de sus manos los documentos. Se me acercó sonriendo. Viendo los documentos me sentí aliviado al tiempo que comprendí lo sucedido.

« — ¿Cómo lo supiste? — le pregunté, observándola minuciosamente.

«La chica, siempre pícara, sonreía negando con la cabeza; habló:

« — Tío, no eres parecido a los de aquí. Eso lo he observado y lo sé.

« — ¿En qué soy distinto? — pregunté, sin salir aún de mi asombro.

« — Mis amigas me dicen que eres maestro, pero que nunca maltratas a los alumnos.

«La niña me miraba y se reía con toda su inocencia.

« — Bueno, dámelos — le dije con suavidad.

«Algo sorprendida, alejó la mano dando un paso atrás y, poniéndose seria, me dijo entonces:

« — Te los devolveré, pero debes prometerme algo.

« — Lo que quieras — contesté para no perder más tiempo.

«Brilló su cara pálida.

« — ¡Qué bien, tío! Debes comprometerte a darme algún trabajo revolucionario.

«Fue inesperado para mí que no pidiera algún regalo. Me impresionó mucho la niña, en silencio la observé tratando de sondear sus pensamientos. Ella esperó tranquila. Los rasgos radiantes de su cara fueron desapare-

ciendo, quizá mi actitud fría la decepcionaba; luego se le llenaron de lágrimas los ojos, apretó los dientes para detener los sollozos. Por fin, dijo:

«— Mi padre trabajaba como tú. Se ha ido a una agrupación en el Norte; y mi madre...

«Tapándose la cara con las manos me volvió la espalda; temblaban sus pequeños hombros. Lloraba. Eso me llegó profundamente. Me vi como un padre ante su hija. Me acerqué para acariciarle el hombro.

«— No llores más... Hablaré mucho contigo. Bueno ¿cómo es tu madre?

«Entre sollozos contestó:

«— Mientras mi madre... no éramos oriundos de aquí sino de Tran Phu, provincia de Long Chau Sa. Mi mamá se llama Hai Tram y es muy conocida en la aldea. Ahora tengo que trabajar como criada para mantenerla a ella y a mi hermano menor.

«Se oyó que la llamaban desde la casa vecina y, sorprendida, secó con rapidez las lágrimas con la manga de su camisa, dejó los documentos sobre mi cama y salió corriendo.

«Aquella misma tarde me fui de Saigón. Antes de irme le recomendé a otro compañero que la cuidara.

«En la zona de resistencia, en ocasión de una conferencia regional acerca del movimiento guerrillero, busqué a los compañeros de Long Chau Sa para preguntarles sobre la compañera Hai Tram, la madre de la niña. Me dijeron que ella era una de las bases secretas nuestras en la aldea. Un día el enemigo descubrió un refugio secreto en el sótano de su casa. La detuvieron, la torturaron sin

conseguir información de valor. A medianoche la llevaron al río, y uno de los verdugos le lanzó una puñalada al cuello y con el mismo movimiento la tiró al agua. Gracias a su abundante cabello la cortada fue superficial por lo que al caer al río se escondió en el barro para poder escapar después.

«Desde aquel día, no tuve más oportunidad de volver a Saigón. Ocho años transcurridos, ocho años de su adolescencia, habían borrado de mi mente los rasgos de Nhung. Todo se quedó en las luces de sus ojos, lo que me ayudó a recordar la imagen pasada de la niña.

«Al encontrar y reconocer a aquella niña de Saigón no pude llamarla ni preguntarle nada. Tuve que contener mis emociones reprimidas y continuar los trabajos.

«Nuestro mando tomó la decisión de organizar más puntos de avanzada. Todos los compañeros del mando del batallón y compañías, fueron distribuidos directamente cada uno a esos puntos. Reforzamos un punto del grupo de enlace y me encargaron el mando directo de éste. Nhung nos conducía a través de callejones parecidos a túneles de humo. Hubo un compañero que estuvo medio ahogado buscando un espacio sin humo para poder respirar algo y alcanzar de nuevo al grupo. Al llegar al final de los callejones, debíamos saltar las bardas montándonos unos sobre los hombros de los otros. A veces nos arrastrábamos por los techos y desde las tejas bajábamos por los tubos de desagüe. Gracias a que seguíamos esos atajos sinuosos, subiendo y bajando, fue que toda nuestra columna pudo evitar las balas de los helicópteros.

«Al llegar al lugar que Nhung pretendió coger como posición de combate, vimos que todos los edificios habían

sido derrumbados. Era claro que los enemigos intentaban arrasar la zona a fin de crear un espacio libre para maniobrar el tanque. Desde el interior de una casa podíamos verlo como una masa de acero parapetada en el centro de la avenida. Estaba todavía fuera del alcance de nuestras armas. No habíamos podido atacarlo, pero no debíamos regresar hasta que no fuera aniquilado. Los combatientes estaban dispersos, buscando posiciones. Por mi parte, todos mis pensamientos se centraron en una difícil pregunta: ¿Es aconsejable o no organizar un asalto para apoyar al grupo antitanque? Surgieron otras muchas preguntas en mi mente, así como proyectos para, en casos difíciles, ponerlos en práctica.

«En el cielo, por sobre el espacio arrasado, seguían dando vueltas los helicópteros.

«Yo estaba en una habitación llena de humo, mirando el tanque por una ventana medio abierta. Éste seguía disparando pausadamente y, de cuando en cuando, con mayor intensidad. Nhung estaba a mi lado mirando por las hendiduras de la ventana.

«— ¿Qué haremos, tío?

«Muy preocupada, Nhung repitió varias veces esa pregunta. Pero no le contesté. Mis nervios estaban tensos.

«— Recientemente, cuando crucé por allí, en esa cuadra las casas estaban aún con mucha gente. Nuestros enemigos son demasiado crueles. Si nosotros fuéramos como ellos, ya habríamos podido llegar hasta el tanque. Son muy crueles. ¿Qué vamos a hacer, tío?

«De nuevo Nhung pronunció esa pregunta a mi oído. De pronto dijo en voz alta:

«— ¡Oh Dios! Si tan sólo pudiéramos dispararles desde arriba.

«Nhung me señaló una casa de tres pisos al otro lado del tanque. Fijando la vista, vi en esos pisos algunas siluetas de soldados. Después de un rato de observación, afirmé que no era un puesto militar ni de la policía. Era una casa civil ocupada por ellos. Pero no se veía fácil llegar hasta allá.

«Con la mano, Nhung abrió más la ventana, se asomó y, de repente, gritó:

«— ¡Mira, tío! ¿viste?

«Parecía que había descubierto algo, y lo dijo con alegría.

«Incliné el cuerpo para ver hacia la dirección en que miraba Nhung. Observé que, detrás del tanque, atravesaba una calle por donde circulaba mucha gente y muchos vehículos.

«Había visto las actividades en la vía detrás de la línea de fuego. Pero no logré deducir la idea sugerida por Nhung. Me miró diciendo:

«— Me habías prometido algo y lo has olvidado.

«Sólo pude contestarle con una mirada de asombro.

«— Te comprometiste conmigo en darme un trabajo revolucionario. Bien, déjame que me encargue del tanque.

«— ¿Qué dijiste?

«Vi que la cara de Nhung empalidecía temblándole los labios.

«— Lo atacaré de todos modos.

«Me di cuenta que sus atrevidas ideas se reflejaban

en sus ojos. Se erizaron sus negras cejas, todos sus rasgos se intensificaron hasta resplandecer, o así me lo pareció.

«— ¿Cómo lo atacarás?

«— Cuídame de los soldados en los pisos de esa casa; podrían verme.

«Quise aclarar las intenciones de Nhung para intercambiar opiniones y tomar una decisión, pero no logré preguntarle nada pues, tomando su cartera de mimbre con la granada de humo, salió por la puerta trasera. No pude llamarla. Se lanzó saltando entre las ruinas, y se dirigió directamente hacia las columnas de humo, desapareciendo.

«Deduje que trataba de tomar el camino que la llevaría justo al crucero de la calle que me había mostrado, detrás del tanque. Inmediatamente di la orden a todos los combatientes de apuntar las armas hacia los pisos del edificio donde estaban los soldados.

«Abrí un poco la ventana y me fijé en el crucero, lugar por donde iban y venían vehículos y gente.

«Quizá nunca en mi vida había sufrido minutos más amargos. Miraba constantemente mi reloj. En aquel momento, en el cielo, los helicópteros cruzaban sobre las columnas de humo disparando con la ametralladora y lanzando cohetes. Los cercos de llamas seguían avivándose.

«A través del humo que cubría el vacío de las casas derrumbadas, de repente vi la silueta de una persona pequeña. Era justo Nhung. Había llegado ya al cruce de carreteras detrás del gigantesco tanque. Qué alegría y emoción me producía, temblaba casi. Iba caminando con rapidez entre un grupo de peatones.

«Nhung se lanzó directo hacia el objetivo. Oyese una fuerte explosión al tiempo que se levantaba una columna de humo que cubrió al tanque cuyos disparos cesaron.

«Di un puntapié a la puerta arrojándome afuera, con la pistola disparando a los pisos donde estaban los soldados. Mi columna, con más de treinta personas armadas, avanzó con rapidez, saltando entre los ladrillos de los edificios destruidos, dando fuertes gritos de guerra.»

Parece que Tam Son vive la escena cuando lo relata, asomando el cuerpo y gesticulando con la pistola imaginaria; me contagia de tal suerte que remo con más rapidez, haciendo que la proa se levante un poco.

Bruscamente Tam Son grita

— Regresa; ya te has pasado del lugar.

Hago virar la embarcación, regresando, mientras le pregunto:

— Y ¿qué le pasó a la compañera Nhung?

— Un momentito. Déjame buscar el canal de entrada.

Tam Son dobla su cuerpo, inclinando la cabeza para observar la vegetación en la ribera.

— Dobla... Bien... hemos llegado.

Conduzco la embarcación en la dirección que me señala, cuando la proa toca tierra, sube a la orilla y me dice:

— Espérame aquí, voy a buscar a la niña para que te relate todo eso con más detalles.

Me pongo de pie en la popa del bote, observando la luz de la linterna de Tam Son que se aleja hacia las casas, al centro de un vasto jardín.

Al ver la luz azul de la linterna que regresa, me emociona pensar en el encuentro con la compañera Nhung.

En un instante más la veré. Hago esfuerzos por imaginar su figura. Sigo con la vista aquella luz tratando de captar el ruido de sus pasos. Pero no oigo sino el eco de los pasos de Tam Son. Con impaciencia le pregunto:

— ¿Qué pasa?

— Mala suerte.

— ¿Qué?

— Ya se fue.

— Se fue; pero, ¿adónde y desde cuándo?

Tam Son monta en la canoa y me contesta con pena:

— Ha sido designada para trabajar en otra unidad.

Se fue en la lancha donde la gente cantaba y que nos cruzó recientemente.

¡Qué lástima! No sé cuándo podré verla. No conozco a Nhung todavía; y una tristeza casi desesperada se apodera de mí. Recordando la voz, dulce y melodiosa de la mujer que cantaba en la lancha en el centro del río, me pongo melancólico y miro al cielo. El viento sopla y murmura en la vegetación. Es inmensa la noche llena de estrellas, que centellean como radiantes ojos.

-0-

Después de esta formidable historia de Nguyen Sang, volvamos por último a lo que reporta John Pilger sobre los antecedentes inmediatos al 30 de abril:

«La campaña, largamente esperada, por los herederos de Ho Chi Minh, para reunificar Vietnam había empezado al fin, más de veinte años desde la división ‘temporal’ impuesta en Ginebra. El día de Año Nuevo, 1975,

el Ejército Popular de Vietnam cercó la capital provincial de Phuoc Binh, a 120 kilómetros de Saigón; una semana más tarde la ciudad era de ellos. Luang Tri, al sur de la Zona Desmilitarizada, y Phan Rang siguió, después Bat Me Thout, Hue, Danang, y Qui Nhnon en rápida sucesión y poco derramamiento de sangre. Danang, una vez la base militar más grande del mundo, fue tomada por una docena de cuadros del Frente Nacional de Liberación, FNL, de Vietnam, (lo que los Americanos conocían como Vietcong) que ondeaban pañuelos blancos desde la parte trasera de un camión. Una foto tomada por *United Press* muestra un americano golpeando a un sudvietnamita 'aliado' directamente en la cara en el momento que el vietnamita trata de trepar a bordo del último vuelo americano de Nha Trang a Saigón mantiene un cierto simbolismo de lo que había pasado antes.

«A mediados de abril, el final estaba a la vista conforme la batalla por Xuan Loc se desarrollaba a 48 kilómetros al noroeste de Saigón, el cual, a su vez, ya estaba rodeado por quince divisiones del Ejército Popular de Vietnam armadas con artillería y misiles termoguiados. El 20 de abril, Xuan Loc fue tomada por el EPVN. Ahora, sólo Saigón faltaba.»

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de enero del año 2015.

Distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.